



WILLIAM SHAKESPEARE

Hamlet

Edición bilingüe
Versión de TOMÁS SEGOVIA



En una gélida noche, tan funesta que el viento se vuelve mensajero de terribles presagios, Hamlet, Horacio y tres soldados se reúnen con el propósito de desentrañar el misterio en torno al espectro que ha aparecido en las últimas noches cerca del castillo. Solo hablará con Hamlet, pues esa criatura castigada a vagar por las tierras de Elsinor fue su padre, el último rey de Dinamarca. Su hermano Claudio le traicionó arrebatándole la vida, el trono y su reina. Un horrible crimen que reclama justicia.

Frente al magnífico texto original presentamos la versión de Tomás Segovia, una de las más apreciadas en español. Asimismo, cuenta con una introducción a cargo de Alan Sinfield, catedrático emérito de literatura inglesa de la Universidad de Sussex.



William Shakespeare

Hamlet

Penguin Clásicos

ePub r1.0

Titivillus 12.12.16

Título original: *Hamlet*

William Shakespeare, 2015

Traducción: Tomás Segovia

Comentarista: Alan Sinfield

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

LOS PROBLEMAS DE HAMLET

¿Por qué pensáis que es más fácil hacerme sonar a mí que a una flauta? [III.2.377-8]

Hamlet representa un problema para la corte danesa. Al principio de la obra llora aún la muerte de su padre, el rey Hamlet, mientras todos los demás celebran la boda de su madre, Gertrudis, con el nuevo rey, su tío Claudio. Todos tratan de descubrir la causa de su malestar. «¿... cómo es que estáis aún bajo esos nubarrones?», pregunta Claudio [I.2.66]. «¿Por qué a tus ojos | parece tan inusual?», quiere saber su madre [I.2.75]. «¿Cómo está vuestra alteza el buen Hamlet?», inquiere Polonio, el lord Chambelán [II.2.171]. «Mi buen señor, ¿qué tal ha estado vuestra alteza todo este tiempo?», pregunta Ofelia, la hija de Polonio [III.1.91].

Ciertamente, el comportamiento de Hamlet resulta un tanto excéntrico. Anda como alma en pena, vestido de negro y hablando solo, se encoleriza con Ofelia, a quien anteriormente ha cortejado, e idea una obra que critica la boda del rey y la reina. A las preguntas sobre su estado anímico responde con juegos de palabras, acertijos, evidente impertinencia y locura fingida.

El estado mental de Hamlet es importante porque supone una amenaza para el Estado danés. «La locura en los grandes es una circunstancia | que no debe pasar sin vigilancia», declara el rey [III.1.189], y exige que Hamlet permanezca en la corte, en observación. A Ofelia se le encomienda la tarea de sondear al príncipe, pero este aprovecha su acercamiento para expresar su decepción con el amor y el matrimonio. Aunque se les encarga a Rosencrantz y Guildenstern que descubran el problema, tampoco adelantan demasiado. «Confiesa, sí, sentirse trastornado, | pero se niega en firme a discutir las causas» [III.1.5-6].

Hamlet se irrita ante la presunción de Guildenstern, que no quiere tocar la flauta porque carece de experiencia pero se cree capaz de entender las profundidades de su mente.

Pues mirad entonces la indignidad que hacéis conmigo: queréis sacarme música como si conocieseis mis registros; queréis arrancar el corazón de mi misterio; queréis sondearme desde mi nota más baja hasta el tope de mi escala [...] ¿Por qué pensáis que es más fácil hacerme sonar a mí que a una flauta? Llamadme con el nombre del instrumento que queráis: aunque podéis estirarme las cuerdas, no podéis tocar conmigo. [III.2.371-9]

El público y los lectores han intentado también arrancar el corazón del misterio de Hamlet desde que se estrenó la obra en el Globe, se supone que en 1600, tres años antes de la muerte de la reina Isabel I. Su estado anímico es tal vez la cuestión más debatida de la cultura literaria inglesa. Desde el movimiento romántico de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX Hamlet se ha convertido en el prototipo del joven enigmático, sensible y reflexivo, perjudicado por una sociedad corrupta aunque estimulado por la interacción con quienes le rodean. Para unos críticos es un héroe trágico que se eleva por encima de las circunstancias, mientras que para otros cae en la trivialidad, la brutalidad y la impiedad. A pesar de tantos esfuerzos de erudición e imaginación, o quizá precisamente debido a ellos, tanto el personaje de Hamlet como el significado de la obra siguen sin resolver. El poeta T. S. Eliot, en su ensayo *Hamlet y sus problemas*, llamó a la obra «la Mona Lisa de la literatura».

APLAZAMIENTO Y VENGANZA

... ¿no es conforme a conciencia
ponerle fin con este brazo? [V.2.67-8]

El público y los lectores conocen mucho mejor que Claudio y su corte el estado anímico de Hamlet. Por su primer soliloquio conocemos su disgusto por la boda apresurada de su madre: «Ah, pervertida prisa, | correr tan diestramente al lecho incestuoso» [I.2.156-7]. Luego habla con el espectro de su padre, que confirma sus sospechas sobre su tío: Claudio sedujo a Gertrudis y envenenó al rey Hamlet de modo espantoso. Le ordena: «... venga su repugnante asesinato, más antinatural que ningún otro» [I.5.25]. El rey Claudio hace bien en temer al príncipe.

Para muchos críticos la pregunta clave es por qué Hamlet «aplaza» su venganza. Dímelo pronto, exhorta al espectro,

para que con alas
tan raudas como la cavilación
o el pensamiento del amor,
me precipite hacia mi venganza. [I.5.29-31]

Lo cierto es que tales comparaciones resultan extrañamente contradictorias. La cavilación, aunque pueda incluir momentos de fantasía, es en general una práctica privada. Por su parte, el pensamiento del amor suele resultar más satisfactorio cuanto más constante es. Ninguna de estas analogías parece adecuada para una acción decisiva y brutal.

Una interpretación del aplazamiento de Hamlet es que en realidad no resulta desmesurado. El príncipe no puede apresurarse sin más a acabar con la vida del rey, puesto que la guardia le mataría. Cuando por fin acuchilla a Claudio «todos» gritan «Traición, traición» [V.2.317]. Si acabase antes con su vida no se revelaría la verdad sobre el crimen. Esa circunstancia es importante para Hamlet, que insiste en que Horacio sobreviva para

contar la historia. Además, no puede saber con certeza que el espectro no es maligno y poco honrado, que no ha sido enviado por el diablo para tentarle. Con esos factores en mente, cabe pensar que de hecho se muestra muy decidido. Su plan de vigilar al rey durante la representación de los cómicos resulta brillantemente improvisado y efectivo: «Ah mi buen Horacio, considero que la palabra del espectro vale mil libras» [III.2.295-6]. Más adelante, deja vivir a Claudio cuando le encuentra solo y rezando; aunque pueda parecer un acto demasiado escrupuloso, es razonable si la idea es castigar al rey y no enviarle al cielo. Cuando alguien se esconde detrás de los cortinajes en la alcoba de Gertrudis, Hamlet le mata sin vacilar, creyendo que se trata del rey.

Por consiguiente, podemos decir que el príncipe actúa en el momento adecuado. Por otra parte, la idea del aplazamiento queda firmemente anclada en el texto cuando Hamlet se acusa a sí mismo de descuidar su tarea. «Cómo las ocasiones hablan todas | en contra mía y son un acicate | a la morosidad de mi venganza», exclama [IV.4.32-3], comparando sus propios rodeos con la determinación de Fortinbrás y su ejército, que están dispuestos a morir por un pequeño territorio. Quizá sea culpable de un olvido bestial; o quizá, por el contrario, sienta «algún cobarde escrúpulo | de meditar con demasiada precisión | sobre el asunto» [IV.4.40-41]. Los críticos se han aferrado a menudo a este último pensamiento: tal vez Hamlet reflexiona demasiado, al menos para ser alguien que debe vengarse. Es un hombre de reflexión, un estudiante, del que de pronto se espera que se comporte como un hombre de acción. Si Hamlet se apresurase a juzgar como hace Otelo no habría tragedia. A la inversa, si Otelo investigara y reflexionara tanto como Hamlet no asesinaría a Desdémona.

Tal vez, podríamos concluir, haya algo perverso en la naturaleza y situación de Hamlet que le lleva a mostrarse rápido y decidido en todo salvo en el cumplimiento de su venganza. Podríamos atribuirlo a una terquedad presente en la naturaleza del universo, que hace que las mejores intenciones del hombre se vean misteriosamente frustradas, o a algún bloqueo irracional en la mente del propio Hamlet. Más adelante volveremos a estas cuestiones.

La evaluación de las palabras y los actos de Hamlet depende en gran medida de la actitud que el lector o espectador tenga hacia la venganza. Los cristianos citan a menudo la orden bíblica «Mía es la venganza, yo daré el pago merecido, dice el Señor. Antes al contrario: si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber, haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza» (Romanos, 12,19-20; Biblia de Jerusalén). El cristiano no debe tomarse la justicia por su mano. Sin embargo, obsérvese que no se trata de un programa muy generoso: tal como ocurre cuando Hamlet evita matar a Claudio mientras está rezando, la intención es renunciar a la satisfacción inmediata de dañar hoy a tu enemigo a fin de que a la larga sufra más. Por otra parte, es probable que el espectador humanista rechace la venganza divina y humana por considerarla primitiva y busque una forma más productiva de afrontar las disputas. En tal caso, pensará que el aplazamiento de Hamlet indica un humanismo emergente. Al haber estudiado en una universidad internacional de Alemania, Hamlet posee una sensibilidad diferente de la de

su padre, un guerrero anticuado que le arrebató el reino en combate a Fortinbrás, rey de Noruega, a quien además quitó la vida.

En tiempos de Shakespeare seguía extendida entre las clases superiores la idea de que vengar una afrenta era un acto de honor. Hamlet cree que «está en juego el honor» [IV.4.56], al igual que Laertes [V.2.240-44]. Claudio intenta incorporar esas disputas rebeldes a los asuntos de la corte; las emociones guerreras primitivas, como los duelos y la venganza, pueden suavizarse y dominarse cuando son filtradas a través del elaborado ritual de la corte por Osric, el acaudalado cortesano. Esta parece ser una buena política de modernización, pero se ve corrompida por el intento de Claudio de amañar el resultado por medio del uso secreto del veneno. En numerosas obras de la época la fuente de los desmanes es un gobernante tiránico o inepto, y puede que ello justifique la venganza personal del insatisfecho. Existía un debate político que venía de largo acerca de si los súbditos podían intervenir legítimamente para sofocar a un tirano. Dicho debate se formulaba a menudo en términos religiosos. En efecto, el rey había sido designado por Dios como representante suyo. En realidad, los protestantes solían argumentar que los nobles podían derrocar al monarca cuando vivían en países en los que se imponía el catolicismo como religión oficial, y viceversa.

En *Ricardo II*, de Shakespeare, el rey se esfuerza por trasladar la rivalidad entre Bolingbroke y Mowbray a un marco legal que haga innecesaria la venganza dentro de la élite dirigente, pero el proceso se ve corrompido por su propia implicación en el crimen en cuestión. En efecto, el rey Ricardo alentó a Mowbray a asesinar a Gloucester. El debate se vuelve explícito cuando la viuda de Gloucester pide venganza a Gante, quien le aconseja paciencia cristiana:

Es de Dios la querella; pues el sustituto de Dios,
el representante ungido bajo su propia vista,
fue quien causó esa muerte; si ha sido injusta,
sea el cielo quien la vengue, pues yo nunca alzaría
el brazo enfurecido en contra de su ministro. [I.2.37-41]

En *Ricardo II* estas cuestiones de principio pierden su sentido debido a la evolución de los acontecimientos. En *Hamlet*, sin embargo, únicamente a medida que va aumentando el catálogo de crímenes de Claudio, llega a afirmar Hamlet que lo correcto sería matarle e, incluso en ese momento, le plantea la pregunta a Horacio:

El que mató a mi rey, prostituyó a mi madre,
metió su baza entre mis esperanzas
y la elección, echó su anzuelo
en busca de mi propia vida,
y con tales embustes, ¿no es conforme a conciencia
ponerle fin con este brazo? [V.2.64-8]

ESE CHICO EN EL SÓTANO

Ay, horrible, ay, horrible; más que horrible. [I.5.80]

La controversia acerca de la venganza resultaba todavía más compleja. La expresión de Hamlet —«no es conforme a conciencia»— implica un contexto cristiano. No obstante, en diversos aspectos del pensamiento isabelino habían ido apareciendo alternativas a la ortodoxia cristiana a través de la cultura clásica. La literatura romana y griega era enormemente prestigiosa, y sin embargo promovía la religión pagana, así como una actitud relajada hacia la fornicación y la homosexualidad. Una sed de venganza anticristiana inspirada por un fantasma es el eje sobre el que giran las tragedias del antiguo autor romano Séneca (c. 4 a. C.-65 d. C.), cuyas obras se enseñaban en las escuelas y universidades isabelinas. En 1581 Thomas Newton publicó sus dramas en inglés con el título de *Seneca His Tenne Tragedies*. Los dramas de Séneca parecen concebidos para ser recitados y resultan muy distintos de las recargadas tramas propias del teatro popular shakespeariano; su mayor influencia se reflejó en los dramas escritos para ser leídos en las universidades y en los Inns of Court, donde se formaban los futuros abogados. Pese a todo, al principio las tradiciones académica y popular no estaban separadas por completo.

La influencia de Séneca en *Hamlet* se pone de manifiesto en la enigmática observación efectuada por el escritor Thomas Nashe en 1589, diez u once años antes de la obra de Shakespeare. Hay autores inferiores que no saben leer latín, dice Nashe. «No obstante, Séneca en inglés leído a la luz de las velas ofrece muchas frases buenas, como “La sangre es una mendiga”, entre otras; y si le suplicas con justicia en una mañana gélida te concederá Hamlet enteros o, mejor dicho, puñados, de palabras trágicas» («Prefacio» a *Menaphon* de Greene). En otras palabras, la lectura de Séneca en inglés impregnó la escritura de una tragedia de acción y violencia basada en la historia de Hamlet. Esta obra anterior, cuyo texto no ha sobrevivido, suele recibir el nombre de *Ur-Hamlet*. Así pues, las imágenes y temas de Séneca eran una parte fundamental del contexto intelectual e imaginativo en el que se escribió *Hamlet*.

La tragedia española, escrita por Thomas Kyd entre 1587 y 1589, resulta ilustrativa en este punto, porque tiene mucho en común tanto con Séneca como con *Hamlet* y hace referencia explícita al conflicto existente entre las ideas cristianas y paganas. La obra de Kyd comienza con un largo discurso del fantasma de Don Andrés en el que describe cómo ha sido recibido en el Hades, el reino pagano de los muertos. Allí es asignado a los cuidados de la Venganza, quien le invita a sentarse y observar la acción de una obra en la que verá vengada su muerte. A pesar del marco clásico, la obra está ambientada en la España y Portugal de cultura cristiana. Jerónimo, que reflexiona (como Hamlet) acerca de la justicia de su causa, yuxtapone directamente el texto cristiano «*Vindicta mihi!*» (Mía es la venganza) con la orden de Séneca «*Per scelus semper tutum est sceleribus iter.* | Golpea, golpea al hogar donde la injusticia se te ofrece» [*La tragedia española*, III.13.1, 6-7]. Los contextos bíblico y clásico vuelven a enfrentarse cuando Jerónimo afirma que él, el cielo y los santos colaboran en vengar a su hijo:

Veo que el Cielo exige nuestra acción

y que todos los santos están sentados pidiendo
venganza sobre esos malditos asesinos. [IV.1.31-3]

En *La venganza de Antonio*, de John Marston (c. 1599), una obra que comparte muchos motivos lingüísticos y argumentales con *Hamlet*, el espectro de Andrugio mezcla sentimientos senequenses y cristianos sin aparente incomodidad:

Now down looks providence
T'attend the last act of my son's revenge.
... O, now triumphs my ghost,
Exclaiming 'Heaven's just, for I shall see
The scourge of murder and impiety'.
(*Antonio's Revenge*, V.1.10-11, 24-5)^[1]

Las semejanzas y diferencias entre lo que escribe Shakespeare y lo que hacen otros autores con historias, temas y géneros similares son siempre instructivas. Estos escritos contemporáneos no son meramente fuentes o antecedentes para *Hamlet* ni ofrecen una crónica del teatro isabelino. Al señalar las disputas explícitas y las dificultades encubiertas de la época, marcan los límites de lo imaginable. Explorar el alcance de las ideas senequenses no arrancará el corazón del misterio de Hamlet, pero puede acercarnos más a las condiciones que permiten que los personajes tengan sentido entre sí, por así decirlo, y también para el público y los lectores. Los dilemas de Hamlet pueden hablarnos hoy en día a través de este marco.

La forma más ingeniosa de amalgamar el espectro senequense y la imaginería cristiana es situarle en el purgatorio, donde se dice que las almas destinadas al cielo sufren por sus pecados:

Yo soy el espectro de tu padre.
Condenado durante cierto tiempo
a vagar en la noche, y en el día
confinado a ayunar entre las llamas
mientras son consumidos y purgados
los crímenes soeces
que llenaron mis días naturales. [I.5.9-13]

Sin embargo, la doctrina del purgatorio era rechazada específicamente por la ortodoxia protestante isabelina, por lo que su aparición en *Hamlet* ha alentado las especulaciones acerca de la filiación religiosa de Shakespeare. ¿Qué hizo el autor entre su boda en 1582 y su aparición en los círculos poéticos y teatrales de Londres en 1591 o 1592, años de los que se tienen escasas noticias? ¿Pudo trabajar como secretario o como profesor en un hogar católico del norte de Inglaterra? ¿Pudo el bardo universal estar comprometido en secreto con una fe prohibida?

No olvidemos que casi todo el mundo había sido católico romano antes de la Reforma, por lo que es posible que muchas personas conservaran cierto conocimiento y aprecio hacia los viejos ritos. El padre de Shakespeare, John, era un hombre adulto en 1563,

cuando los «treinta y nueve artículos» de la Iglesia anglicana confirmaron el protestantismo como religión oficial y declararon que el purgatorio era una perniciosa invención católica. John pudo haber mantenido sus creencias católicas, y tal vez William experimentó un apego nostálgico hacia la imaginería y perspectiva de la antigua religión, o quizá un respeto racional hacia sus ambiciones intelectuales.

LA FILOSOFÍA DE HAMLET

Más cosas hay en el cielo y la tierra,

Horacio, que las que se sueñan en tu filosofía. [I.5.166-7]

El desarrollo de los motivos senequenses en *Hamlet* junto a las actitudes cristianas da lugar a dos consideraciones adicionales. En primer lugar, aunque el tono general de la obra ya parece alinearla con las actitudes propias de Séneca, el lenguaje y los temas de los cómicos corresponden a ellas aún más: son violentos y sangrientos en el tema; pesados y aleccionadores en la expresión. Para ellos, «Séneca no puede ser demasiado pesado ni Plauto demasiado ligero» [II.2.399-400]. La venganza y el lenguaje rimbombante que la acompaña corresponden para el público a un estilo de obra más antiguo. Es una convención dramática al servicio del espectro, que siente un rencor tenaz; de los cómicos, que intentan ganarse la vida; y de Hamlet, que pretende tenderle una trampa a su tío. Se trata de una actitud que ha florecido en condiciones particulares y no de un comportamiento inevitable.

En segundo lugar, hemos estado centrándonos en un solo aspecto de Séneca, aunque esta figura radicalmente incoherente no solo escribió tragedias sangrientas; sus *Tratados morales* abogan por una actitud serena y racionalista hacia los asuntos humanos. Su perspectiva en ese aspecto es estoica: hay que aceptar con tranquilidad aquellas fuerzas que no se pueden controlar. Este es también un tema activo en *Hamlet*. El príncipe se presenta en términos estoicos cuando intercambia réplicas filosóficas con sus amigos. Rosencrantz niega que Dinamarca sea una cárcel y Hamlet responde: «Bueno, entonces no lo es para vosotros; pues no hay nada bueno o malo, sino que el pensamiento lo hace tal» [II.2.248-9]. Además, valora a Horacio porque ha alcanzado una calma estoica:

Pues tú has sido, sufriendo todo

como quien nada sufre, un hombre

que toma los reveses de fortuna

y sus favores con la misma gratitud. [III.2.75-8]

Al dominar sus emociones, Horacio se libera de los efectos de la fortuna y se convierte en el hombre sensato y feliz de los estoicos. Si Hamlet fuese capaz de hacer eso, podría con su padre, su madre y su tío. Es la renuencia a tolerar la vida con la mente encadenada lo que incluye el suicidio en el programa estoico:

Ser o no ser, de eso se trata;

si para nuestro espíritu es más noble sufrir

las pedradas y dardos de la atroz fortuna
o levantarse en armas contra un mar de aflicciones
y oponiéndose a ellas darles fin. [III.1.56-60]

El coro de *Las troyanas*, de Séneca, realiza unas especulaciones similares. Una vez más, Horacio, queriendo morir con Hamlet, afirma que «tengo más de romano antiguo | que de danés» [V.2.335].

En los *Tratados morales* de Séneca, el hombre que alcanza el dominio estoico se vuelve divino:

El sabio está muy próximo a los dioses, y excepto en la mortalidad, es semejante a Dios; y el que camina y aspira a cosas excelsas, reguladas con razón, intrépidas, y que con igual y concorde curso corren, y a las seguras y benignas, habiendo nacido para el bien público, siendo saludable a sí y a los demás, este tal no deseará cosa humilde.

Aunque Hamlet es consciente de esta visión idealista del hombre, ya no le resulta válida:

¡Qué espléndida obra es un hombre! ¡Qué | noble en su razón! ¡Qué infinito en su facultad!; en su forma | y movimiento, ¡qué expresivo y admirable!; en su acción, ¡qué | parecido a un ángel!; en comprensión, ¡qué parecido a un dios!; | belleza del mundo, parangón de los animales; y sin embargo para | mí, ¿qué es esa quinta esencia del polvo? El hombre no me deleita. [II.2.303-9]

La corrupción en el Estado de Dinamarca ha minado la fe de Hamlet en la humanidad. Al exigirle que arregle la situación, el espectro ha llevado al humanista lleno de optimismo al que asociamos con los tratados de Séneca a la visión del mundo propia del horripilante vengador que aparece en su teatro.

DIOS Y EL HOMBRE

Hay una providencia | especial en la caída de un gorrión. [V.2.213-14]

Situar a Hamlet dentro de los conceptos disponibles de venganza nos ayuda a considerar una vez más la cuestión de su «personaje». La estrategia seguida aquí no consiste en especular sobre su personalidad tal como podríamos chismorrear sobre un amigo, una celebridad o un personaje de un culebrón. Se trata más bien de reconstruir los aspectos del pensamiento contemporáneo que hicieron posible *Hamlet*. Porque los discursos del príncipe no pueden existir fuera de la organización social predominante (en tal caso habrían sido incomprensibles para el público de la época) y representan una selección muy característica de las cosas que podían decirse en la época de Shakespeare.

Si al hablar del purgatorio el espectro introduce la imaginería católica en *Hamlet*, también se encuentran en la obra muestras claras de la teología de la Reforma. Para expresarlo en pocas palabras, el protestantismo instituido y predicado en la Iglesia anglicana durante la época de Shakespeare era calvinista, y por lo tanto hacía hincapié en la incapacidad del cristiano para conseguir su propia salvación y en su corolario, la predestinación divina. Los «treinta y nueve artículos» debían leerse en la iglesia varias veces al año, y los fieles tenían que repetirlos como condición previa para su participación

en el servicio de comunión. Dichos artículos se imprimen todavía en la contracubierta del *Libro de Oración Común*. El artículo 10 declara: «El hombre [...] ni puede convertirse, ni prepararse con su fuerza natural y buenas obras, a la fe e invocación de Dios». El artículo 17 añade: «La Predestinación a la Vida es el eterno propósito de Dios (antes que fuesen echados los cimientos del mundo), quien por su invariable consejo, a nosotros oculto, decretó librar de maldición y condenación a los que eligió». Por consiguiente, salvarse o no depende de la voluntad de Dios. Aunque esta creencia pueda antojárseles insoportable a muchos lectores de hoy en día, no deja de tener cierta lógica y debía resultar indicada para el sistema social violento y punitivo que pretendía explicar y justificar. La tarea del teólogo era hacerla persuasiva; la del dramaturgo, explorar sus complicaciones.

Cuando Hamlet regresa a Dinamarca, en sus conversaciones con Horacio habla como un calvinista. Horacio le advierte que tenga cuidado durante el duelo con Laertes, y Hamlet le responde que no tiene ningún sentido tratar de anticiparse al futuro, puesto que, haga lo que haga, Dios ya lo tiene todo decidido:

Nada de eso, desafiamos a los augurios. Hay una providencia especial en la caída de un gorrión. Si ha de ser ahora, no estará por venir; si está por venir, será ahora; si no es ahora, llegará sin embargo. Estar preparado es todo, puesto que ningún hombre tiene nada de lo que deja, ¿qué importa dejarlo pronto? [V.2.213-18]

La observación de Jesús acerca del cuidado de Dios hacia el pájaro (Mateo, 10, 29-31; Lucas, 12, 6-7) se citaba a menudo como prueba de la bondad divina; «providencia especial» es una expresión calvinista que indica que la solicitud de Dios es detallada y no solo general. Dios, según escribe Juan Calvino, es «gobernador y moderador; y esto, no solamente porque él mueve la máquina del mundo y cada una de sus partes con un movimiento universal, sino también porque tiene cuidado, mantiene y conserva con una providencia particular todo cuanto creó, hasta el más pequeño pajarito del mundo» (CALVINO, *Institución de la religión cristiana*, I.xvi.1). De hecho, en su primera versión impresa de la obra, el cuarto de 1603, Hamlet dice que «hay una providencia predestinada en la caída de un gorrión». El primer cuarto suele considerarse una reconstrucción defectuosa, tal vez de memoria, por parte de un actor, pero muestra cómo interpretaba un contemporáneo bien situado el pensamiento del príncipe. En efecto, suena calvinista.

Este cambio parece obedecer a la toma de conciencia por parte de Hamlet del giro extraordinario de los acontecimientos: la aparición del espectro cuando Claudio se sentía seguro; la llegada de los cómicos, que pone a prueba al rey; el inspirado descubrimiento de Hamlet en el barco del complot contra su vida y su asombrosa liberación gracias a los piratas. Al describir cómo encontró la carta del rey y la cambió, Hamlet lo atribuye a «que una divinidad da forma a nuestros fines, | por mucho que nosotros | los desbastemos malamente»; al explicar cómo pudo sellar las instrucciones modificadas, dice «también en eso fue providente el cielo» (es decir, «controlador»; V.2.10-11, 48). La conformación de los acontecimientos parece requerir una explicación sobrenatural. Por ello, el príncipe reconoce la locura y pretenciosidad de la aspiración humanística y admite el poder controlador de Dios.

Ello no hace de Hamlet un calvinista. Aunque la predestinación significa, como es

lógico, que las propias acciones no suponen ninguna diferencia para el destino del alma, los predicadores protestantes, temerosos de que la gente se considerara liberada del respeto social y político, instaban al creyente a mostrar su deleite en la voluntad de Dios cooperando al máximo y con la mejor de las disposiciones. Ahora bien, no es así como se muestra el príncipe Hamlet. Su versión de la predestinación suena más a indiferencia hacia el destino que a confianza en el cuidado providencial. No hace una declaración reverente acerca de lo acertado del control de Dios sobre el mundo, sino que se lava las manos. Así pues, juega con Osric (en una escena que parece voluntariamente desganada), compite de modo imprudente con Laertes (V.2) y no trama ningún plan contra el rey. El asesinato final se produce en un arranque de inspiración apasionada, y cuando el propio Hamlet está perdiendo la vida.

Hamlet no dice en ningún momento que rehúse colaborar con el Dios calvinista porque no crea en su bondad; probablemente solo el personaje de un manifiesto villano podría haber dicho semejante cosa sobre un escenario. Sin embargo, cuando el público trata de encontrar sentido a los acontecimientos de la obra y las reacciones de Hamlet, puede pensar que el sistema divino reflejado en la acción no es tan cómodo y grato como pregonaban los protestantes. Ese sistema divino despierta en Hamlet asombro y admiración, e incluso un entusiasmo temporal cuando envía a Rosencrantz y Guildenstern a una muerte segura, pero en definitiva no le inspira respeto. Desde este punto de vista, el «aplazamiento» de Hamlet es filosófico y no personal: el universo no merece su colaboración.

Aunque pueda parecer que hemos llevado *Hamlet* a las lejanas regiones de la teología, en realidad hemos estado explorando los principales dilemas de la tragedia. Como dice Hamlet, un hombre puede ser «belleza del mundo, parangón de los animales» o bien «esa quinta esencia del polvo» [II.2.306-8]. Las coordenadas de la tragedia shakespeariana en la visión crítica dominante de los tiempos modernos han sido el potencial de afirmación en un ser humano excepcional y la presión que sirve de contrapeso a un desafío presente en la naturaleza misma de las cosas. El relato que Horacio ofrece de la acción nos parece bastante acertado:

Sabréis así de acciones carnales y sangrientas
y que van contra natura,
de irreflexivos juicios, de homicidios casuales,
de muertes conseguidas con astucia
y causadas por fuerza, y en esta conclusión,
propósitos errados que cayeron
en las cabezas de sus inventores [V.2.374-9]

Si todo ello está divinamente sancionado se debe a la divinidad calvinista, violenta y punitiva. Pensar o no que la calidad del compromiso de Hamlet con semejante universo constituye una compensación significativa para su brutalidad constituye la medida de una actitud optimista o pesimista.

FIDELIDAD AL PERSONAJE

Sigámosle, Gertrudis. [IV.7.191]

Al analizar estos temas trágicos he pretendido interpretar las motivaciones de Hamlet pese a plantear dudas sobre la legitimidad de las especulaciones en torno a su personalidad. He comenzado con la sensación de que Hamlet era un problema (un personaje difícil de interpretar) y le he atribuido unas ideas y emociones cambiantes en respuesta a las circunstancias. Sin embargo, he intentado presentar la situación y reacción de Hamlet en el ámbito de las ideas dramáticas, filosóficas y religiosas que estaban a disposición de Shakespeare, sin tratar los personajes como si fuesen personas ni presentar el personaje como si fuera el principal factor de la obra.

Hamlet está basada en un sentido de la identidad diferente del que conocemos hoy en día, tendente a la convención, los estereotipos y la alegoría. La identidad tiene que ver sobre todo con la posición social. En efecto, los nombres de los personajes son «rey» y «reina», no «Claudio» y «Gertrudis». Ser príncipe y sobrino del rey («milord», le llaman los demás) es más importante en la identidad de Hamlet que ser melancólico y misógino, aunque muestre signos de ambas cosas. En cualquier caso, la melancolía y la misoginia son actitudes habituales en los insatisfechos de la corte, y no exclusivas de Hamlet. El destino de Ofelia, Laertes y Polonio está más determinado por su estatus en la corte que por los sentimientos que puedan existir entre ellos. Tal vez Hamlet aprecie a Horacio, pero su relación difícilmente puede florecer si este último debe observar un respeto tan estricto que solo puede hablar cuando el príncipe se dirige a él. Está claro que las preguntas tradicionales sobre los personajes —¿por qué aplaza la venganza Hamlet?, ¿está loco?, ¿ama a Ofelia?, ¿está obsesionado con su madre?— no van a recibir respuesta. Esas preguntas han ocupado a algunas de las mejores mentes de la tradición crítica occidental, y por fuerza hemos de llegar a la conclusión de que la obra no proporciona indicios que permitan resolverlas.

Según muchos especialistas, hacer demasiado hincapié en el personaje equivale a esperar que una obra de comienzos de la era moderna responda a un enfoque crítico adecuado para una novela del siglo XIX o para los dramas naturalistas de Henrik Ibsen y August Strindberg. A diferencia de esos autores modernos, Shakespeare y sus contemporáneos no percibían falta de autenticidad alguna cuando recogían las historias de otros escritores y adoptaban convenciones y géneros ajenos de lenguaje y acción (como un espectro senequense). El decorado era mínimo, y muchas escenas no se situaban en ningún lugar concreto. Ofelia y Gertrudis eran interpretadas por actores jóvenes, un detalle sobre el que Hamlet llama la atención al comentar cómo ha crecido el muchacho que debe hacer de reina; espera que no se le raje la voz [II.2.423-7]. En esta clase de teatro el movimiento inmediato de una escena particular es más importante que la continuidad entre ellas. De ahí la incertidumbre sobre la edad de Hamlet (la impresión inicial es de un joven de unos dieciocho años, mientras que su conversación con el primer patán indica que tiene treinta; véase V.1.145-6). Cuando la narración quiere que sea un estudiante, un enamorado, sometido a su padre y tío, inexperto e impetuoso, parece tener dieciocho años; cuando

conviene que sea reflexivo, juicioso y experimentado, parece tener treinta. El resultado final es la clase de subjetividad propia de la cultura de comienzos de la era moderna.

A. C. Bradley, en su clásico ensayo *La tragedia shakespeariana* (1904), defiende la hipótesis de que una obra de Shakespeare tiene que enfocarse sobre todo a través del análisis de sus personajes. Cien años después, pese a numerosas controversias críticas, el estudio de Bradley sigue tipificando la noción sensata de nuestra cultura: se llega a la verdad de la obra a través de una visión crítica imaginativa de los personajes, como podría hacerse al considerar a una persona real y conocida, y esta es la forma de apreciar el arte de Shakespeare. Sin embargo, la obra misma de Shakespeare pone en tela de juicio la crítica de personajes de Bradley e invita al lector a concebir un análisis más complejo. El propio Hamlet suscita una característica conciencia de subjetividad que se sitúa en el umbral de la posmodernidad.

Pensemos en la representación en la obra del amor entre Hamlet y Ofelia. Ella dice que él le ha dado prendas de su amor y él lo niega, así que hay una incertidumbre en el texto. Bradley está insatisfecho con la visión más popular de su época, según la cual el sentimiento de Hamlet hacia Ofelia se mantiene constante aunque la tarea de ejecutar la orden del espectro le obligue a apartar de su mente todo pensamiento amoroso. Cuando él le habla con dureza [III.1.96-150] es para convencerla de que su amor es imposible, pero junto a la tumba de la joven estalla la verdad [V.1.265-80]. Según Bradley, esta interpretación romántica no sirve. La tesis de que Ofelia ocupa un lugar fundamental en la vida de Hamlet se ve desmentida por los hechos: el príncipe no la menciona en sus soliloquios ni al hablar con Horacio. Además, dice Bradley, Hamlet no rompe con Ofelia en respuesta al espectro, sino que lo hace más tarde, por indicación del padre de la joven. El motivo de la hostilidad de Hamlet hacia Ofelia parece ser la participación de esta en el complot contra él. Bradley llega a la conclusión de que «el amor de Hamlet, aunque nunca se perdió, se mezcló tras el rechazo aparente de Ofelia hacia él con la sospecha y el resentimiento, y su trato hacia ella se debió en parte a esta causa». Hamlet parece demostrar lo contrario al saltar al interior de la tumba de Ofelia. Bradley intenta explicarlo así: «cuando declaró que era un amor tan grande que cuarenta mil hermanos no podrían igualar, hablaba sinceramente pero no decía la verdad. Lo que decía era cierto, si se me permite decirlo, del yo interior sano que sin duda con el tiempo se habría vuelto a imponer».

Así pues, existen dos posibles interpretaciones de la actitud de Hamlet hacia Ofelia. En una es el enamorado fiel; en la otra se muestra suspicaz y resentido con ella. Para afianzar su visión preferida, Bradley se esfuerza por descubrir pistas que puedan componer una personalidad coherente y al mismo tiempo dejen a un lado aspectos inconvenientes. Sin embargo, ¿cómo puede expresar un actor que Hamlet es sincero pero miente cuando dice que ama a Ofelia más que cuarenta mil hermanos? ¿Cómo va a deducirlo un lector del texto? ¿Y qué podemos saber del «yo interior sano» de Hamlet cuando sus señales se hallan en un futuro indefinidamente remoto? Bradley se ve arrastrado a argumentos demasiado elaborados porque el texto no resuelve la cuestión. O bien las pruebas son

insuficientes, o bien son demasiadas. La razón, en pocas palabras, es que a Shakespeare le interesan otros asuntos.

Antes de seguir adelante es preciso analizar otra clase de intento de afrontar la falta de coherencia de que adolecen los personajes de Shakespeare: el recurso a un profundo análisis freudiano. El ejemplo más notorio es el de Ernest Jones, quien afirma que Hamlet sufre un «complejo de Edipo» (en un ensayo publicado en 1910 en el *American Journal of Psychology*, Jones aprovecha una breve alusión de la obra de Freud *La interpretación de los sueños*, editada en 1900). Según Jones, aunque aparecen en la obra muchas motivaciones plausibles para Hamlet, como las dudas sobre las intenciones del espectro, la pereza, la cobardía, una conciencia sensible, el deseo de asegurarse de que Claudio vaya al infierno, la voluntad de no perjudicar a su madre, un carácter franco y generoso, una disposición cauta y astuta, etc., ninguna de ellas es convincente, y pueden incluso resultar contradictorias entre sí. Es posible que Hamlet sea inconsciente de sus inhibiciones; tal vez las esté reprimiendo. En su lectura freudiana de la obra Jones subraya que el malestar de Hamlet precede al conocimiento del asesinato de su padre y guarda relación con su madre (de ahí sus reacciones indecisas con respecto a Ofelia). Como les ocurre a otros muchachos, se supone que el príncipe ha considerado a su padre un rival con el que se disputaba el amor de su madre. Por ello, cuando Claudio asesina al rey Hamlet está haciendo realidad el deseo del propio príncipe, largamente reprimido. «Oh, alma mía profética, ¿mi tío?» [I.5.40-41]: Hamlet lo sabía ya en su fuero interno, y puesto que Claudio ha cumplido su más profundo deseo no puede matarle. Es una posibilidad, aunque gran parte de la obra parece quedar al margen de ella. Obsérvese también que, aunque el análisis profundo pretende ir más allá del sentido común de Bradley, de hecho vuelve a contar con las expectativas propias de este autor, según las cuales el personaje acabará siendo coherente.

La crítica freudiana destaca la relación de Hamlet con su madre, mientras que Bradley, el crítico victoriano, se siente incómodo con el tema de la sexualidad femenina. Aunque no suele considerarse a la reina una figura problemática, el personaje ilustra el desinterés de Shakespeare hacia la caracterización en sí. Su hijo Hamlet le exige reiteradamente que no continúe teniendo relaciones sexuales con Claudio:

Confesaos al cielo,
arrepentíos de lo sucedido,
evitad lo que viene
y no abonéis la mala hierba para hacerla más fuerte. [III.4.150-53]

Lo que no debe permitir es

Que el borracho del rey
os tiene una vez más a ir a su cama,
os pellizque jugando la mejilla,
os llame ratoncita, y con un par
de malolientes besos, o con unas palmadas
en vuestra espalda con sus dedos maldecidos,

os lleve a devanar todo este asunto [...] [III.4.183-7]

Gertrudis no le revela al rey lo que le ha dicho Hamlet, pero ¿permite que Claudio le haga el amor? Su esposo apela a ella en las escenas siguientes, donde se investiga la muerte de Polonio y se ordena a Hamlet partir hacia Inglaterra: «Venid aquí, Gertrudis», «Venid, Gertrudis», «Vámonos ya» [IV.1.28, 38, 44]. ¿Por qué insiste? ¿Porque la reina es cómplice de sus deseos o porque se muestra reticente? ¿Reacciona ella apoyándole o le da la espalda, alegando quizá un ataque de jaqueca? Claudio solicita su apoyo para afrontar la locura de Ofelia: «Oh, Gertrudis, Gertrudis», «Ay, querida Gertrudis» [IV.5.78, 95]. No obstante, el texto no pone respuesta alguna en boca de la reina. Cuando Laertes se presenta con sus exaltados partidarios, Gertrudis se esfuerza por proteger al rey diciendo que él no es responsable de la muerte de Polonio. También es verdad, por otro lado, que informa a Laertes y no a su marido de la muerte de Ofelia. «Sigámosle, Gertrudis», la exhorta Claudio. [IV.7.191]. Durante la última escena continúa habiendo sobradas oportunidades de concretar la actitud de Gertrudis hacia el rey, pero no aparece indicación alguna, ni en un sentido ni en otro, en el diálogo o las acotaciones.

Por supuesto, al representar la obra el actor y el director deberán tomar una decisión que resuelva la cuestión. Sin embargo, lo más significativo es que Shakespeare no estaba lo bastante interesado en la reina para escribirle más diálogo. Su interioridad —el estado de su vida sexual y su alma eterna— solo resulta de interés mientras afecte a Hamlet. De hecho, este es uno de los casos en los que Shakespeare descarta bruscamente personajes que ya no son necesarios para la historia. Otros ejemplos destacados de este hábito son el bufón en *El rey Lear*, Adán en *Como gustéis*, Christopher Sly en *La fierecilla domada* y la nodriza en *Romeo y Julieta*. Shakespeare ni siquiera los elimina de la historia, limitándose a abandonarlos. Otros personajes, como Celia y Oliverio en *Como les guste*, Olivia y Sebastián en *Noche de Epifanía* y Angelo y Mariana en *Medida por medida*, se casan de forma inesperada con personas con las que no tienen afinidad aparente, sin ninguna posibilidad de indicar cómo puede contribuir el matrimonio al desarrollo del personaje. Los personajes menores son los más prescindibles. Bernardo es necesario en la primera escena de *Hamlet*, pues debe hablar primero con Francisco y después con Marcelo y Horacio, y visitar a Hamlet para confirmar la historia del espectro. Parece que estará con los demás cuando vuelvan a esperar al espectro [I.4], pero desaparece. Esta circunstancia es sin duda una buena muestra de economía dramática, pero no corresponde a la expectativa de que los personajes manifiesten personalidades coherentes y en evolución.

SUBJETIVIDADES

pero yo llevo dentro lo que va más allá
de cualquier apariencia;
lo otro son los arreos y galas de la pena. [I.2.85-6]

La crítica de personajes plantea dos problemas. Uno, como ya he expresado, es que no encaja demasiado bien con *Hamlet*, y el otro es que no encaja con las ideas posmodernas

acerca de la subjetividad. En realidad, ninguno de nosotros posee un núcleo interno coherente de personalidad que pueda sintetizarse (Hamlet como enamorado fiel frente a Hamlet como hombre suspicaz y resentido). Para muchos pensadores de hoy en día, cualquier identidad es y debe ser descentrada, inestable y provisional, ocupada solo mediante procesos de ansiosa repetición. Los individuos pueden experimentar diversas identidades y deseos en distintas circunstancias, pues todos estamos sometidos a diferentes presiones y límites sociales. La creencia en nuestro ser individual es una estrategia necesaria para sobrevivir en una sociedad fragmentada (si bien en realidad, según los investigadores de mercado, todos somos muy parecidos).

Aunque *Hamlet* nos resulte remota, no nos es del todo ajena: en ciertos textos de principios de la era moderna hallamos indicios de cómo se desarrollará la expectativa de interioridad y coherencia en las sociedades modernas. Estos atisbos pueden ser suficientes para suscitar preguntas sobre los personajes —es comprensible que Bradley, Freud y muchos lectores de Shakespeare lo intentasen—, pero no bastan para generar respuestas convincentes. Sin suponer que esos aparatos dramáticos son personalidades unificadas o independientes de los múltiples factores que moldean la cultura, seguimos observando indicaciones, al menos de modo intermitente, que los propios personajes experimentan como subjetividades continuas. Si *Hamlet* no está escrita de un modo que complazca por completo al crítico de personajes, tampoco se concibió como una alegoría medieval a base de componentes típicos (como un Hombre, el Vicio y la Venganza). Aunque la cultura de comienzos de la era moderna era diferente de la nuestra, tampoco lo era tanto.

Polonio nos ofrece un ejemplo del desarrollo parcial de la interioridad:

que bajo el rostro de la devoción
y de acciones piadosas, endulzamos
al demonio en persona. [III.1.47-9]

Con la apariencia de la oración y el comportamiento virtuoso disimulamos prácticas diabólicas. El rey recoge esas palabras en un aparte:

¡Qué vivo latigazo ese discurso
ha dado a mi conciencia!
No es la mejilla de la prostituta
embellecida con afeite artificioso
más fea entre sus trucos
que mis acciones entre mis palabras
tan pintadas. [III.1.50-33]

La interioridad del rey se caracteriza por la capacidad de apropiarse de las palabras de otro y reorientarlas de acuerdo con sus propias preocupaciones. Su conciencia no es una posesión estática, sino que puede ser estimulada por un comentario casual. Sin embargo, la idea no se desarrolla de un modo propio de Claudio sino como una burla convencional hacia la sexualidad femenina. El crítico bradleyano, deseoso de descubrir una justificación psicológica para cada verso, podría encontrar aquí un signo de la tendencia de Claudio a

cargar a otros con su culpa. No obstante, es una interpretación rebuscada que contradice la impresión de que se está revelando una verdad. Parece más seguro reconocer que la subjetividad del rey da paso a un tema convencional.

Por supuesto, es Hamlet quien da la mayor impresión de subjetividad. Los soliloquios significan interioridad, aunque sean un tanto estilizados. Los de Hamlet están repletos de referencias a sí mismo, autocríticas, indecisiones y recapitulaciones de la acción. En su diálogo con otros personajes se muestra burlón, falso, voluble y prudente, indicaciones de un proyecto interior adaptable más allá del intercambio inmediato. Obliga a los demás a tener en cuenta su subjetividad, y su estrategia consiste en establecer una clara distinción entre emoción interior y expresión externa. Las manifestaciones usuales de pena son

actos que un hombre muy bien puede fingir,
pero yo llevo dentro lo que va más allá
de cualquier apariencia;
lo otro son los arreos y galas de la pena. [I.2.84-6]

Claudio acepta esta distinción cuando informa a Rosencrantz y Guildenstern:

Algo habréis escuchado referente
a la transformación de Hamlet.
Así la llamo, porque ni por dentro
ni por fuera ese hombre se parece al que fue. [II.2.4-7]

Al presentar su informe, Guildenstern reconoce que la apariencia de Hamlet oculta su verdadero estado anímico:

Ni encontramos el modo de sondearlo más,
sino que con astutas chifladuras
se nos escurre si queremos
llevarle a alguna confesión de su estado real. [III.1.7-10]

Se podría argumentar que el tema fundamental de *Hamlet* es la materialización de la interioridad. La cuestión no es la naturaleza de la subjetividad de Hamlet, sino lo que puede significar poseer una subjetividad. Si el príncipe se ha presentado como una figura decididamente «moderna» no es porque exprese de forma espontánea una sensibilidad propia de los siglos XIX o XX, sino porque, al llegar a la modernidad de manera incompleta, dirige la atención hacia el desarrollo histórico de la misma.

A partir de este análisis, resulta comprensible que Hamlet haya representado una figura enigmática para la crítica de personajes. Aunque en sus diálogos no deja de ofrecernos vislumbres de subjetividad, algunos de ellos exhiben una discontinuidad muy provocadora, componiendo una secuencia de interioridades poco vinculadas entre sí y no una identidad coherente. Obsérvese el momento en que Hamlet les advierte a Horacio y Marcelo que puede «tomar una actitud extravagante» [I.5.172]. Esa circunstancia explicaría el comportamiento errático del príncipe, pero ¿toda su locura es fingida? ¿Lo es, por ejemplo, su vigoroso maltrato de Ofelia y Gertrudis? Al fin y al cabo, la melancolía y la misoginia son anteriores a la revelación del espectro. Parece imposible llegar a una

conclusión. Aunque saltar al interior de la tumba de Ofelia con Laertes puede atribuirse a una actitud voluntariamente extravagante, Hamlet afirma lo contrario: «Pero lamento mucho, mi querido Horacio, | haber perdido ante Laertes los estribos» [V.2.75-6]. No es que en el texto los signos de subjetividad sean insuficientes para que la crítica de personajes trabaje con ellos, sino que, por el contrario, resultan excesivos.

EL INDIVIDUO Y EL ESTADO

Algo podrido hay en el reino de Dinamarca. [I.4.90]

Podemos concluir que los intereses de Shakespeare eran otros y que quizá los asuntos públicos sean más importantes que los privados. En *Hamlet*, el autor articula todo un sistema de autoridad y gobierno corrupto y desintegrado. En comparación, el hecho de que Hamlet esté loco en todo momento o solo parte del tiempo puede ser una cuestión menor. Centrarse en el personaje individual, por excepcional que sea, no es la mejor forma de entender las sociedades humanas en general y el drama del principio de la era moderna en particular.

La aparición del espectro no afecta solo a Hamlet, pues «augura a nuestro Estado | algún suceso extraño», declara Horacio [I.1.69]. Se refuerza la vigilancia, se funden cañones de bronce y se apremia a los navieros. La disputa entre el viejo Hamlet y el viejo Fortinbrás no ha terminado: el joven Fortinbrás trata de reconquistar los territorios que perdió su padre. La segunda escena muestra a Claudio abordando la cuestión, al tiempo que consolida su poder casándose con la reina y manejando a figuras cortesanas de peso. En el acto II, escena 2, Voltemand y Cornelio regresan de su embajada en Noruega. El joven Fortinbrás, refrenado por su tío, solicita permiso simplemente para cruzar el territorio danés a fin de atacar a los polacos. Sin embargo, la conducta de Hamlet está minando ya el pragmatismo real; el rey, la reina y Polonio se preocupan cada vez más por el estado anímico de Hamlet.

Las actividades de la corte se reducen progresivamente. Las relaciones con Inglaterra están contaminadas. La presencia histórica de Hamlet afecta a todo el mundo, destruyendo a su propia familia y a la de Polonio. Entretanto, el príncipe se aplica todas las ocasiones a sí mismo. Se encuentra con el ejército de Fortinbrás y no extrae de ello consideraciones de Estado, sino alimento para sus propias obsesiones. Se toma la muerte de Ofelia y la angustia de Laertes como asuntos personales, mientras que el rey al menos intenta afrontarlos como perturbaciones políticas. A Hamlet no le importa que la gente se vuelva «turba, torpe y retorcida | en sus ideas, y rumores» [IV.5.82-3]. Su respaldo final a Fortinbrás puede indicar que es consciente de que la élite gobernante danesa no es capaz de regirse a sí misma, y menos aún al país.

Si el lector aprecia el orden por encima de todo puede celebrar la restauración del poder del Estado al final, cuando Fortinbrás toma el mando. Mientras los daneses están inmersos en luchas intestinas, la familia Fortinbrás hace realidad su antiguo proyecto, la

conquista de Dinamarca. Esta circunstancia puede considerarse accidental: a pesar de todas las intrigas de la obra, la conclusión se produce por casualidad, como una trágica ironía. Kenneth Branagh ofrece otra interpretación en su película *Hamlet* (1996), que muestra la llegada de Fortinbrás como un hecho que no es ni fortuito ni inocente. Durante el acto V los soldados noruegos asaltan en silencio el castillo, desarmando a los centinelas y ocupando emplazamientos estratégicos. Ya antes de la muerte de Claudio se ha producido un cambio de régimen: vemos a los soldados derribando una gigantesca estatua del rey Hamlet. El ruido de tambores, trompetas y cañones (véanse las acotaciones en V.2.275 y V.2.343) puede parecer parte de las celebraciones del rey, pero es el estruendo causado por una invasión. Esta no es la única interpretación posible de la escena, pero desarrolla un énfasis que ya está presente en el texto. Las intensas peleas familiares resultan ser una distracción catastrófica, pues los daneses deberían haber atendido los temas de Estado.

No obstante, no sería exacto decir que desatienden los asuntos públicos por atender a su vida privada, pues en realidad los personajes no tienen intimidad. Para empezar, Polonio y el rey cultivan un régimen de engaños, provocadores, espías, confidentes y sicarios que permite al gobierno conocer muchas conversaciones privadas. Polonio, Ofelia, el rey, Rosencrantz, Guildenstern y la reina se dedican a espiar a Hamlet, y Polonio contrata a Reinoldo para que vigile a Laertes, que a su vez conspira con el rey. Cuando llama a Hamlet «observado por todos los observadores» [III.1.155], Ofelia se refiere a que ha sido admirado e imitado, aunque lo cierto es que empieza a ser objeto de un control absoluto. Hamlet reacciona haciendo vigilar al rey (en la obra *La ratonera*) y abriendo cartas confidenciales. Todo ello recuerda las prácticas de vigilancia del gobierno isabelino, bajo el régimen de Sir Francis Walsingham, y del de Jacobo I, que desbarató mediante la infiltración y la tortura el famoso complot de Guy Fawkes para volar el Parlamento en 1605.

El Estado danés está amenazado, lo cual, entonces como ahora, parece justificar la anulación de los derechos civiles que avalan la justicia del sistema. Polonio sabe que el momento es delicado cuando propone al rey espiar a la reina y al príncipe:

y como vos dijisteis, y estuvo muy bien dicho,
es conveniente que junto a una madre,
pues por naturaleza tienden a ser parciales,
alguien oiga también esa conversación. [III.3.30-33]

En realidad la idea fue del propio Polonio [III.1.185-6]. Al defenderse, el Estado renuncia a su propia justificación. Claudio exige privilegios que él mismo ha violado: «que la divinidad que guarda a un rey es tal, | que la traición solo podrá asomarse | a lo que busca» [IV.5.125-6]. Obsérvese que la élite gobernante cierra filas ante la amenaza que viene de las clases inferiores. La solidaridad de Gertrudis con Claudio surge cuando Laertes anima a «un ejército rebelde» a amenazar su dominio; «falsos perros daneses», les llama [IV.5.103, 112]. Al final Laertes es apartado de sus partidarios populares y reincorporado al aparato del Estado sin demasiadas dificultades.

PATRIARCADO Y LOCURA

Fragilidad, mujer te llamas. [I.2.146]

Si la vida privada es pública en Dinamarca se debe en parte al control estatal. La familia, que consideramos un asunto privado, es la institución mediante la cual se canaliza la sexualidad de modo beneficioso para el Estado. El matrimonio garantiza la mezcla de seres humanos sanos e idóneos para preservar la unidad social, manteniendo el patrimonio genético, la estructura de clases, la jerarquía racial y la transmisión de la propiedad de una generación a otra. Los varones deben rivalizar por mujeres de clase adecuada, que deben estar disponibles. Otras relaciones se prohíben o rechazan, aunque los vínculos extramaritales le están oficiosamente permitidos al varón. Hay vías legales que garantizan estas medidas; *Hamlet* aborda lo que sucede al adoptar medios ilegales.

El interés del Estado por la sexualidad resulta más obvio con respecto a los miembros de las clases superiores. En vida del rey Hamlet el vínculo entre Gertrudis y Claudio es «traidor», además de ser una «bestia incestuosa» y «adúltera» [I.5.42-3]; cuando se casan ratifican su derecho a gobernar. Como hemos visto, la motivación subjetiva no acaba de explicar los actos de la reina. Más bien es el objeto en que se han fijado dos hermanos poderosos, estableciendo su autoridad y territorio mediante su conquista. Hamlet pide su colaboración en la campaña contra Claudio, al tiempo que se enfrenta con Laertes por la posesión de Ofelia.

Los manejos de la autoridad patriarcal son evidentes en la familia de Polonio. El deseo de Laertes de regresar a Francia le es concedido con facilidad por su padre y el rey. Cuando vemos a Ofelia por primera vez, Laertes le expresa largamente la necesidad de renunciar a sus deseos respecto a su relación con Hamlet. Ella responde con sumisión. Quizá para distender el ambiente, advierte a Laertes que siga sus propios consejos, pero él descarta la idea: «Oh, no temas por mí» [I.3.51]. Esta diferencia en el margen permitido a hijos e hijas se repite cuando Polonio aconseja a Laertes sobre el modo independiente y adulto de moverse en el mundo y luego reprende a Ofelia acerca de su conducta con Hamlet. Ella le informa de las «muchas proposiciones | de su afecto», la «manera honesta» que ha mantenido y sus «sagrados juramentos del cielo» [I.3.99-100, 111, 114], pero el padre lo interpreta todo con escepticismo: «En resumen, Ofelia, no creas sus promesas»; son «procuradores santos y piadosos | para engañar mejor» [I.3.126-7, 130-131]. Pasa de la advertencia, «Proponte tú a más alto precio» [I.3.107], a ordenarle romper por completo la relación.

Al menos Laertes no resta importancia a los sentimientos de los enamorados; solo trata de mostrarse práctico al hablar del príncipe: «pues de aquello que escoja él depende | la santidad y la salud de nuestro Estado entero» [I.3.20-21]. Sin embargo, su padre rechaza sistemáticamente las percepciones de Ofelia; no es de extrañar que se vuelva loca. Ha considerado a Hamlet honorable y sincero, pero Polonio insiste a cada paso en que malinterpreta la situación. Así, su confianza en sus propias sensaciones y percepciones se ve minada (las hijas del rey Lear confunden a su padre de forma similar).

OFELIA Señor, me ha requebrado de manera honesta.

POLONIO Sí, sí, puedes llamarlo moda, anda, anda.

OFELIA Y ha dado autoridad a su discurso
con casi todos los sagrados juramentos del cielo.

POLONIO Sí, trampas para bobos. [I.3.110-15]

El apuro de Ofelia es exacerbado por Hamlet. Ella sabe que el príncipe le dio recuerdos, pero él dice: «nunca te he dado nada» [III.1.96]. Sus palabras significan: en realidad nunca te he dado mi ser; o: el yo y el tú que intercambiaron recuerdos ya no son los mismos. Cuando Hamlet la insulta ante la corte entera —«Señora, ¿puedo echarme en vuestro regazo?» [III.2.121]— se presenta como el mujeriego lascivo que Polonio le consideraba. Además, niega una intención picante, por lo que la ofensa parece ser de ella: «¿Pensáis que me refería a cosas bajas?» [III.2.125]. No es de extrañar que esta inocente doncella acabe cantando canciones picantes. Cuando la historia de amor de Ofelia se hace insostenible recurre a una historia de explotación y traición:

Antes de tumbarme me juraste
que tu esposa me habrías hecho;
por el sol que me alumbra lo hiciera
y no entrarías en mi lecho [IV.5. 63-7]

La doble moral vuelve a manifestarse cuando Polonio se las ingenia para hacer averiguaciones sobre Laertes. Quiere que Reinaldo obtenga confidencias sobre el comportamiento de su hijo atribuyéndole «locuras, caprichos y deslices» [II.1.22]. A Reinaldo le preocupa perjudicar la reputación de Laertes, pero a Polonio no le importa tolerar la bebida, las peleas, la blasfemia, las riñas y el trato con prostitutas. Reinaldo debe revelar tales defectos

tan agradablemente que parezcan
simples lunares de la libertad,
la llamarada y los arranques
de un espíritu ardiente, y la selvaticuez
de una sangre indomada
que se abalanza sobre cualquier cosa. [II.1.32-5]

En realidad Polonio quiere que Laertes sea un macho de pelo en pecho, supuestamente porque ello significa que estará preparado para dar continuidad a la estirpe familiar. Lo cierto es que esta clase de masculinidad se acompaña con frecuencia de cierto grado de estupidez. En efecto, la impetuosidad de Laertes le deja expuesto a la manipulación del rey, que le conduce al deshonor y a la muerte.

Alcanzar un estatus de masculinidad suficiente para sostener el Estado no es sencillo. Basta pensar en la acusación reiterada contra Claudio por parte de Hamlet, que le reprocha no ser el hombre que era su hermano. El propio espectro desdeña a Claudio llamándole «un malvado cuyas dotes naturales | eran bien pobres comparadas con las mías» [I.5.51-2]. La situación en Noruega es parecida: el hermano del rey asesinado se muestra incapaz de controlar al joven Fortinbrás. Cabría deducir un elogio de la primogenitura: los hijos

mayores son los que poseen las mejores cualidades.

Las confusiones en la sexualidad no se especifican en la obra. En cambio, se nos ofrece misoginia. ¿Qué está podrido en el reino de Dinamarca? La respuesta persistente es: la sexualidad femenina. «Fragilidad, mujer te llamas», afirma Hamlet, antes incluso de recibir el mensaje del espectro [I.2.146]. Ofelia recibe algunos insultos habituales: «Muy claro tengo oído también sobre vuestras pinturas. Dios os ha dado una cara, y os hacéis otra. Brincáis, os contoneáis y bisbiseáis» [III.1.143-5]. Las palabras dirigidas a la reina son demasiado complicadas e intensas:

No, sino por vivir
en el rancio sudor de una cama enlodada,
cociéndose en la corrupción
entre mil arrumacos y haciendo el amor
en la sucia pocilga. [III.4.92-5]

Estas palabras pueden parecer obsesivas, pero Gertrudis se ve obligada a reconocer su justicia. Una vez más, cuando Hamlet mira la calavera de Yorick piensa en cosméticos: «Vete ahora a la alcoba de mi señora y dile que bien puede ponerse pintura de una pulgada de grueso, a esta figura ha de llegar» [V.1.189-91]. Cuando no hace caso de las aprensiones de Horacio acerca del duelo, Hamlet dice que «es una premonición de esas que perturbarían quizá a una mujer» [V.2.209-10].

Esa misoginia puede atribuirse al carácter del príncipe, pero no se trata de un rasgo exclusivo de Hamlet. Ya he comentado que el rey evoca la sexualidad femenina cuando su conciencia debería concentrarse en su propio adulterio y crimen. Laertes, a quien se insta a mantener la calma, afirma que si tiene una gota de sangre que esté en calma

proclama que yo soy un vil bastardo,
a mi padre le grita que es cornudo,
pone la marca de ramera aquí,
sobre la casta frente inmaculada
de mi bendita madre. [IV.5.119-22]

Si Laertes no es totalmente turbulento, dice, señala que no es hijo de su padre, y que su madre debe de haber sido infiel. Una vez más, la sexualidad femenina conlleva una carga excesiva. La misoginia es rutinaria, reiterada y activa en la trama, como si la obra estuviese concebida para persuadirnos de ella. Desde luego, Gertrudis está hecha para aceptar la culpa:

Ay, Hamlet, no hables más.
Me haces volver los ojos al fondo mismo de mi alma,
y veo allí unas manchas
tan negras en sus fibras íntimas,
que nunca perderán su tinte. [III.4.89-92]

En realidad, poca de la podredumbre de Dinamarca procede de las mujeres, que más bien son simples pretextos en los intentos de los hombres de obtener ventaja y control

dentro de una élite política corrupta. Diversas perturbaciones sociales se desplazan a la sexualidad, ocultando las contradicciones e injusticias del sistema social y político.

CONTAR *HAMLET*

También de eso yo tengo
motivo para hablar. [V.2.379-80]

Nuestra exploración de algunos de los problemas de *Hamlet* no los ha resuelto; escribir sobre la obra no produce el fin de la escritura sino más escritura. Al validar esta o aquella interpretación de la obra, el crítico establece sus creencias sobre el honor, la venganza y la ley; el cristianismo y el paganismo; la confianza o la sospecha de la élite gobernante; la susceptibilidad, la disidencia y el militarismo; el hombre, con su carácter individual, sufrimiento, dominio y destino; roles de género, misoginia y doble moral; la veracidad histórica, la coherencia y la universalidad del texto de Shakespeare. Contar las historias una y otra vez es nuestro principal medio para entender y controlar un poco mejor nuestras circunstancias.

El propio Hamlet es quien inicia el deseo de contar la historia. «Desentiéndete un tiempo de la felicidad», le pide a Horacio, refiriéndose a la dicha de la muerte; «y en este duro mundo | reserva con dolor tu aliento para contar mi historia» [V.2.341-3]. Horacio se toma en serio su tarea:

[...] ordenad que estos cuerpos
en un alto tablado sean expuestos,
y dejad que relate al mundo aún ignorante
cómo es que sucedieron estas cosas. [V.2.371-4]

Fortinbrás se siente complacido: «Apresurémonos a oírlo, | y llamad a la audiencia a los más nobles» [V.2.380-81].

Es posible que este compromiso con la historia no se deba únicamente a un deseo abstracto de verdad. La élite gobernante, incluyendo a Fortinbrás y Horacio, desea una transición pacífica al nuevo régimen. Quiere consolidar su relato de lo sucedido, pues la incertidumbre resulta peligrosa.

Pero hágase lo que antes dije,
mientras las mentes están aún desconcertadas,
no vaya a ser que alguna otra desgracia
con intrigas y errores sobrevenga. [V.2.387-9]

Fortinbrás no puede esperar la explicación de Horacio y se embarca en su propio análisis del personaje de Hamlet: «porque sin duda, puesto a ello, | se hubiera comportado con toda majestad» [V.2.391-2]. ¿Es eso cierto? ¿Está Fortinbrás en posición de juzgar? ¿Se apropia a Hamlet como predecesor para mejorar su propio rango? Los intentos de controlar la historia de Hamlet empiezan aquí, dentro de la obra. El resto no es silencio.

CRONOLOGÍA APROXIMADA
DE LA OBRA DE SHAKESPEARE

AÑO	OBRA
1589-1590	<i>Enrique VI, parte primera</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte segunda</i>
1590-1591	<i>Enrique VI, parte tercera</i>
1592-1593	<i>Ricardo III</i>
1592-1593	<i>Los dos caballeros de Verona</i>
1592-1593	<i>Venus y Adonis</i>
1593	<i>La comedia de los errores</i>
1593-1609	<i>Sonetos y Lamento de una amante</i>
1593-1594	<i>La violación de Lucrecia</i>
1593-1594	<i>Tito Andrónico</i>
1593-1594	<i>La doma de la fiera</i>
1594-1595	<i>Trabajos de amor en vano</i>
1594-1596	<i>El rey Juan</i>
1595	<i>Ricardo II</i>
1595-1596	<i>Romeo y Julieta</i>
1595-1596	<i>Sueño de noche de verano</i>
1596-1597	<i>El mercader de Venecia</i>
1596-1597	<i>Enrique IV, parte primera</i>
1597	<i>Las alegres casadas de Windsor</i>
1598	<i>Enrique IV, parte segunda</i>

1598-1599	<i>Mucho ruido y pocas nueces</i>
1599	<i>Enrique V</i>
1599	<i>Julio César</i>
1599	<i>Como les guste</i>
1600-1601	<i>Hamlet</i>
1601	<i>El fénix y el tórtolo</i>
1601-1602	<i>Noche de Epifanía o Lo que queráis</i>
1601-1602	<i>Troilo y Crésida</i>
1602-1603	<i>Bien está todo lo que bien acaba</i>
1604	<i>Medida por medida</i>
1604	<i>Otelo</i>
1605	<i>El rey Lear</i>
1606	<i>Macbeth</i>
1606	<i>Antonio y Cleopatra</i>
1607-1608	<i>Coriolano</i>
1607-1608	<i>Timón de Atenas</i>
1607-1608	<i>Pericles, príncipe de Tiro</i>
1609-1610	<i>Cimbelino</i>
1610-1611	<i>Cuento de invierno</i>
1611	<i>La tempestad</i>
1612-1613	<i>Enrique VIII</i>
1613	<i>Dos nobles de la misma sangre</i>

NOTA EDITORIAL

Escrita entre 1600 y 1601, fue inscrita en el registro de publicaciones en el verano de 1602. A finales de 1580 y principios de 1590, circuló una primera versión de Hamlet, de autoría desconocida y hoy perdida, aunque algunos críticos la atribuyen a Thomas Kyd o incluso al propio Shakespeare, quien habría reelaborado su propia obra en el texto que hoy conocemos. Un primer cuarto se publicó en 1603, mucho más corto que las ediciones posteriores, quizá una reconstrucción de la versión representada. En 1604, vio la luz un segundo cuarto, que probablemente sea la versión autorizada de la compañía para desplazar al primer e incompleto cuarto y que tal vez, según algunos editores, se compuso directamente a partir del manuscrito de Shakespeare. El texto del Primer folio de 1623 parece basado en el guión teatral —la versión que se ponía en escena y que a menudo abreviaba considerablemente el manuscrito original—, pues tiene muchas más indicaciones escénicas que el segundo cuarto y setenta versos nuevos, al tiempo que omite doscientos treinta versos del segundo cuarto. Casi todas las ediciones modernas suelen añadir a la versión del Primer folio los versos omitidos del segundo cuarto, como hizo Tomás Segovia en la versión que aquí publicamos.

Hamlet

DRAMATIS PERSONAE

CLAUDIO, REY de Dinamarca

HAMLET, príncipe, hijo del difunto rey de Dinamarca, y sobrino del actual

POLONIO, lord Chambelán

HORACIO, amigo de Hamlet

LAERTES, hijo de Polonio

VOLTEMAND, cortesano

CORNELIO, cortesano

ROSENCRANTZ, cortesano

GULDENSTERN, cortesano

OSRIC, cortesano

UN CABALLERO, cortesano

UN SACERDOTE, cortesano

MARCELO, soldado

BERNARDO, soldado

FRANCISCO, soldado

REINALDO, criado de Polonio

LOS ACTORES

Dos aldeanos, sepultureros

FORTINBRÁS, príncipe de Noruega

UN CAPITÁN

EMBAJADORES ingleses

GERTRUDIS, REINA de Dinamarca y madre de Hamlet

OFELIA, hija de Polonio

ESPECTRO del padre de Hamlet

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran BERNARDO y FRANCISCO, dos centinelas.

BERNARDO ¿Quién va?

FRANCISCO No, contesta tú. Detente y descúbrete.

BERNARDO Viva el rey.

FRANCISCO ¿Bernardo?

BERNARDO El mismo.

FRANCISCO Llegas muy puntualmente a tu hora.

BERNARDO Acaban de dar las doce, vete a la cama, Francisco.

FRANCISCO Por este relevo muchas gracias,

hace un frío que pela, y estoy desalentado.

BERNARDO ¿Tuviste una guardia tranquila?

FRANCISCO No se movió un ratón.

BERNARDO Bueno, buenas noches.

Si te encuentras a Horacio y a Marcelo,

los compañeros de mi guardia,

diles que se den prisa.

10

Entran HORACIO y MARCELO.

FRANCISCO Me parece escucharlos.

Alto: ¿quién anda ahí?

HORACIO Amigos del país.

MARCELO Vasallos del danés.

FRANCISCO Buenas noches tengáis.

MARCELO Que os vaya bien, nobles soldados.

¿Quién os ha relevado?

FRANCISCO Bernardo toma mi lugar.

Buenas noches tengáis.

Sale FRANCISCO.

MARCELO Hola, Bernardo.

BERNARDO Dime, ¿es ese Horacio?

HORACIO Lo que queda de él.

BERNARDO Sed bienvenido, Horacio; bienvenido, buen Marcelo.

MARCELO Dime, ¿apareció otra vez esta noche esa cosa?

BERNARDO No he visto nada.

20

MARCELO Según Horacio, es solo nuestra fantasía,

y no se deja ganar por la creencia
en cuanto a esa visión horrible
que hemos visto dos veces;
por eso le invité a venir con nosotros
a velar los minutos de esta noche,
para que, si otra vez la aparición viniera,
dé fe de nuestros ojos, y le hable.

HORACIO Bah, bah, no habrá de aparecer.

BERNARDO Siéntate un rato

y deja que asaltemos de nuevo tus oídos,
que tan fortificados se han mostrado
contra nuestro relato
de lo que ya dos noches hemos visto.

30

HORACIO Está bien, sentémonos

y oigamos a Bernardo hablar de eso.

BERNARDO Esta noche pasada,

cuando esa misma estrella al oeste del polo
había hecho su curso

para ir a iluminar esa parte del cielo
donde ahora está ardiendo,
Marcelo y yo, al dar la una...

MARCELO Silencio, cállate:

Entra el ESPECTRO.

mira por dónde viene una vez más.

BERNARDO En la misma figura del difunto rey.

MARCELO Tú eres letrado, háblale, Horacio.

40

BERNARDO ¿No se parece al rey? Fíjate, Horacio.

HORACIO Muchísimo: me pasma de temor y asombro.

BERNARDO Quiere que hablen con él.

MARCELO Háblale, Horacio.

HORACIO ¿Quién eres tú que usurpas las horas de la noche,

unido al bello y belicoso aspecto

con que la majestad del difunto danés

marchaba a veces? Te conmino

por los cielos a hablar.

MARCELO Está ofendido.

BERNARDO Míralo, se aparta.

HORACIO Espera, habla; habla: te conmino, habla.

Sale el ESPECTRO.

MARCELO Se ha ido, y ya no nos contestará.

50

BERNARDO ¿Qué pasa, Horacio? Estás temblando y pálido.

¿No es esa cosa algo más que ilusión?

¿Qué piensas de esto?

HORACIO Dios me valga, jamás podría yo creerlo

sin el aval sensible y verdadero

de estos mis propios ojos.

MARCELO ¿No se parece al rey?

HORACIO Igual que tú a ti mismo,

así era la coraza exacta que llevaba
cuando contra el noruego ambicioso luchó;
así fruncía el ceño aquella vez
que en una airada plática
hirió con su maciza hacha el hielo.
Es extraño.

60

MARCELO Así ya dos veces,
y justo en esta misma hora mortal,
con marcial andadura
ha pasado delante de nuestra vigilancia.

HORACIO Con qué idea particular quedarme, no lo sé,
mas cuanto alcanza mi opinión en general
es que esto augura a nuestro Estado
algún suceso extraño.

MARCELO Bueno, ahora sentémonos, y dígame el que sepa
por qué esta vela, igual e igual de atenta,
agobia cada noche
al súbdito de este país,
y por qué esa diaria fundición
de cañones de bronce,
y el mercado extranjero de pertrechos de guerra:
por qué ese apremio a los navieros
cuya amarga tarea
no distingue el domingo del día de semana.
¿Adónde va a parar esta afanosa prisa
que de la noche hace compañera del día?
¿Quién me puede informar?

70

HORACIO Yo puedo.
Al menos esto dicen los rumores:
nuestro último rey, cuya imagen acaba

80

de aparecérsenos hace un momento,
fue (como bien sabéis) por Fortinbrás, rey de Noruega
(empujado a tal cosa por una fatua envidia),
retado a combatir. Y al combatir,
nuestro valiente Hamlet (pues mucho estas regiones
del mundo conocido lo estimaban)
dio muerte al Fortinbrás:
el cual, por un contrato bajo sello,
ratificado por la ley y por la heráldica,
perdió (junto a la vida) todas aquellas tierras
de que era poseedor, a favor del triunfante:
contra lo cual un tanto equivalente
dio en prenda nuestro rey: el cual habría pasado

90

a ser la propiedad de Fortinbrás
de haber vencido él, como por el convenio
y a consecuencia del citado artículo,
el suyo pasó a Hamlet.
Pues ahora, señor, Fortinbrás hijo,
de inculto ardor repleto y encendido,
aquí y allá a lo largo de Noruega
ha logrado apañar una turba de gentes
desheredadas y atrevidas,
por la comida y algún sueldo, para una empresa
que exigía valor: y que no es otra
(como lo entiende claramente nuestro Estado)
que la de recobrar a costa nuestra,
con mano firme y términos conminatorios,
las mencionadas tierras que así perdió su padre:
y eso (diría yo) es la causa mayor
de los preparativos nuestros,

100

el origen de nuestra vigilancia
y el motivo central de esta gran prisa
y estos trastornos en las tierras.

BERNARDO Yo creo que no es otro sino ese;

y cuadra bien con ello que esta figura portentosa
venga armada a mitad de nuestra vela
tan igual que aquel rey
que fue y es el asunto de estas guerras.

110

HORACIO Es una mota que perturba

el ojo del espíritu:
en lo más alto y victorioso del estado de Roma,
poco antes de que cayera aquel tan poderoso Julio,
las tumbas se quedaron sin sus inquilinos,
mientras los muertos bajo sus mortajas
chillaban y balbuceaban por las calles romanas;
y estrellas con un rastro llameante
y rocíos de sangre, desastres en el Sol;
y la húmeda estrella
bajo cuya influencia caen los dominios de Neptuno
enfermó de un eclipse como el Día del Juicio.

120

Y un mismo anuncio de terríficos sucesos,
como de esos heraldos que a los hados preceden
y son el prólogo de la amenaza en ciernes,
demostraron unidos los cielos y la tierra
a estas regiones y a nuestros paisanos.

Entra de nuevo el ESPECTRO.

Pero basta, mirad: vedle por dónde viene nuevamente.

Le saldré al paso, aunque me infecte.

Alto, ilusión.

Si con algún sonido cuentas,

o con el uso de una voz cualquiera,
háblame.

130

Si alguna cosa puede hacerse
que a ti te alivie y que me plazca a mí,
háblame.

Si es que estás enterado de un sino de tu patria
que pueda por ventura
de antemano sabiéndose evitarse,
oh, habla.

O si has acumulado en vida
tesoros usurpados al vientre de la tierra
(por lo cual, dicen, los espíritus soléis
caminar en la muerte),

Canta el cuervo.

habla de ello. Detente y háblame.

140

Detenlo tú, Marcelo.

MARCELO ¿Le doy con mi alabarda?

HORACIO Sí, si no quiere detenerse.

BERNARDO Aquí está.

HORACIO Aquí está.

Sale el ESPECTRO.

MARCELO Se ha ido.

Hacemos mal, siendo tan majestuoso,
en oponerle muestras de violencia,
pues él es como el aire, invulnerable,
y nuestros vanos golpes una maldita burla.

BERNARDO Ya estaba por hablar cuando el gallo cantó.

HORACIO Y entonces escapó como el culpable
ante un terrible citatorio.

He escuchado decir que el gallo

150

es la trompeta de la luna.

Con su garganta estridente y altiva
despierta al dios del día, y que ante su advertencia,
ya en el mar o en el fuego, o ya en la tierra o aire,
el espíritu extraño y vagabundo huye
a su guarida; y de que eso es cierto
ese objeto presente nos da prueba.

MARCELO Con el canto del gallo se ha esfumado.

Dicen algunos que al venir la época
en la que el nacimiento del Salvador festejan,
el pájaro del alba canta toda la noche:
y entonces, según dicen,
ningún espíritu podría andar errante,
que las noches son sanas, ningún planeta hiere,
ningún hada seduce,
ninguna bruja tiene poder para encantar,
de tan santos que son
y tan llenos de gracia aquellos tiempos.

160

HORACIO Eso me han dicho, y yo lo creo en parte.

Pero mirad: el alba, en rojo manto ataviada,
marcha sobre el rocío de aquel cerro hacia el este;
rompamos nuestra guardia, y según mi opinión,
vayamos a impartir lo que esta noche vimos
al joven Hamlet. Porque, por mi fe,
el espectro que fue para nosotros mudo
a él sí le hablará.

170

¿Estáis de acuerdo en que se lo contemos,
tal como nos lo pide nuestro amor
y como casa con nuestro deber?

MARCELO Ruego que así lo hagamos, y yo sé esta mañana

dónde lo encontraremos fácilmente.

ESCENA II

Trompetas. Entran Claudio, REY de Dinamarca, Gertrudis, la REINA; el Consejo, que incluye a POLONIO y su hijo LAERTES, HAMLET y otros.

REY Aunque aún de la muerte

de Hamlet nuestro amado hermano

la memoria esté fresca,

y nos convenga pues tener el corazón en duelo,

y a nuestro reino todo

fruncir un único entrecejo dolorido,

con todo, ha combatido tanto

la discreción con la naturaleza,

que con más sabia pena pensaremos en él

sin dejar de acordarnos de nosotros.

Así pues, la que fue nuestra hermana, ahora nuestra reina,

imperial heredera de este marcial Estado,

hemos tomado (con vencido júbilo,

10

podríamos decir), con un ojo auspicioso

y el otro en lágrimas,

con gozo en las exequias y endechas en las bodas,

en fiel balanza sopesando el deleite y el luto,

por nuestra esposa; no excluyendo en esto

vuestro mejor consejo, que siguió libremente

los pasos de este asunto; por todo ello,

nuestro agradecimiento.

Y ahora debéis saber que el joven Fortinbrás,

no sabiendo apreciar nuestra valía,

o creyendo que a causa de la muerte

de nuestro amado hermano

nuestro Estado se encuentra desmembrado

20

y fuera de sus goznes,

casado con el sueño de conseguir ventaja,
nos viene atosigando sin descanso
con mensajes que piden la entrega de las tierras
que su padre, con todas las de la ley, perdió
y que ganara nuestro muy valiente hermano.
Pero basta ya de eso.

Entran VOLTEMAND y CORNELIO.

En cuanto a nos, y en cuanto a nuestro encuentro
para el que os hemos convocado,
se trata de esto: hemos escrito
al rey noruego, tío del joven Fortinbrás,
que, inválido y en cama, casi no está enterado
de los propósitos de su sobrino,
que detenga sus pasos. Pues las levadas
y enlistamientos y los suministros
se hacen todos a costa de sus súbditos;
y ahora os despachamos a uno y otro,
buen Cornelio y Voltemand,
para llevar este saludo al viejo rey noruego,
otorgándoos tan solo el poder personal
para tratar con él
que en detalle autorizan sus artículos.
Adiós, y que vuestra premura
dé fe de vuestro celo.

30

CORNELIO En eso, como en todo, se verá nuestro celo.

40

REY No nos cabe de ello duda alguna.

Adiós de corazón.

Salen VOLTEMAND y CORNELIO.

Y ahora pues, Laertes, ¿qué novedades tienes?
Nos hablaste de cierta petición,
¿cuál es, Laertes? No podrías tú

hablar de modo razonable al rey de Dinamarca
y en vano usar tu voz. ¿Qué pedirás, Laertes,
que no sea, más que tu petición, mi oferta?
No pertenece más naturalmente
nuestra cabeza a nuestro corazón,
no es la mano más útil a la boca
que este trono danés para tu padre.
¿Qué es lo que quieres conseguir, Laertes?

LAERTES Formidable señor, vuestro favor y venia
para volver a Francia.

50

De donde, aunque de buena gana vine,
mostrando mi deber, a presenciar
vuestra coronación,
tengo que confesar que ahora,
cumplido ese deber, mi pensamiento
y mis deseos vuelven a inclinarse hacia Francia,
y los someto a vuestra venia
y graciosa licencia.

REY ¿Tienes la venia de tu padre?

¿Qué nos dice Polonio?

POLONIO La tiene, mi señor,

que me arrancó mi renüente venia
con laboriosa petición, y al fin
puse a su voluntad el arduo sello
de mi consentimiento;
y en efecto suplico le deis licencia de partir.

60

REY Goza, Laertes, de tu hermosa hora,

y dispón de tu tiempo
y tus mejores prendas lo gasten a su gusto.
Y ahora, Hamlet, primo e hijo mío...

HAMLET Algo más que pariente, pero menos que deudo.

REY ¿... cómo es que estáis aún bajo esos nubarrones?

HAMLET Nada de eso, señor, estoy en pleno sol.

REINA Mi buen Hamlet, destierra esos tintes nocturnos,

y que tus ojos miren como amigo

al rey de Dinamarca.

No sigas para siempre, con apretados párpados,

por entre el polvo, buscando a tu noble padre.

Bien sabes que es la ley común

que todo lo que vive ha de morir,

ha de pasar de la naturaleza

hacia la eternidad.

HAMLET En efecto, señora, es lo común.

REINA Pues si es así, ¿por qué a tus ojos

parece tan inusual?

HAMLET ¿Que parece decís, señora?

No hay tal: es; yo no sé de pareceres,

no es tan solo mi capa color tinta,

mi buena madre, ni mi usual ropaje

solemnemente negro, ni el suspirar ruidoso

con forzado resuello.

No, ni el copioso río de los ojos,

ni el aspecto abatido de mi rostro,

junto a todas las formas

y talantes y muestras de dolor,

lo que puede de veras expresarme.

Todo eso en efecto es parecer,

pues son actos que un hombre muy bien puede fingir,

pero yo llevo dentro lo que va más allá

de cualquier apariencia;

lo otro son los arreos y galas de la pena.

REY Se muestra grata y muy recomendable

vuestra naturaleza, Hamlet,
rindiendo tal tributo de duelo a vuestro padre;

pero debéis saber

que vuestro padre perdió un padre,

y ese padre perdido perdió al suyo,

y que el sobreviviente está obligado,

por el deber filial, durante un tiempo,

a dar muestra obsequiosa de su pena.

Pero perseverar en obstinada condolencia

es un comportamiento de terquedad impía.

Es un dolor nada viril, que muestra

alguna voluntad descortés con los cielos,

un corazón sin fuerza, una mente impaciente,

un criterio bien simple y sin educación,

pues eso que sabemos que ha de ser,

y es tan común como la cosa

más familiar al buen sentido, ¿por qué tendríamos,

en nuestra oposición pueril, que tomárnosla a pecho?

¡Bah!, es faltarle al cielo, y a la naturaleza,

es un absurdo para la razón,

para quien es tema corriente la muerte de los padres,

y que ha gritado siempre, desde el primer cadáver

hasta el que ha muerto hoy mismo,

que esto ha de ser así.

Os rogamos echar por tierra este dolor indigno,

y que penséis en nos como en un padre;

pues tome nota el mundo

de que sois vos el más cercano a nuestro trono,

y de que con amor no menos noble
 que el que un padre amadísimo pueda dar a su hijo,
 os considero yo. En cuanto a vuestra idea
 de volver a la escuela en Wittenberg,
 nada podría chocar más contra nuestro deseo,
 y yo os suplico que os sirváis
 permanecer aquí bajo la dicha
 y la molicie de nuestra mirada,
 como el más importante de nuestros cortesanos
 y nuestro primo y nuestro hijo.

REINA No dejes que resulten vanas
 las preces de tu madre, Hamlet:
 te ruego que te quedes con nosotros,
 que no vayas a Wittenberg.

HAMLET Os obedeceré, señora, lo mejor que pueda.

REY Vaya, es una respuesta afectuosa y justa.
 Sed igual que nos mismo en Dinamarca.
 Venid, señora, este acuerdo cortés
 y espontáneo de Hamlet ante mi corazón
 se presenta sonriente; en gracia de lo cual,
 ningún brindis jocundo
 que el rey de Dinamarca haga hoy
 dejará de anunciarlo hasta las nubes
 el gran cañón, y cada trago regio
 habrán de proclamarlo nuevamente los cielos
 haciendo eco al atronar terrestre.
 Venid conmigo.

Trompetas.

Salen todos menos HAMLET.

HAMLET Ah, que esta carne demasiado,
 demasiado compacta se fundiese,

se derritiese y resolviese en un rocío,
 o que el Eterno no hubiera fijado
 su canon contra aquel que a sí se da la muerte.
 ¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué fatigosos, rancios,
 vanos y sin provecho
 me parecen los usos de este mundo!

¡Qué asco da! ¡Oh, asco, asco!

Es un jardín sin desbrozar
 que crece hasta dar grano.

Solo cosas vulgares
 y de índole grosera lo poseen.

Haber tenido que llegar a esto:

dos meses muerto apenas; no, ni siquiera dos;

un rey tan excelente, que al lado de este otro

era Hiperión junto a algún sátiro;

tan amoroso con mi madre,

que no permitiría que los vientos del cielo

visitaran su rostro con rudeza.

Cielo y tierra, ¿tendré que recordarlo?

Ah, sí, se colgaba de él

cual si hubiera crecido su apetito

con eso mismo que lo alimentaba.

¡Y sin embargo, en solo un mes...!

No quiero ni pensarlo:

fragilidad, mujer te llamas.

Un breve mes. O antes de haber gastado

esos mismos zapatos con los cuales siguió

el cuerpo de ese pobre padre mío

como Níobe, hecha un mar de lágrimas.

¡Ay, Dios!, y ella, ella misma (¡oh, cielos!, una bestia

privada de la luz de la razón
habría prolongado más su luto),
casada con mi tío, hermano de mi padre,
pero tan poco parecido a él
como yo mismo a Hércules. ¡Solo al cabo de un mes!
Antes aún de que la sal
de las más indebidas lágrimas
hubiera abandonado el flujo
de sus enrojecidos ojos,
se casó. Ah, pervertida prisa,
correr tan diestramente al lecho incestuoso:
ni esto es bueno, ni puede acabar bien.
Pero que se me rompa el corazón,
pues debo retener mi lengua.

Entran HORACIO, BERNARDO y MARCELO.

HORACIO Saludo a vuestra alteza.

HAMLET Me alegro de encontrarte bien.

160

¿Horacio? ¿O ya no sé lo que me digo?

HORACIO El mismo, señor mío,

y siempre vuestro humilde servidor.

HAMLET Señor amigo mío: es el nombre que os daré a cambio.

¿Y qué os trae desde Wittenberg, Horacio?

Marcelo...

MARCELO Mi Señor...

HAMLET Me alegra veros, buenas noches, señor mío.

Pero en efecto, ¿qué os trae desde Wittenberg?

HORACIO Una tendencia a la vagancia, buen señor.

HAMLET No quisiera escuchar tal cosa

ni aun en los labios de vuestro enemigo,

y no hagáis a mi oído la violencia

170

de hacerle atestiguar ese dictamen vuestro.

Sé que no sois un vago.

Mas, ¿qué tenéis que hacer en Elsinor?

Os hemos de enseñar a beber de verdad
antes de que os vayáis.

HORACIO Señor, vine a asistir al funeral de vuestro padre.

HAMLET Por favor, no te burles de mí, compañero.

Creo que fue a la boda de mi madre.

HORACIO Ciertamente, señor, sucedió de inmediato.

HAMLET Ahorro, ahorro, Horacio:

la carne asada de los funerales
fue el fiambre en las mesas de la boda;
más me valiera haber topado
a mi más entrañable enemigo en los cielos
antes que presenciar tal día, Horacio.

180

Mi padre, me parece que veo a mi padre.

HORACIO Ah, ¿dónde, señor?

HAMLET En la mirada de mi espíritu,

mi buen Horacio.

HORACIO Yo lo vi alguna vez; era un rey excelente.

HAMLET Era un hombre, de todo a todo:

nunca volveré a ver quien se le iguale.

HORACIO Señor, creo que lo vi anoche.

HAMLET ¿Lo viste? ¿A quién?

HORACIO Señor, a vuestro padre el rey.

190

HAMLET ¿El rey mi padre?

HORACIO Retened un momento vuestro asombro

con un oído atento, mientras os relato,
con estos caballeros por testigos,
ese portentoso.

HAMLET Por amor de Dios,

déjame oírlo.

HORACIO Dos noches seguidas

estos dos caballeros (Marcelo y Bernardo)
tuvieron en su guardia, en el mortal vacío
y en medio de la noche, el encuentro siguiente:

una figura parecida a vuestro padre,
armada en todo punto exactamente,
de punta en blanco, aparece ante ellos,
y con marcha solemne,
avanza lento y majestuoso;

por tres veces marchó cerca de ellos,
cerca de sus ansiosos ojos
aterradoramente sorprendidos,
a la distancia del bastón de mando
que llevaba, mientras que ellos,
reblandecidos casi como gelatina
por efecto del miedo, permanecían mudos
y sin decirle nada. Y esto a mí,
en terrible secreto, me contaron,
y yo con ellos la tercera noche
hice la guardia, durante la cual,
como me habían dicho ambos,
en esa forma misma, haciendo verdadera
con toda exactitud cada palabra,
llega la aparición.

Yo había conocido a vuestro padre:
no son más parecidas entre sí estas manos.

HAMLET Pero esto, ¿dónde fue?

HORACIO Señor, en la explanada donde hacíamos guardia.

HAMLET ¿No le hablasteis?

MARCELO Señor, le hablé;

pero no dio respuesta alguna.

Me parece no obstante que una vez
levantó la cabeza, e hizo un ademán
como si fuera a hablar,

pero en ese momento el gallo mañanero
cantó con fuerza, y ante aquel sonido
se dio a la retirada apresuradamente
y se esfumó de nuestra vista.

HAMLET Es muy extraño.

220

HORACIO Tan verdad,

mi honorable señor, como que estoy vivo.
Nos pareció que era nuestro deber,
como está escrito, hacéroslo saber.

HAMLET Ciertamente, señores, ciertamente;

pero esto me ha turbado. ¿Hacéis guardia esta noche?

AMBOS Así es, señor mío.

HAMLET ¿Habéis dicho que armado?

AMBOS Armado, sí, señor.

HAMLET ¿De punta en blanco?

AMBOS Sí, señor, de los pies a la cabeza.

HAMLET ¿Entonces no le habéis visto la cara?

HORACIO Oh, sí, señor, llevaba la visera alzada.

HAMLET ¿Y qué? ¿Fruncía el ceño?

HORACIO Una expresión más dolorida que colérica.

HAMLET ¿Pálido, o encendido?

230

HORACIO No, muy pálido.

HAMLET ¿Y fijaba los ojos en vosotros?

HORACIO Constantemente.

HAMLET Ojalá hubiera estado allí.

HORACIO Mucho os hubiera sorprendido.

HAMLET Es muy probable, es muy probable.

¿Se quedó mucho tiempo?

HORACIO Lo que uno tardaría, sin demasiada prisa,
en contar hasta ciento.

AMBOS No, más tiempo, más tiempo.

HORACIO No cuando yo lo vi.

HAMLET Su barba era entrecana, ¿no?

HORACIO En efecto, tal cual
la había visto en vida suya yo.
Negro y plata.

HAMLET Yo haré guardia esta noche.

Tal vez salga de nuevo.

HORACIO Os garantizo que saldrá.

HAMLET Si asume la persona de mi noble padre,
le hablaré, aunque el infierno mismo
abra las fauces para mandarme callar.
Os suplico a los tres, si hasta el momento
habéis tenido oculta esta visión,
siga guardada aún bajo vuestro silencio;
y cualquier cosa que esta noche ocurra,
halle lugar en vuestro entendimiento,
pero no en vuestra lengua;
sabré corresponder a vuestro amor.

Y dicho esto, adiós; en la explanada,
entre once y doce, os haré una visita.

TODOS Nuestra obediencia, señoría.

Salen.

HAMLET Vuestro amor, como el mío

para todos vosotros. Id con Dios.

¿La sombra de mi padre armada?

Algo anda mal. Sospecho alguna sucia treta;

ojalá fuera ya de noche;

hasta entonces, serénate, alma mía;

las perfidias saldrán a plena luz

aunque la tierra entera las sepulte

a la mirada humana.

ESCENA III

Entran LAERTES y OFELIA.

LAERTES Mi equipaje está ya embarcado; adiós;

y hermana: cuando sean favorables los vientos

y el transporte se preste, no te duermas,

dame noticias tuyas.

OFELIA ¿Es que acaso lo dudas?

LAERTES En cuanto a Hamlet, y a ese devaneo

de sus favores, considéralo una moda,

solo un capricho de su lozanía,

una violeta que en su juventud

da la naturaleza primeriza;

precoz, no permanente; dulce, no duradera,

el perfume y deleite de un minuto,

no más.

OFELIA ¿Eso y no más?

LAERTES No pienses que es más que eso.

Pues la naturaleza en crecimiento

no crece solo en músculos y en bulto,

sino a medida que ese templo medra,

el servicio interior de la mente y el alma

se dilata también. Tal vez te ama ahora,

y ahora ni una mancha ni un engaño
empañan la virtud de su intención;
pero debes temer, si piensas en el peso
de su grandeza, que su voluntad
no esté en su mano: pues él mismo
está sujeto a su linaje: no le es dado,
como a personas sin valor, darse gusto a sí mismo,
pues de aquello que escoja él depende
la santidad y la salud de nuestro Estado entero,
y por lo tanto su elección tiene que estar
circunscrita a la voz y asentimiento
de ese cuerpo del que él es la cabeza.

20

De modo que si dice que te ama,
a tu prudencia corresponde
creerle en la medida en que él pudiera,
desde su sitio y en su acción precisa,
poner en hechos sus palabras:
o sea, solo en la medida en que coincida
con la voz general de Dinamarca.
Sopesa pues la pérdida que tu honor sufriría
si con oídos demasiado crédulos
llegaras a escuchar sus cantos,
o a entregarle tu corazón,
o si abres el tesoro de tu castidad
a su importunidad desenfrenada.
Témelo, Ofelia, témelo, querida hermana,
y quédate tras el baluarte de tu afecto,
lejos del dardo y el peligro del deseo.
La más escrupulosa de las vírgenes
es demasiado pródiga

30

si destapa a la luna su belleza:
la virtud misma no se libra
del látigo de la calumnia,
el gusano corroe muchas veces
los vástagos primaverales
antes que abran sus brotes, y en el alba
y el líquido rocío de la juventud
los contagiosos soplos son inminentes siempre.
Sé pues desconfiada;
la mejor salvaguarda es el temor;
la juventud ante sí misma se subleva
aunque no tenga a nadie enfrente.

40

OFELIA Guardaré la sustancia de esta buena lección
como vigía de mi corazón.
Pero, mi buen hermano, no hagas tú
lo que ciertos pastores desafortunados:
mostrarme el escarpado y espinoso camino
que lleva al cielo, mientras él,
como un desenfrenado y fatuo libertino,
pisa la senda florecida
de los deleites, y no acata sus preceptos.

50

LAERTES Oh, no temas por mí.

Entra POLONIO.

Se me está haciendo tarde;
pero mi padre viene.
La doble bendición es una gracia doble;
la ocasión me sonrío con un segundo adiós.

POLONIO ¿Aún aquí, Laertes?

A bordo, a bordo, ¿no te da vergüenza?
El viento da en la espalda de tu vela,

y te están esperando; vamos, toma mi bendición;
y estos pocos preceptos cuida que en tu memoria
queden grabados. No te muestres lenguaraz
para tus pensamientos, ni pongas en acto
un pensamiento desproporcionado.

60

Sé natural; pero vulgar, de ningún modo.

Los amigos que tengas,

y puesta a prueba su adopción,

aférralos a tu alma con anillas de acero;

pero no hagas callosa la palma de tu mano

agasajando a cada camarada imberbe

y no salido aún del cascarón;

cuídate de meterte en una riña,

pero una vez metido, llévala de tal modo

que sea tu oponente quien se cuide de ti.

Presta a todos tu oído, pero a pocos tu voz;

recibe las censuras de cualquiera,

pero resérvate tu juicio;

tu ropa tan costosa como alcance tu bolsa,

70

mas no manifestada estrafalariamente:

rica sí, no ostentosa,

pues muchas veces por el atavío

se ve lo que es un hombre,

y en Francia los de más alcurnia y rango

del modo más selecto y generoso

sobresalen en esto. Nunca pidas prestado

ni prestes tú, que un préstamo casi siempre te lleva

a perder el dinero y el amigo.

Y el pedir mella el filo de tu buen gobierno.

Y sobre todo esto: sé sincero

contigo mismo, y de ello ha de seguirse,
como la noche sigue al día, que no podrás entonces
ser falso con ninguno. Adiós. Mi bendición
haga que arraigue todo eso en ti.

80

LAERTES Con entera humildad me despido, señor.

POLONIO Te invita el tiempo, ve, tus criados te esperan.

LAERTES Adiós, Ofelia, y que recuerdes bien
lo que te acabo de decir.

OFELIA Guardado queda
en mi memoria bajo un buen cerrojo
del que tú mismo guardarás la llave.

LAERTES Adiós.

Sale LAERTES.

POLONIO ¿Qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA Con vuestra venia, algo que se refiere
al señor Hamlet.

POLONIO Vaya, bien pensado.

90

Me han dicho que a menudo últimamente
te ha dedicado mucho tiempo,
y que tú misma has sido muy liberal y pródiga
con tus audiencias. Si es así,
y así me lo han contado,
a manera de aviso, te tengo que decir
que no entiendes para ti misma
con suficiente claridad lo que conviene
a una hija mía, y a tu honor.
¿Qué hay entre él y tú? Y dime la verdad.

OFELIA Recientemente, mi señor,
me ha hecho muchas proposiciones
de su afecto hacia mí.

100

POLONIO Afecto, puah. Hablas igual que una mocosa

nada afinada para circunstancias
de un peligro tan grande.

¿Crees en sus proposiciones,
como las llamas tú?

OFELIA No sé, señor, lo que debo pensar.

POLONIO Yo por ventura te lo enseñaré.

Comprende que has sido una niña
para haber recibido sus proposiciones
como oro de ley, siendo falsa moneda.

Proponte tú a más alto precio;
o para que la pobre frasecita
no reviente de tanto ir y venir,
a mí me propondrás de estúpido.

OFELIA Señor, me ha requebrado de manera honesta.

110

POLONIO Sí, sí, puedes llamarlo moda, anda, anda.

OFELIA Y ha dado autoridad a su discurso

con casi todos los sagrados juramentos del cielo.

POLONIO Sí, trampas para bobos. Bien sé yo

cuando abrasa la sangre, con qué soltura el alma
presta promesas a la lengua;
estas pavesas, hija, con más luz que calor,
que una y otra se extinguen en su promesa misma
mientras aún está haciéndose,
no debes confundirlas con el fuego.

120

De ahora en adelante escatima algo más
tu virginal presencia;
pon mayor precio a tus invitaciones
que el de una orden de parlamentar.
En cuanto al señor Hamlet,

lo que debes creer es que es bien joven,
y que puede moverse
con una rienda mucho más abierta
que la que se te puede dar a ti.
En resumen, Ofelia, no creas sus promesas,
pues son agentes, no del tinte
que muestra su atavío,
sino solicitantes de impías peticiones
que hablan como si fueran
procuradores santos y piadosos
para engañar mejor. Y para terminar,
no voy a permitir, lo digo claramente,
de ahora en adelante,
que despilfarres tanto cada rato de ocio
como para enviar recados
o para estar hablando con el príncipe Hamlet:
fíjate en eso, te lo encargo. Y vete ya.

130

OFELIA Seré obediente a mi señor.

Salen.

ESCENA IV

Entran HAMLET, HORACIO y MARCELO.

HAMLET El aire corta como una navaja:

hace un gran frío.

HORACIO Es un aire que pincha.

Que muerde.

HAMLET ¿Qué hora es ya?

HORACIO Creo que cerca de las doce.

MARCELO No, dieron ya.

HORACIO Pues yo no las oí.

Entonces ya es casi la hora
en que el espectro ha demostrado

que acostumbra salir.

*Un sonar de trompetas
y dos cañones disparan.*

¿Qué significa eso, mi señor?

HAMLET El rey trasnocha hoy, y vacía sus copas,
el rey está de juerga,
y los escandalosos arribistas
andan haciendo eses; y cada vez que él
se echa al goleto un trago de su vino del Rin,
cornetas y timbales rebuznan de este modo
el triunfo de su brindis.

10

HORACIO ¿Es eso una costumbre?

HAMLET Y vaya si lo es.

Pero a mi juicio, aunque yo sea
natural de estas tierras, y nacido
en medio de estos hábitos,
es costumbre que se honra más
rompiéndola que respetándola.
Este obtuso festejo a oriente y a poniente
nos hace ser juzgados
y censurados por otras naciones:
nos tildan de borrachos, y con grosera frase
manchan nuestro buen nombre; y en verdad esto quita
a nuestros méritos, por muy altos que sean,
la médula y la miga de nuestra nombradía.
Así sucede muchas veces
con ciertos individuos, que por algún lunar
de su naturaleza, como de nacimiento,
del cual no son culpables (pues la naturaleza
no podría escoger su origen),
por el exceso de un temperamento

20

que suele derribarle a la razón
sus fuertes y baluartes, o bien por algún hábito
que es como demasiada levadura
para la forma de la buena educación;
que esos hombres, marcados, como digo,
con un solo defecto, que es librea
de la naturaleza, o astro de la fortuna,
aun siendo sus virtudes de otra parte
más puras que la gracia,
tan infinitas como le es posible a un hombre,
en la censura general quedarán corrompidos
por esa falta única: el adarme de mal
hace dudar de toda la sustancia noble
para su propio escándalo.

30

Entra el ESPECTRO.

HORACIO Mirad, señor, ahí viene.

HAMLET Que los ángeles

y los ministros de la gracia nos defiendan.
Ya seas un espíritu benéfico,
o un trasgo maldecido,
ya nos traigas los aires celestiales
o bien los miasmas del infierno,
ya sea tu intención malvada o bondadosa,
vienes de modo tan afable
que te hablaré. He de llamarte Hamlet,
rey mío, padre mío, soberano de Dinamarca.
Ah, contesta, no dejes que me abraza la duda,
sino dime por qué tus huesos sacrosantos,
sepultos en la muerte, han rasgado el sudario,
y el sepulcro, en el cual te vimos

40

tan tranquilo en tu urna,
ha abierto sus pesadas mandíbulas de mármol
para arrojarte aquí arriba de nuevo.

50

¿Qué significa esto?
¿Que tú, cadáver muerto, recubierto otra vez
de acero todo tú, vuelvas a visitar
de este modo el reflejo de la luna,
haciendo así a la noche repulsiva?
Y a nosotros, bufones de la naturaleza,
sacudir tan horrendamente nuestro ser
con pensamientos fuera del alcance
de nuestras almas. Di, ¿por qué tal cosa?
¿A qué obedece? ¿Qué tenemos que hacer?

*El ESPECTRO hace una seña
a HAMLET.*

HORACIO Os hace seña de partir con él.

Como si deseara tener un conciliábulo
con vos a solas.

60

MARCELO Ved con qué fineza

os conduce a un lugar más apartado.

Mas no vayáis con él.

HORACIO De ninguna manera.

HAMLET No quiere hablar. He de seguirle pues.

HORACIO No le sigáis, señor.

HAMLET ¿Y por qué no? ¿Qué tengo que temer?

Yo no doy una higa por mi vida;
en cuanto al alma, ¿qué podría hacerle a ella,
que es una cosa de por sí inmortal?
Otra vez me hace seña de que avance;
voy a seguirle.

HORACIO ¿Y si os atrae, señor,

hacia las ondas? ¿O a la cima horrible
de los acantilados que se ciernen
encima de su base sobre el mar,
y asume allí una forma horrible,
diferente, y que os prive
de la soberanía de la razón
y que os arroje en la locura?
Pensad en ello: el solo sitio
sugiere fantasías de desesperación
sin más motivo, ante cualquier cerebro
que mire tantas brazas hasta el mar
y lo escuche rugir abajo.

70

HAMLET Sigue llamándome. Adelante,
te seguiré.

MARCELO No debéis ir, señor.

80

HAMLET Quita tus manos.

HORACIO Haced caso, no debéis ir.

HAMLET Mi destino me llama

y hace a cada pequeña arteria de este cuerpo
más audaz que los nervios del león de Nemea.
¿Todavía me llama? Soltadme ya, señores,
por Dios santo, he de hacer un fantasma
de quien me estorbe.
Digo, adelante, vamos,
he de seguirte.

Salen el ESPECTRO y HAMLET.

HORACIO Se pone desesperado
con la imaginación.

MARCELO Sigámosle.

No es adecuado obedecerle ahora.

HORACIO Vamos tras él. ¿En qué acabará esto?

MARCELO Algo podrido hay en el reino de Dinamarca.

90

HORACIO Los cielos lo guiarán.

MARCELO No, no, sigámosle.

Salen.

ESCENA V

Entran el ESPECTRO y HAMLET detrás.

HAMLET ¿Adónde quieres conducirme? Habla.

No iré más adelante.

ESPECTRO Escúchame.

HAMLET Te escucho.

ESPECTRO Casi es ya la hora

en que a las sulfurosas llamas de mi tormento

me debo someter.

HAMLET Ay dolor, pobre espectro.

ESPECTRO No te apiades de mí, sino más bien

presta un oído atento a lo que voy a revelarte.

HAMLET Habla. Yo estoy dispuesto a oír.

ESPECTRO También tendrás que estarlo a la venganza,

cuando me hayas oído.

HAMLET ¿Qué?

ESPECTRO Yo soy el espectro de tu padre.

Condenado durante cierto tiempo

a vagar en la noche, y en el día

confinado a ayunar entre las llamas

mientras son consumidos y purgados

los crímenes soeces

que llenaron mis días naturales.

Si no estuviera para mí vedado

10

revelar los secretos de mi cárcel,
podría hacerte tal relato
que la menor de sus palabras
llenaría de horror tu alma,
helaría tu sangre juvenil,
te pondría los ojos como estrellas
saltando de sus órbitas,
desharía tus rizos enredados
y pondría de punta cada pelo
como las púas del airado puercoespín.
Mas no debe decirse ese pregón eterno
a un oído carnal. Escucha, Hamlet,
oh escucha: si una vez
amaste a tu querido padre...

20

HAMLET ¡Oh, Dios!

ESPECTRO ...venga su repugnante asesinato,
más antinatural que ningún otro.

HAMLET ¿Asesinato?

ESPECTRO Asesinato infame,
como lo es el mejor de ellos,
pero este el más infame, el más extraño
y menos natural.

HAMLET Pronto, dímelo pronto, para que con alas
tan raudas como la cavilación
o el pensamiento del amor,
me precipite hacia mi venganza.

30

ESPECTRO Te veo preparado,
y más lerdo tendrías que haber sido
que la pesada hierba
que echa raíz a gusto a orillas del Leteo,

para que no te hubiera estremecido esto.
Ahora escucha, Hamlet: se ha corrido la voz
de que durmiendo yo en mi huerto,
me picó una serpiente; todo oído danés
está engañado burdamente así
con una historia falsa de mi muerte.
Pero tú, noble joven,
has de saber que la serpiente
que en efecto mordió la vida de tu padre
hoy lleva su corona.

40

HAMLET Oh, alma mía profética, ¿mi tío?

ESPECTRO Sí; esa bestia incestuosa, adúltera,
con malas artes de su ingenio,
con regalos traidores (¡oh, malhadado ingenio
y malvados regalos, que tienen el poder
de seducir así!),
para su vergonzosa lascivia conquistó
el albedrío de mi reina
que tan virtuosa parecía.
Oh, Hamlet, qué caída hubo con eso,
desde mí, cuyo amor fue de tal dignidad,
que iba a la par de aquellos votos
que le hice en su boda; y para declinar
hacia un malvado cuyas dotes naturales
eran bien pobres comparadas con las mías.
Pero así como la virtud
no se dejará nunca conmover
por más que la lujuria la corteje
bajo una forma celestial,
del mismo modo el apetito, incluso unido

50

a algún ángel radiante,
se hastiará en una cama celestial
y se abalanzará sobre las inmundicias.

Pero basta, que pienso que olfateo ya el aire
de la mañana; seré breve.

Durmiendo yo en mi huerto,
como fue siempre mi costumbre por las tardes,

60

en mi momento de abandono
se deslizó tu tío, con un jugo
de maldito beleño en un frasquete
y en los portales de mi oído echó
la leprífica pócima, cuyos efectos
tan enemigos son de la sangre del hombre,

que rápidos como el azogue corren
a través de las puertas y avenidas
naturales del cuerpo, y con brusco vigor
ponen espesa y cuajan,

como unas gotas agrias en la leche,
la sangre leve y sana; eso hizo a la mía

70

y una súbita costra endureció,
al modo de la lepra,
con una vil y repugnante cáscara
todo mi suave cuerpo.

Así quedé, mientras dormía,
por obra de un hermano,
de vida, de corona y de reina privado;
segado en plena flor de mis pecados,
impreparado, sin extremaunción, sin viático,
sin haber hecho cuentas, sino enviado a darlas
con mis imperfecciones

pesando todas sobre mi cabeza;

ay, horrible, ay, horrible; más que horrible.

80

Si tienes algo dentro, no lo admitas;

no permitas que el tálamo real de Dinamarca

sirva de lecho a la lujuria y al incesto maldito.

Mas como quiera que te aboques a esta acción,

no ensucies tu conciencia,

ni dejes que tu alma trame nada

contra tu madre; déjasela al cielo,

y a esas espinas que se alojan en su pecho:

que la pinchen y arañen. Ve con Dios cuanto antes;

la luciérnaga muestra que el alba ya se acerca,

ya empieza a hacerse pálido su fuego inefectivo.

90

Adiós, Hamlet, adiós; acuérdate de mí.

Sale.

HAMLET ¡Ah, huestes celestiales todas!

¡Ah, Tierra! ¿Y qué otra cosa?

¿Y tendré que añadir además el infierno?

Oh, enemigo. Oh, aguanta, corazón;

y vosotros, mis nervios, no envejecáis de pronto,

sostenedme en pie firme. ¿Que me acuerde de ti?

sí, pobre espectro, mientras tenga asiento

en este mundo desquiciado la memoria.

¿Que me acuerde de ti? Ah, sí, de las tablillas

de mi memoria he de borrar

todo recuerdo frívolo y trivial,

todas las máximas que traen los libros,

100

todas las formas que grabó el pasado,

que allí la juventud y observación copiaron,

y solo tu mandato ha de vivir

en el libro y volumen de mis sesos,

sin mezcla de materias más vulgares,
sí, sí, en nombre de los cielos.
¡Oh, mujer más que perniciosa!
¡Oh, villano, villano,
sonriente villano condenado!
Ah, mi libreta, mi libreta,
es conveniente que lo anote:
que puede sonreírse y sonreírse
y ser un hombre vil. Por lo menos me consta
que tal cosa es posible en Dinamarca.
Así que en esas andas, tío.
Ahora mi consigna. Que sea: adiós, adiós,
acuérdate de mí. Lo he jurado.

110

MARCELO Y HORACIO (*Dentro.*)

Señor, señor.

Entran HORACIO y MARCELO.

MARCELO Señor Hamlet.

HORACIO El cielo le ampare.

HAMLET Así sea.

HORACIO Ohé, ahé, ahé, señor.

HAMLET Ohé, ahé, ahé, chiquillo; ven, pajarito, ven.

MARCELO ¿Cómo va eso, noble señor?

120

HORACIO ¿Qué noticias hay?

HAMLET ¡Oh, estupendas!

HORACIO Mi buen señor, decídnoslas.

HAMLET No, las revelaréis.

HORACIO Yo no, señor, por los cielos.

MARCELO Ni yo, señor mío.

HAMLET Pues, ¿qué os parece entonces?

¿Lo pensaría alguna vez la mente humana?

Pero ¿sabréis guardar este secreto?

AMBOS Sí, por los cielos, señor mío.

HAMLET Nunca ha habido un villano que viva en Dinamarca
que no sea un bribón de siete suelas.

HORACIO No hace falta, señor, que salga de la tumba
ningún espíritu para deciros eso.

HAMLET Pues sí, tienes razón; y así, 130
sin otra circunstancia, me parece
que nos conviene ahora estrecharnos las manos
y separarnos; id vosotros
donde vuestro negocio y deseo os indiquen,
puesto que todo hombre
tiene negocios y deseos,
tal como son las cosas. En cuanto a mí, fijaos,
iré a rezar.

HORACIO Eso no son más que palabras
absurdas y liosas, mi señor.

HAMLET Lamento que os ofendan, de todo corazón;
a fe mía, de todo corazón.

HORACIO No hay ofensa, señor.

HAMLET Por san Patricio, sí; pero la hay, Horacio, 140
y muy grande además,
en lo que se refiere a esta visión:
es un espectro honesto, permitid que os lo diga.
en cuanto a vuestro anhelo
de saber lo que hay entre nosotros,
tendréis que dominarlo lo mejor que podáis.
Y ahora, amigos míos, puesto que sois amigos,
y hombres leídos, y soldados,
hacedme un pequeñísimo favor.

HORACIO ¿Qué es, señor? Lo haremos.

HAMLET Nunca dejéis saber lo que esta noche visteis.

AMBOS Señor, así lo haremos.

HAMLET No así, sino jurándolo.

HORACIO Por mi fe, señor mío,
yo no hablaré.

MARCELO Ni yo, señor,
yo también por mi fe.

HAMLET Sobre mi espada.

MARCELO Señor, ya hemos jurado.

HAMLET Insisto, por mi espada, insisto.

150

El ESPECTRO grita bajo el escenario.

ESPECTRO Jurad.

HAMLET Ah, ah, muchacho, ¿tú lo dices?

¿Estás ahí, buen camarada?

Vamos, habéis oído a ese chico en el sótano,
consentid en jurar.

HORACIO Proponed vos, señor, el juramento.

HAMLET No hablar nunca de esto que habéis visto.

Juradlo por mi espada.

ESPECTRO Jurad.

HAMLET ¿*Hic et ubique*? Entonces,
cambiamos nuestras posiciones.

Venid aquí, señores,
y posad vuestras manos en mi espada.

160

No hablar nunca de esto que habéis visto.

Juradlo por mi espada.

ESPECTRO Jurad.

HAMLET Bien dicho, viejo topo,

¿puedes cavar la tierra tan aprisa?

Notable zapador. Una vez más,
cambiamos de lugar, amigos.

HORACIO Oh, día y noche;

pero qué prodigiosamente extraño es esto.

HAMLET Y por lo tanto acógelo como a un extraño.

Más cosas hay en el cielo y la tierra,

Horacio, que las que se sueñan en tu filosofía.

Pero venid aquí como antes: nunca,

así os ampare la misericordia,

170

por muy raro o extraño que pueda yo portarme

(pues acaso más tarde me parezca adecuado

tomar una actitud extravagante),

que viéndome en momentos tales, nunca,

cruzando así los brazos,

o así, moviendo la cabeza,

o pronunciando una frase dudosa,

tal como «Bueno, ya sabemos...»;

o «Bien podríamos si es que quisiéramos...»;

o «Si nos diera por hablar...»;

o «Nunca habrá de faltar quién, y si fuera posible...»;

u otras ambigüedades tales

para dar a entender que algo sabéis de mí,

180

nunca lo haréis;

así la gracia y la misericordia

en el rigor más fuerte os salven:

jurad.

ESPECTRO Jurad.

HAMLET Descansa ya, descansa,

espíritu turbado. Pues bien, señores míos,

con todo amor me encomiendo a vosotros,

y lo que un hombre tan humilde como es Hamlet
pueda lograr para expresar su amor
y su amistad hacia vosotros,
no ha de faltar la buena voluntad.

Entremos juntos, y tened el dedo
sobre los labios, os lo ruego.

El tiempo está fuera de quicio.

Oh, amarga maldición, que naciera yo un día
para poner en orden su estropicio.

Pero no, marchémonos juntos.

Salen.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran POLONIO y REINALDO.

POLONIO Le das este dinero y estas notas, Reinaldo.

REINALDO Así lo haré, señor.

POLONIO Sería de una gran prudencia,

mi buen Reinaldo, que antes de que le visites
indagases un poco cómo está comportándose.

REINALDO Señor, tal era mi intención.

POLONIO Qué bueno, muy bien dicho; de veras, muy bien dicho.

Escucha, amigo mío, indágame primero
qué daneses se encuentran en París,
y cómo, y cuáles son, y con qué medios cuentan,
y dónde viven, y en qué compañía;
y averiguando gracias a estos circunloquios
y preguntas sesgadas
si es que conocen a mi hijo,
llegarás más allá de lo que llegarías
con tus preguntas más precisas.

Haz como si le hubieras conocido de lejos,
algo así como «Conocí a su padre
y a sus amigos, y a él en parte».

¿Te estás fijando bien, Reinaldo?

REINALDO Sí, mi señor, muy bien.

POLONIO «Y en parte a él», y puedes añadir: «No mucho,

pero si es ese en el que estoy pensando,
está bien loco; dado a esto y a lo otro».

Y entonces le atribuyes los infundios que quieras.

20

Pero oye: ninguno tan horrible
que pueda deshonrarlo. Toma nota de eso.

Pero sí, amigo mío, esas locuras,
caprichos y deslices

que solemos juzgar los compañeros
inseparables de la juventud
y de la libertad.

REINALDO ¿Como jugar, señor?

POLONIO Sí; o beber,

o batirse, decir malas palabras,
pelear, ir detrás de mujeres perdidas.

A eso puedes llegar.

REINALDO Pero, señor, eso lo deshonraría.

POLONIO A fe que no; tú puedes suavizarlo

mientras le haces los cargos.

No debes atribuirle ningún otro escándalo,

30

que caiga a veces en la incontinencia;
no es esa mi intención. Pero revela sus defectos

tan agradablemente que parezcan

simples lunares de la libertad,

la llamarada y los arranques

de un espíritu ardiente, y la selvatiquez

de una sangre indomada

que se abalanza sobre cualquier cosa.

REINALDO Pero, mi buen señor...

POLONIO ¿Por qué hacer eso?

REINALDO Sí, señor mío, me gustaría saberlo.

POLONIO Muy bien, amigo, este es mi blanco,

y en mi opinión es una astucia lícita:

al echarle a mi hijo encima

40

esos leves defectos, como si fuera algo

que se ha manchado un poco en el proceso,

fíjate en esto: tu interlocutor,

ese al que quieres sondear,

si alguna vez ha visto en los mentados crímenes

al joven cuyas culpas enumeras,

ten por seguro que estará de acuerdo

de esta manera: «señor mío», o algo así...

o «amigo mío», o «caballero...»,

según sea la frase que convenga a la gracia

del hombre y del país.

REINALDO Está muy bien, señor.

POLONIO Y después, «Señor, hace esto, hace...», ¿qué iba yo a decir?

Por Cristo que iba yo a decir algo; ¿en qué me quedé?

50

REINALDO En «de acuerdo de esta manera»;

en «amigo mío, o algo así, o caballero...».

POLONIO En «de acuerdo de esta manera»;

en «sí qué bien...». Está de acuerdo

contigo de este modo: «Conozco al caballero,

lo he visto ayer, o el otro día;

o en tal momento; o en una ocasión

con fulano de tal; y como vos decís,

se jugaba, podía sorprendérsele allí

en plena francachela, o allá jugando al tenis»;

o a lo mejor: «Yo lo vi entrando

60

en una casa del pecado,

videlicet, en un burdel»,

u otras cosas así. Pero ¿te fijas?
tu cebo de falsía
pesca una carpa que es una verdad;
y así nosotros, los que somos
sabios y habilidosos,
con rodeos y pruebas de soslayo,
por vías indirectas descubrimos
lo más directo: y así tú,
siguiendo estas lección y este consejo,
debes portarte con mi hijo;
me has entendido, ¿no es verdad?

REINALDO Señor, os he entendido.

POLONIO Dios te acompañe; y buen viaje.

REINALDO Mi buen señor...

70

POLONIO Observa

personalmente sus inclinaciones.

REINALDO Así lo haré, señor.

POLONIO Y que estudie su música.

REINALDO Está bien, señor mío.

Sale.

POLONIO Adiós.

Entra OFELIA.

Y ahora, Ofelia, ¿qué te ocurre?

OFELIA Ay, señor, me he asustado tanto...

POLONIO ¿Con qué, en nombre del cielo?

OFELIA Señor, mientras estaba cosiendo en mi aposento,

su Alteza Hamlet, entreabierto su jubón,

con la cabeza sin sombrero,

con las medias manchadas y sin ligas,

que le caían hasta los tobillos

80

como si fueran aros de grilletes,
más pálido que su camisa,
las rodillas chocando una con otra,
y con una mirada de aire tan lastimero
como si hubiera escapado del infierno
para contar horrores, se presenta ante mí.

POLONIO ¿Enloquecido por su amor a ti?

OFELIA Mi señor, no lo sé,
pero en verdad lo temo.

POLONIO ¿Qué te dijo?

OFELIA Me tomó la muñeca, y la apretó bien fuerte;

luego me aparta a la distancia de su brazo,
y con su otra mano así sobre la frente,
se pone a contemplar mi rostro de tal modo
como si fuera a dibujarlo.

90

Se queda así un gran rato; y por fin,
sacudiéndome el brazo levemente
y moviendo la cabeza así
hacia arriba y abajo por tres veces,
lanzó un suspiro tan lastimero y hondo
que pareció resquebrajar todo su cuerpo
y acabar con su ser. Hecho lo cual, me suelta,
y vuelta la cabeza por encima del hombro,
pareció que encontraba sin ojos su camino,
pues salió por la puerta sin su ayuda,
y hasta el fin dirigió solo hacia mí su luz.

100

POLONIO Vamos, vente conmigo, voy a buscar al rey.

Esto no es otra cosa que el éxtasis de amor,
cuya virtud violenta se destruye a sí misma
y empuja al albedrío a actos desesperados

con la misma frecuencia que toda otra pasión
que en este mundo afecte nuestra naturaleza.
Lo siento. Pero ¿qué? ¿Es que lo has tratado
con alguna dureza últimamente?

OFELIA Buen señor, no; pero tal como vos

me lo mandasteis, rechacé sus cartas,
y no le permití acercárseme.

110

POLONIO Eso lo volvió loco. Debí haberle observado

con mayor atención y mejor juicio.

Temí que no quisiera sino divertirse
e intentara arruinarte; mas malhaya mi celo,
parece que es tan propio de los de nuestra edad
el extralimitarnos en nuestras opiniones
como es común que en los más jóvenes
falte la discreción. Ven, vamos con el rey,
esto debe saberse, que si queda escondido
puede dar pie a más penas que ocultar
de las que desearía la renüencia a hablar.

Vamos.

ESCENA II

Fanfarria. Entran el REY y la REINA, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN, con otros.

REY Bienvenidos seáis,

queridos Rosencrantz y Guildenstern.
Además de lo mucho que anhelábamos veros,
nuestra necesidad de utilizaros
fue causa de esta urgencia en convocaros.
Algo habréis escuchado referente
a la transformación de Hamlet.
Así la llamo, porque ni por dentro
ni por fuera ese hombre se parece al que fue.
Qué otra cosa pudiera

más que la muerte de su padre
haberle puesto así fuera de sus cabales,
no puedo figurármelo. Os ruego a uno y otro
que, puesto que os criasteis con él desde tan jóvenes,
y pues sois tan cercanos a su edad y su humor,
tengáis a bien quedaros en esta corte nuestra
durante un breve trecho,
para que vuestra compañía
lo incline a los placeres, y tratar de inferir,
por lo que hayáis podido recoger sobre él,
si es algo que nos es desconocido
lo que le aflige así.

10

Que, una vez conocido, podamos remediarlo.

REINA Gentiles caballeros, él nos ha hablado mucho
de vosotros, y estoy más que segura
de que no hay hoy dos hombre vivos
por quienes sienta más apego. Y si os complace
mostrarnos tanta gentileza y buen talante
como para pasar durante un lapso
en nuestra compañía vuestro tiempo,
en apoyo y provecho de nuestras esperanzas,
vuestra visita se agradecerá
como conviene a un rey y a su memoria.

20

ROSENCRANTZ Vuestras dos majestades bien podrían,
por el poder que tienen soberano
sobre nosotros, expresar
su imponente deseo más como una orden
que como un ruego.

GULDENSTERN Obedecemos ambos

y aquí nos ofrecemos plenamente

30

a poner libremente a vuestros pies
nuestros servicios, y acatar vuestras órdenes.

REY Gracias, buen Rosencrantz y gentil Guildenstern.

REINA Gracias, buen Guildenstern y gentil Rosencrantz,
y os encarezco visitar de inmediato
a ese hijo mío tan cambiado.

Que algunos de vosotros
conduzcan a estos caballeros
adonde se halla Hamlet.

GUILDENSTERN Quieran los cielos que nuestra presencia
y nuestras prácticas le sean gratas
y le resulten útiles.

Salen con los demás.

REINA Amén.

Entra POLONIO.

POLONIO Los enviados a Noruega, señor mío,
han regresado felizmente.

40

REY Una vez más resultáis ser el padre
de las buenas noticias.

POLONIO ¿De veras, mi señor? Os aseguro,
buen soberano mío,
que mi deber, como mi alma,
los consagro a mi Dios y a mi gracioso rey.
Y me parece, a menos que este caletre mío
no les siga ya el rastro a las intrigas
como solía hacerlo, que he encontrado
propiamente la causa del delirio de Hamlet.

REY Oh, hablad de eso que tanto ansié oír.

50

POLONIO Dad primero licencia a los embajadores,
mi noticia ha de ser fruto de esa gran fiesta.

REY Vos mismo hacедles los honores
y traedlos aquй.

Sale POLONIO.

Me dice,
mi amada reina, que ha encontrado
la fuente y el origen
de la indisposici3n de vuestro hijo.

REINA Dudo que sea otra que la m1s sustancial,
la muerte de su padre, y nuestra boda
precipitada.

Entran POLONIO, VOLTEMAND y CORNELIO.

REY Bienvenidos, amigos:
decidme, Voltemand, quй hay de nuestro hermano,
el rey noruego?

VOLTEMAND La respuesta m1s cumplida
a vuestros parabienes y saludos.

De buenas a primeras nos dijo que suprime
las levas del sobrino, que a él le parecйa
que eran preparativos contra el rey de Polonia,
pero indagando m1s, encontr3 que en verdad
se dirigйan contra vuestra alteza,
y apenado por ello

de que su enfermedad, su edad e invalidez
fueran manipuladas falsamente,
manda orden de arresto

a Fortinbr1s, la cual él pronto acata,
acepta los regaños del monarca noruego,
promete ante su tйo nunca m1s

alzarse en armas contra vuestra alteza,
tras de lo cual el viejo rey noruego,
exultando de dicha, le da tres mil coronas

60

70

añales de renta, y le encomienda
usar esos soldados ya enrolados
contra el rey de Polonia;
con el ruego, que aquí viene explicado,
de que tengáis a bien dar libre paso
por vuestras tierras a esa empresa suya
en lo que atañe a la seguridad
y a los permisos, como aquí se asienta.

REY Nos parece muy bien,

80

y en un momento más propicio
leeremos, y contestaremos,
y pensaremos en este negocio.
Entre tanto os queremos dar las gracias
por la tarea bien cumplida.
Id a tomar descanso, que esta noche
festejaremos juntos.
Y sed muy bienvenidos de vuelta a vuestra tierra.

Salen los embajadores.

POLONIO Este negocio terminó muy bien.

Mi soberano, y vos, señora:
exponer yo qué debe ser la majestad,
qué es el deber, o por qué el día es día,
la noche noche, el tiempo tiempo,
sería simplemente
perder el día y la noche y el tiempo.
Por tanto, puesto que la brevedad
el alma del ingenio es,
y la prolijidad sus miembros y ornamentos,
voy a ser breve: vuestro noble hijo está loco.
Locura llamo a eso,

90

pues definir qué cosa en verdad es locura,
¿qué otra cosa sería, sino solo estar loco?
Pero dejemos eso.

REINA Más sustancia, y con menos arte.

POLONIO Juro, señora, que no estoy usando

en absoluto ningún arte:
que está loco, es verdad;
y también es verdad que es una lástima,
y es una lástima que sea verdad.

Figura estúpida, mas desechadla,
porque no quiero usar de ningún arte.

Concedámosle entonces que está loco;
y ahora falta que encontremos

la causa de ese efecto, o mejor dicho,
de ese defecto, pues sin duda

para este efecto defectivo hay una causa.

Esto queda asentado, y lo que queda es esto.

Mucho ojo:

tengo una hija (digo,
la tengo mientras sea mía),
la cual, siguiendo su deber y su obediencia,
me ha dado esto: ahora,
enteraos e imaginad un poco.

Lee.

«A la celestial, e ídolo de mi alma, la bellífica Ofelia»,

esa es una frase horrible, una frase repulsiva, bellífica es una frase
repulsiva; pero tenéis que oír esto:

«Estos en su excelso pecho, estos, etc.»

REINA ¿Eso lo recibió ella de Hamlet?

POLONIO Señora mía, aguardad un momento.

100

110

Seré fiel.

«Duda de que arda el lucero,
o el sol salga por oriente,
duda si la Verdad miente,
mas no dudes que te quiero.

Oh, querida Ofelia, soy torpe con estos metros, no domino el
arte con que dar cuenta de mis gemidos; pero que te quiero mucho,
ay, muchísimo, créelo. Adiós.

Tuyo cada vez más, querida dama,
mientras dure esta máquina, Hamlet.»

Esto obedientemente me ha enseñado mi hija,
además de sus galanteos,
tal como acontecieron,
según el tiempo, el medio y el lugar,
todos confiados a mi oído.

REY ¿Y cómo ha recibido ella su amor?

POLONIO ¿Pues qué pensáis de mí?

REY Que sois un hombre honorable y leal.

POLONIO Bien espero probarlo. Pero ¿qué pensaríais

una vez que hube visto a ese amor
tomar vuelo, como en efecto vi,
debo decirlo, antes de oírsele a mi hija;
qué es lo que vos, o mi querida majestad
vuestra reina aquí presente,
podríais pues pensar, si hubiera obrado
como escritorio o como hoja de memoria,
o si guiñándole el ojo a mi corazón,
me hubiera hecho el sordomudo,
o si hubiera observado aquel amor
con miradas ociosas? ¿Qué iríais a pensar?

120

130

No: puse manos a la obra,
 y le hablé así a mi joven señorita:
 Su Alteza Hamlet es un gran príncipe
 que tu estrella no alcanza.
 Esto no debe ser. Y entonces
 le expresé unos preceptos
 de que tenía que encerrarse
 lejos de sus visitas, no aceptar mensajeros
 y no recibir prendas.
 Hecho lo cual, cosecho el fruto
 de mis buenos consejos, y él, rechazado,
 para no hacer el cuento largo,
 cayó en una tristeza, después en un ayuno,
 de ahí en la vigilia, de ahí en la flaqueza,
 de ahí en el delirio, y por esa pendiente,
 en la locura en la que ahora desvaría
 y que todos nosotros deploramos.

REY ¿Creéis que es eso?

REINA Es muy posible que así sea.

POLONIO ¿Ha sucedido alguna vez,
 me gustaría a mí saberlo,
 que haya yo dicho positivamente
 «Esto es así», y que haya sido de otro modo?

REY No que yo sepa.

POLONIO Que me quiten
 esta de aquí, si me equivoco.
 Cuando las circunstancias me dirigen,
 hallaré la verdad, aunque se esconda
 propiamente en el centro.

REY ¿Cómo podemos confirmar esto más?

POLONIO Sabéis que a veces deambula
cuatro horas seguidas por la sala.

REINA Así es, en efecto.

POLONIO Cuando eso suceda,
le soltaré a mi hija;
pongámonos entonces vos y yo
detrás de una tapicería;
espiemos su encuentro: si él no la ama,
y no ha perdido la razón por ello,
deje yo de ejercer
de consejero del Estado, y pase
a cuidar una granja y sus arrieros.

REY Lo probaremos.

Entra HAMLET, leyendo un libro.

REINA Pero mirad por dónde viene
tristemente, leyendo, el desdichado.

170

POLONIO Salid, os ruego, salid ambos,
voy a abordarlo ya.

Salen el REY y la REINA.

Oh, permitidme,
¿Cómo está vuestra alteza el buen Hamlet?

HAMLET Bien, a Dios gracias.

POLONIO ¿Me conocéis, señor?

HAMLET Perfectamente, perfectamente, sois un pescadero.

POLONIO Yo no, señor.

HAMLET Entonces quisiera que fuerais un hombre igual de honrado.

POLONIO ¿Honrado, señor?

HAMLET Sí, señor, ser honrado tal como anda el mundo es ser un hombre
escogido entre dos mil.

180

POLONIO Es muy cierto, señor.

HAMLET Porque si el sol cría gusanos en un perro muerto, que es una carroña buena de besar... ¿Tenéis una hija?

POLONIO Tengo una, señor.

HAMLET No la dejéis andar al sol: la concepción es una bendición, pero no del modo en que podría concebir vuestra hija. Cuidad de ello, amigo.

POLONIO ¿Qué les parece eso? Siempre con la monserga de mi hija. Sin embargo no me conoció al principio, dijo que era un pescadero. Está completamente ido, completamente ido, y en verdad en mi juventud yo sufrí grandes extremos por amor, muy parecidos a estos. Le hablaré otra vez. ¿Qué leéis, señor mío?

190

HAMLET Palabras, palabras, palabras.

POLONIO ¿De qué se trata, señor?

HAMLET ¿Entre quiénes?

POLONIO Quiero decir el asunto que leéis, alteza.

HAMLET Calumnias, señor: el villano satírico dice que los ancianos tienen barbas grises; que sus caras están arrugadas; sus ojos escurren espeso ámbar o goma de ciruelo; y que tienen abundante falta de criterio, junto con la corva débil. Todo lo cual, señor, aunque yo lo creo fuerte y vigorosamente, considero que no es honesto explayarlo así. Pues vos mismo, señor, seríais de mi misma edad si como un cangrejo pudierais ir hacia atrás.

200

POLONIO Aunque esto sea locura, sin embargo su método no lo es. ¿Quisierais ir donde no dé el aire?

HAMLET ¿A mi tumba?

POLONIO En efecto, allí no da el aire; ¡qué llenas de sentido son (a veces) sus respuestas! Un feliz hallazgo con el que la locura tropieza a menudo, que la razón y la cordura no podrían dar a luz con tan buena fortuna. Voy a dejarlo para ponerme a idear de inmediato los medios del encuentro entre mi hija y él.

210

Honorable señor mío, pido muy humildemente licencia para dejaros.

HAMLET No podéis, señor, pedir nada de lo que me desprenda yo más gustosamente, excepto mi vida.

POLONIO Quedad con Dios, alteza.

220

HAMLET Estos tediosos viejos tontos.

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

POLONIO ¿Buscáis a Su Alteza Hamlet? Allí está.

ROSENCRANTZ Dios os salve, señor

Sale POLONIO.

GUILDENSTERN ¡Mi honorable señor!

ROSENCRANTZ ¡Mi muy querido señor!

HAMLET ¡Mis excelentes amigos! ¿Cómo estás, Guildenstern? ¡Ah,

Rosencrantz! Buenos chicos, ¿cómo estáis ambos?

ROSENCRANTZ Como los hijos comunes de la tierra.

GUILDENSTERN Felices por cuanto no somos demasiado felices.

230

En el gorro de la fortuna, no somos propiamente el botón.

HAMLET ¿Ni tampoco la suela de sus zapatos?

ROSENCRANTZ Tampoco, señor.

HAMLET ¿Entonces vivís más o menos en su cintura, o en la mitad de su favor?

GUILDENSTERN A fe mía, sus privados en persona.

HAMLET ¿Estáis en la intimidad de la fortuna? Ah, muy bien dicho: es una ramera. ¿Qué noticias hay?

ROSENCRANTZ Ninguna, señor, salvo que el mundo se ha vuelto honrado.

240

HAMLET Entonces está cerca el Día del Juicio. Pero vuestra noticia no es verdadera. Permitidme preguntar más en particular: ¿qué habéis merecido, queridos amigos, de manos de la fortuna, que os ha mandado aquí a la cárcel?

GUILDENSTERN ¿A la cárcel, señor?

HAMLET Dinamarca es una cárcel.

ROSENCRANTZ Entonces el mundo es otra.

HAMLET Y muy buena, en la que hay muchas celdas, calabozos y mazmorras;
y Dinamarca es una de las peores.

ROSENCRANTZ No pensamos eso, señor.

250

HAMLET Bueno, entonces no lo es para vosotros; pues no hay nada
bueno o malo, sino que el pensamiento lo hace tal: para mí es
una cárcel.

ROSENCRANTZ Bueno, entonces es que vuestra ambición la hace
tal, es demasiado estrecha para vuestro espíritu.

HAMLET Oh, Dios, podría estar constreñido en una nuez, y me tendría
por rey de un espacio infinito; si no fuera porque tengo malos
sueños.

GUILDENSTERN Cuyos sueños son en efecto la ambición, porque
la sustancia misma del ambicioso es meramente la sombra de un
sueño.

260

HAMLET Un sueño a su vez no es más que una sombra.

ROSENCRANTZ Cierto, y tengo a la ambición por una cualidad tan
aérea y leve, que no es sino la sombra de una sombra.

HAMLET Entonces nuestros pordioseros son cuerpos, y nuestros
monarcas y grandiosos héroes las sombras de nuestros pordioseros.
¿Vamos a la corte? Pues por mi fe que no puedo razonar.

AMBOS Os esperamos.

HAMLET Nada de eso. No os colocaré con el resto de mis sirvientes,
pues hablando con franqueza, mi servicio es pésimo. Pero
aquí entre amigos, ¿qué hacéis en Elsinore?

270

ROSENCRANTZ Visitaros, señor, no hay otro motivo.

HAMLET Pordiosero como soy, tengo mucha penuria de agradecimientos,

pero os lo agradezco; y sin duda, queridos amigos, mi agradecimiento no vale medio penique. ¿No os han mandado buscar? ¿Es por vuestra propia inclinación? ¿Es una visita libre? Vamos, tratadme con justicia; vamos, vamos, hablad pues.

GUILDENSTERN ¿Qué hemos de decir, señor?

HAMLET Hombre, cualquier cosa, pero que venga a cuento. Os han mandado llamar; y hay una especie de confesión en vuestras miradas, que vuestro pudor no es bastante hábil para colorear. Sé que el rey y la reina os han mandado llamar. 280

ROSENCRANTZ ¿Con qué fin, señor?

HAMLET Eso debéis decírmelo vosotros. Pero permitid que os conjure por los derechos de nuestra camaradería, por la lealtad de nuestra juventud, por la obligación de nuestro amor siempre preservado, y por lo más encarecido que mejor abogado pudiera encargáros, sed francos conmigo: ¿os enviaron o no? 290

ROSENCRANTZ ¿Qué dices tú?

HAMLET Ah, entonces os tendré vigilados. Si me amáis no me deis de lado.

GUILDENSTERN Señor, nos mandaron llamar.

HAMLET Yo os diré por qué; que mi anticipación evite vuestro descubrimiento y que vuestro secreto para el rey y la reina no pierda ni una pluma. Últimamente, pero no sé por qué, he perdido la alegría, he abandonado todo hábito de ejercicio, y en efecto mi disposición está tan afectada, que esta estupenda fábrica que es la tierra me parece un promontorio inútil; este excelente dosel, el aire, fijaos, este magnífico firmamento que se cierne, este techo majestuoso, tachonado de fuegos de oro: pues a mí no me parece otra cosa que una sucia y pestilente congregación de vapores. ¡Qué espléndida obra es un hombre! ¡Qué noble en su razón! ¡Qué infinito en su facultad!; en su forma 300

y movimiento, ¡qué expresivo y admirable!; en su acción, ¡qué parecido a un ángel!; en comprensión, ¡qué parecido a un dios!; belleza del mundo, parangón de los animales; y sin embargo para mí, ¿qué es esa quinta esencia del polvo? El hombre no me deleita; no, ni tampoco la mujer, aunque por vuestra sonrisa parezca que decís que sí.

310

ROSENCRANTZ Señor, no había nada de eso en mi pensamiento.

HAMLET ¿Por qué te reíste cuando dije que el hombre no me deleita?

ROSENCRANTZ De pensar, señor, que si no os deleitáis en el hombre, qué flaco recibimiento tendrán de vos los cómicos, los dejamos atrás en el camino, y hacia acá vienen a ofrecer sus servicios.

320

HAMLET El que haga de rey será bienvenido; Su Majestad recibirá mi tributo; el caballero andante usará su espada y escudo; el amante no suspirará gratis; el gracioso terminará su papel en paz; el payaso hará reír a aquellos cuyos pulmones tienen el gatillo fácil; y la dama dirá libremente sus pensamientos, o el verso blanco cojeará por ello. ¿Qué cómicos son?

ROSENCRANTZ Los mismos que solían deleitaros, los trágicos de la ciudad.

330

HAMLET ¿Cómo es que andan viajando? Su permanencia sería mejor tanto para su reputación como para su provecho.

ROSENCRANTZ Creo que su exclusión viene gracias a las últimas disposiciones.

HAMLET ¿Siguen teniendo el mismo prestigio que cuando yo estaba en la ciudad? ¿Tienen igual de seguidores?

ROSENCRANTZ No, en realidad ya no los tienen.

HAMLET ¿A qué se debe? ¿Están enmohecidos?

ROSENCRANTZ Para nada; su esfuerzo sigue al paso acostumbrado; pero hay, señor, una nidada de aguiluchos, polluelos en el nido que gritan como desaforados, y les aplauden por ello del modo

340

más violento. Estos están de moda ahora, y vituperan de tal manera los escenarios vulgares (así los llaman), que muchos portadores de espada tienen miedo de las plumas de ganso y apenas osan salir allí.

HAMLET ¿Cómo, son niños? ¿Quién los sostiene? ¿Cómo se financian? ¿Seguirán en la profesión solo mientras puedan cantar? ¿No dirán más tarde, si llegan a ser actores normales (como es probable si no tienen mejor oportunidad) que sus escritores los perjudican al hacerles exclamar contra su propia sucesión?

350

ROSENCRANTZ A fe mía que ha habido mucho que hacer de ambos lados, y a la nación no le parece ningún pecado azuzarlos a la controversia. Durante un tiempo no hubo dinero alguno ofrecido por un argumento sin que el poeta y el actor llegaran a las manos sobre la cuestión.

HAMLET ¿Es posible?

GUILDENSTERN Oh, ha habido mucho despilfarro de sesos.

360

HAMLET ¿Llevan los muchachos las de ganar?

ROSENCRANTZ Sí que las llevan, señor, y de paso a Hércules con toda su carga.

HAMLET No es extraño, pues mi tío es rey de Dinamarca, y los que le ponían mala cara cuando vivía mi padre pagan a veinte, cuarenta, cien ducados por pieza su retrato en miniatura. Por la sangre de Cristo, que hay algo en esto que es más que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

Fanfarria.

GUILDENSTERN Ahí vienen los cómicos.

370

HAMLET Señores, sois bienvenidos a Elsinore. Vengan vuestras manos, lo que corresponde a la bienvenida es la cortesía y la ceremonia. Permitidme cumplir con vosotros de esta guisa, no sea que mi actitud con los cómicos (que os digo que debe ostentarse

claramente)

pueda parecer mayor hospitalidad que con vosotros.

Sois bienvenidos, pero mi tío-padre y mi tía-madre se equivocan.

GUILDENSTERN ¿En qué, querido señor?

HAMLET Solo estoy loco al nor-noroeste; cuando hay viento del sur,

380

sé distinguir un halcón de un serrucho.

Entra POLONIO.

POLONIO Que os vaya bien, caballeros.

HAMLET Pon atención, Guildenstern, y tú también, un oído a cada

oyente: ese niño que veis ahí todavía no ha dejado los pañales.

ROSENCRANTZ Tal vez es la segunda vez que está en ellos, pues dicen

que un anciano es dos veces un niño.

HAMLET Voy a profetizar. Viene a decirme lo de los cómicos. Fijaos.

Decís bien, señor, porque era ciertamente un lunes por la

mañana.

390

POLONIO Señor, tengo noticias que daros.

HAMLET Señor, tengo noticias que daros: cuando Roscio era actor

en Roma...

POLONIO Los actores han venido aquí, señor.

HAMLET Bah, bah.

POLONIO Por mi honor.

HAMLET Entonces cada actor venía en su burro.

POLONIO Los mejores cómicos del mundo, ya sea para la tragedia,

la comedia, la historia, la pastoral, la pastoral-comedia, la histórico-pastoral,

la trágico-historia, la trágico-histórico-cómicopastoral;

400

escena indivisible o poema ilimitado. Séneca no puede

ser demasiado pesado ni Plauto demasiado ligero para las reglas

del arte y para la libertad. Estos hombres son los únicos.

HAMLET Oh, Jefté juez de Israel, ¿qué tesoro poseías?

POLONIO ¿Qué tesoro poseía, señor?

HAMLET Hombre:

una hija hermosa y nada más,
a la cual amaba por demás.

POLONIO Otra vez con mi hija.

410

HAMLET ¿No tengo razón, viejo Jefté?

POLONIO Si me llamáis Jefté, mi señor, tengo una hija
a la que amo por demás.

HAMLET No, no es eso lo que sigue.

POLONIO ¿Qué sigue entonces, señor?

HAMLET Hombre:

Si a adivinanza va,
Dios lo sabrá;
y después, ya lo sabéis:
sucede de esa manera,
que es como se espera.

420

El primer verso de esta canción piadosa os dirá más;
pero ved por dónde llega mi abreviatura.

Entran cuatro o cinco cómicos.

Sois bienvenidos, maestros, bienvenidos todos. Me alegro de
verte bien. Bienvenidos amigos. Ah, mi viejo amigo, tu cara está
orlada desde la última vez que te vi: ¿vienes a afeitarme a Dinamarca?
Vaya, señorita y dueña mía, vuestra señoría está más
cerca del cielo que la última vez que la vi a la altura de un chapín.

Ruego a Dios que vuestra voz como una pieza de oro fuera
de curso no se raje dentro del círculo. Maestros, sois bienvenidos,
haremos como halconeros franceses: volaremos tras todo
lo que veamos. Tengamos una tirada de una vez. Vamos, dadnos
una probada de vuestra calidad: vamos, una tirada apasionada.

430

PRIMER CÓMICO ¿Qué tirada, señor?

HAMLET Te oí decirme una vez una tirada, pero no la actuaste; o si

lo hiciste no fue más de una vez, pues la obra según recuerdo no gustó a la multitud, era caviar para el vulgo. Pero era (tal como yo la estimé, y otros cuyos juicios en estos asuntos estaban por encima de los míos) una obra excelente; bien dispuesta en las escenas, realizada con tanta sobriedad como habilidad. Recuerdo que alguien dijo que no había ensalada en los versos para dar sabor al asunto, ni nada en las frases que hiciera al autor culpable de afectación, sino que lo llamaba un método honrado.

440

Tan sano como dulce, y mucho más hermoso que bonito. Me gustó particularmente una tirada particular, era el relato de Eneas a Dido, y en esa parte en especial el lugar donde habla de la muerte de Príamo.

450

Si está vivo aún en tu memoria, empieza en este verso, déjame ver, déjame ver:

El erizado Pirro, cual la bestia Hircania...

No es así, empieza con Pirro...

El erizado Pirro, aquel que con sus sables armas,
negras cual sus propósitos,
semejaba la noche cuando echado
yacía en el fatal corcel,
ha embadurnado ahora su hórrida negra tez
de una heráldica aún más espantosa:

ahora de los pies a la cabeza

puro gules es ya: horriblemente

chorreante de sangre

de padres, madres, hijas, hijos,

recocida y pastosa por las calles en llamas

que arrojan un fulgor violento y condenado

sobre sus viles asesinos

460

asados por la ira y por el fuego,
y este, inflado de sangre coagulada,
con ojos cual carbúnculos, el demoníaco Pirro
busca al gran señor Príamo.

POLONIO Vive Dios, señor, bien dicho, con buen acento y con mucha
discreción.

470

PRIMER CÓMICO Pronto lo encuentra

lanzando vanos golpes a los griegos.
Su anciana espada, rebelde ante su brazo,
se queda donde cae, renüente a sus órdenes.
Uno del otro desiguales,
Pirro se lanza sobre Príamo;
de rabia yerra el golpe,
mas con el viento y bocanada
de su espada feroz
el enervado viejo cae.
Y entonces la insensible Ilión,
como si hubiese resentido el golpe,
con la cúspide en llamas se derrumba en su base,
y con horrible estrépito
del oído de Pirro hace su presa.
Pues ved, su espada, a punto
de descargarse sobre la cabeza
lechosa del muy reverendo Príamo,
parece que se clava en pleno aire:
así como un tirano pintado quedó Pirro,
y cual si él mismo hubiera sido
neutral para su propia voluntad
y cometido, nada hacía.
Pero tal como vemos muchas veces

480

frente a alguna tormenta
un silencio en los cielos,
las nubes quietas, mudo el viento audaz,
y todo el orbe abajo callado cual la muerte;
y de repente el trueno aterrador
hiende el espacio; así tras la pausa de Pirro,
despierta, la venganza lo vuelve a la tarea,
y nunca los martillos del Cíclope cayeron
tan sin remordimiento sobre la armadura,
forjada para eterna resistencia, de Marte
como ahora la espada de Pirro ensangrentada
cae sobre Príamo.

490

Atrás, atrás, fortuna, oh ramera,
y vosotros los dioses todos
en sínodo común quitadle su poder:
romped todos los rayos y llantas de su rueda,
arrojad el pivote redondo cuesta abajo
de la colina de los cielos
hasta la misma casa del demonio.

500

POLONIO Eso es demasiado largo.

HAMLET Tendrá que ir al barbero, junto con vuestra barba. Te ruego
que prosigas, este busca una jiga o un cuento salaz, y si no, se
duerme. Prosigue: lleguemos a Hécuba.

PRIMER CÓMICO «Mas quién, oh quién ha visto a la reina arropada...»

HAMLET ¿«La reina arropada»?

POLONIO Eso es bueno; «la reina arropada» es bueno.

PRIMER CÓMICO ... correr descalza aquí y allá,
y amenazar las llamas con su llanto cegato,
cubierta con un trapo la cabeza
que hace poco ostentaba la diadema,

y por vestido en torno de su flanco
y sus riñones de parir exhaustos,
una manta en la alarma del miedo arrebatada.

510

Quien tal hubiera visto,
con lengua empapada de veneno
contra el poder de la fortuna
hubiera denunciado la traición;
mas si los dioses mismos la hubieran visto entonces,
cuando vio a Pirro hallar perverso regocijo
en triturar al filo de su espada
los miembros de su esposo,
la explosión inmediata que hizo de clamores
(a menos que no los conmuevan
de ningún modo las cosas mortales)
hubieran hecho parecer lechosos
los llameantes ojos de los cielos
y apasionados a los dioses.

520

POLONIO Mirad: ¡si ha cambiado de color, y tiene lágrimas en los
ojos! Por favor, no sigas.

HAMLET Está bien, pronto te haré recitar lo demás. Buen señor,
¿queréis cuidar de que los actores queden bien alojados? ¿Me
escucháis? Que los traten bien, porque ellos son los resúmenes
y breves crónicas de los tiempos. Después de vuestra muerte,
más os valdría tener un mal epitafio que un mal informe de ellos
mientras vivís.

POLONIO Señor, los trataré como merecen.

530

HAMLET No, hombre de Dios: mejor. Tratad a cada hombre según
su merecimiento, y ¿quién escapará a los azotes? Tratadlos según
vuestro honor y dignidad. Cuanto menos merezcan, mayor
mérito habrá en vuestra munificencia. Conducidlos.

POLONIO Venid, señores.

HAMLET Seguidle, amigos, escucharemos una comedia mañana.

Salen POLONIO y los cómicos excepto el PRIMER CÓMICO.

¿Me oyes, viejo amigo? ¿Puedes representar
el asesinato de Gonzago?

540

PRIMER CÓMICO Sí, mi señor.

HAMLET Lo veremos mañana por la noche. ¿Podrías en caso necesario
estudiar un parlamento de una docena o dieciséis versos
que yo establecería, e insertarlo en la obra? ¿No podrías hacer
eso?

PRIMER CÓMICO Sí, mi señor.

HAMLET Muy bien. Sigue a ese caballero, y ten cuidado de no burlarte
de él. Mis buenos amigos, os dejaré hasta esta noche. Sois
bienvenidos en Elsinore.

Salen. HAMLET se queda.

HAMLET Sí pues, id con Dios. Ahora estoy solo.

¡Ah, qué bribón y vil granuja soy!
¿No es monstruoso que un actor como este,
solo en una ficción,
solo en el sueño de una pasión,
pueda forzar su alma de tal modo
hasta su idea entera;
que por su efecto palidezca
todo su rostro, haya en sus ojos lágrimas
y desvarío en su expresión,
se le quiebre la voz, y todas sus funciones
se ajusten, con sus formas, a su idea?
¿Y todo eso por nada?
¿Por Hécuba?
¿Qué es para él Hécuba, o que es él para Hécuba,

560

que pueda él llorar por ella?
¿Qué haría si tuviera los motivos
y la consigna para la pasión
que tengo yo? Anegaría
en lágrimas el escenario
y rajaría el aire general
con un discurso horrendo;
a los culpables volvería locos
y aterraría al inocente,
confundiría al ignorante
y dejaría en la perplejidad
las facultades mismas de los ojos y oídos.

En cambio yo, granuja obtuso
y embrutecido, me escabullo
como un buen papanatas, descuidado
de mi causa, y no puedo decir nada.

No, nada por un rey
sobre cuya persona y su querida vida
se realizó una destrucción perversa.

¿Soy un cobarde?

¿Quién me llama villano? ¿Me parte la cabeza?

¿O me arranca la barba y me la tira al rostro?

¿Me tuerce la nariz? ¿Me echa en cara mi embuste

y me lo embute en el gazonate

hasta lo hondo del pulmón?

¿Quién me hace nada de eso?

¿Eh? Por Dios, debería soportarlo,

porque no cabe duda de que tengo

el hígado de una paloma,

y me falta la hiel

para hacer que se vuelva amarga la opresión,
 o a estas alturas habría ya cebado
 a todos los milanos del espacio
 con los despojos de este vil malvado,
 ¡sangriento, lúbrico villano!
 ¡Sin conciencia, traidor, lascivo,
 desalmado villano! ¡Oh, venganza!
 ¡Ay, Dios, qué burro soy! Por cierto,
 es una gran valentía que yo,
 hijo de aquel querido asesinado,
 llamado a la venganza por el cielo
 como por el infierno, tenga (como una puta)
 que desahogar mi corazón
 con palabras, y caiga en maldición
 igual que una ramera,
 ¡una fregona! Qué asqueroso, puah.
 A la tarea, sesos míos.

He escuchado decir que unos seres culpables
 que habían asistido a una comedia,
 gracias al artificio mismo de la escena
 quedaron tan heridos hasta el alma
 que de inmediato proclamaron sus maldades.
 Porque el asesinato,
 aunque no tiene lengua, habrá de hablar
 gracias al más maravilloso órgano.
 Mandaré que estos comediantes
 ante mi tío representen una cosa
 que parezca algo así
 como el asesinato de mi padre.
 Observaré su aspecto, lo palparé en lo vivo.

Con que tan solo se estremezca,
sé lo que debo hacer.

600

Aquel espíritu que vi
puede ser el demonio, y el demonio
tiene el poder de revestir
alguna forma placentera,
sí, y tal vez, por mi debilidad
y mi melancolía,
como él es potentísimo ante tales espíritus,
me engañe a fin de condenarme.
Tendré que hallar más pertinentes bases.
La comedia es el medio que me trazo
para tender al alma del monarca un lazo.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran el REY, la REINA, POLONIO, OFELIA, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN y caballeros.

REY ¿Y no podéis, mediante algún arreglo
de circunstancias, sonsacarle
por qué organiza semejante confusión,
resquebrajando tan violentamente
todos sus días de quietud
con una peligrosa y agitada demencia?

ROSENCRANTZ Confiesa, sí, sentirse trastornado,
pero se niega en firme a discutir las causas.

GUILDENSTERN Ni encontramos el modo de sondearlo más,
sino que con astutas chifladuras
se nos escurre si queremos
llevarle a alguna confesión de su estado real.

10

REY ¿Pero os recibió bien?

ROSENCRANTZ Exactamente como un caballero.

GUILDENSTERN Pero forzando mucho su disposición.

ROSENCRANTZ Avaro de preguntas, pero ante las nuestras
muy liberal en sus contestaciones.

REINA ¿No le habéis inducido a alguna distracción?

ROSENCRANTZ Señora, sucedió que a ciertos cómicos
adelantamos de camino;
le hablamos de ellos y aparentemente

despertó en él cierta alegría escuchar eso.

20

Andan ahora por la corte y, según creo,
tienen ya órdenes de presentarse
ante él esta noche.

POLONIO Verdad es,

y me pidió que invite a vuestras majestades
a oír y presenciar la obra.

REY De todo corazón, y me da mucho gusto
saber que muestra esas inclinaciones.
Gentiles caballeros, azuzadlo aún más
y llevad su propósito hacia deleites tales.

ROSENCRANTZ Así lo haremos, señor mío.

Salen ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

REY Dulce Gertrudis, vos también dejadnos,

30

pues hemos convocado subrepticamente
a Hamlet a que venga aquí,
para que, como por casualidad,
pueda encontrarse con Ofelia.
Su padre, así como yo mismo
(legítimos espías) nos pondremos
de manera que, viendo sin ser vistos,
podamos valorar francamente ese encuentro
y concluir de él, según cómo se porte,
si es o no es por la aflicción de amor
por lo que sufre así.

REINA Os obedeceré.

Y en cuanto a ti, Ofelia,
ojalá tu magnífica belleza
sea la feliz causa del delirio de Hamlet.
Podré esperar así que tus virtudes

40

lo traigan otra vez a su humor usual
para honor de ambos dos.

OFELIA Ojalá, sí, señora.

Sale la REINA.

POLONIO Ofelia, ven acá. Majestad, si os complace
iremos a escondernos. Tú lee en este libro,
para que la apariencia de esa práctica
explique el que estés sola. En esto muchas veces
se nos puede juzgar, pues está bien probado
que bajo el rostro de la devoción
y de acciones piadosas, endulzamos
al demonio en persona.

50

REY ¡Ay, qué verdad es eso!

¡Qué vivo latigazo ese discurso
ha dado a mi conciencia!
No es la mejilla de la prostituta
embellecida con afeite artificioso
más fea entre sus trucos
que mis acciones entre mis palabras
tan pintadas. ¡Oh, fardo insoportable!

POLONIO Le oigo acercarse, señor; retirémonos.

Salen.

Entra HAMLET.

HAMLET Ser o no ser, de eso se trata;

si para nuestro espíritu es más noble sufrir
las pedradas y dardos de la atroz fortuna
o levantarse en armas contra un mar de aflicciones
y oponiéndose a ellas darles fin.

60

Morir para dormir, no más; ¿y con dormirnos
decir que damos fin a la congoja
y a los mil choques naturales

de que la carne es heredera?

Es la consumación

que habría que anhelar devotamente.

Morir para dormir. Dormir, soñar acaso;

sí, ahí está el tropiezo: que en ese sueño de la muerte

qué sueños puedan visitarnos,

cuando ya hayamos desechado

el tráfago mortal,

tiene que darnos que pensar.

Esta es la reflexión que hace

que la calamidad tenga tan larga vida,

pues, ¿quién soportaría los azotes

y escarnios de los tiempos, el daño del tirano,

el desprecio del fatuo, las angustias

del amor despechado, las largas de la ley,

la insolencia de aquel que posee el poder

y las pullas que el mérito paciente

recibe del indigno, cuando él mismo podría

dirimir ese pleito con un simple punzón?

¿Quién querría cargar con fardos,

rezongar y sudar en una vida fatigosa,

si no es porque algo teme tras la muerte?

Esa región no descubierta,

de cuyos límites ningún viajero

retorna nunca, desconcierta

nuestro albedrío, y nos inclina

a soportar los males que tenemos

antes que abalanzarnos a otros que no sabemos.

De esta manera la conciencia

hace de todos nosotros cobardes,

y así el matiz nativo de la resolución
se opaca con el pálido reflejo del pensar,
y empresas de gran miga y de mucho momento
por tal motivo tuercen sus caudales
y dejan de llamarse acciones.

90

Pero calla. ¿La bella Ofelia?

Ninfa, en tus oraciones, recuerda todos mis pecados.

OFELIA Mi buen señor, ¿qué tal ha estado
vuestra alteza todo este tiempo?

HAMLET Te lo agradezco humildemente: bien, bien, bien.

OFELIA Señor, tengo recuerdos vuestros
que hace mucho que quiero devolveros.
Recibidlos ahora, os lo suplico.

HAMLET No, no, nunca te he dado nada.

OFELIA Mi honorable señor, sabéis muy bien que sí,
y con ellos, palabras compuestas con tan dulce aliento
que daban a las cosas mayor precio.
Ya que han dejado su perfume,
volvedlas a tomar, pues para un noble espíritu
los ricos dones menguan y se vuelven pobres
cuando quienes los dan se muestran poco amables.
Aquí están, mi señor.

100

HAMLET Ha, ha, ¿eres honesta?

OFELIA ¡Señor...!

HAMLET ¿Eres hermosa?

OFELIA ¿Qué quiere decir vuestra señoría?

HAMLET Que si eres honesta y hermosa, tu honestidad no debería
aceptar ningún trato con tu hermosura.

110

OFELIA ¿Podría la hermosura, señor, tener mejor comercio que con
la honestidad?

HAMLET Sí, cierto; pues el poder de la belleza transformará a la honestidad, de lo que es, en una alcahueta, antes que la fuerza de la honestidad pueda transformar a la belleza a semejanza suya. Esto era en otro tiempo una paradoja, pero ahora los tiempos lo han probado. Una vez te amé.

OFELIA Ciertamente, señor, así me lo hicisteis creer.

HAMLET No debiste creerme. Pues la virtud no puede contagiar nuestra vieja cepa sin que nos quede algún regusto. No te amé.

120

OFELIA Tanto más me dejé engañar.

HAMLET Métete a un convento. ¿Por qué querrías ser procreadora de pecadores? Yo mismo soy bastante honesto, y sin embargo podría acusarme de cosas tales, que más valdría que mi madre no me hubiera parido. Soy muy orgulloso, vengativo, ambicioso, con más delitos a mi cuenta que pensamientos en que ponerlos, imaginación para darles forma o tiempo para llevarlos a efecto. ¿Qué tienen que hacer sujetos como yo arrastrándose entre el cielo y la tierra? Somos todos astutos bribones, no creas a ninguno de nosotros. Vete a un convento, anda. ¿Dónde está tu padre?

130

OFELIA En casa, señor.

HAMLET Que estén cerradas las puertas a su alrededor, para que solo pueda hacer el tonto en su propia casa. Adiós.

OFELIA Oh, ayudadle, dulces cielos.

HAMLET Si llegas a casarte, te doy como dote esta maldición: aunque seas tan casta como el hielo, tan pura como la nieve, no escaparás a la calumnia. Vete a un convento. Anda, adiós. O, si quieres necesariamente casarte, cástate con un tonto, pues los hombres inteligentes saben muy bien qué monstruos hacéis de ellos. A un convento, vamos, y aprisa además. Adiós.

140

OFELIA Oh, poderes celestiales, restauradle.

HAMLET Muy claro tengo oído también sobre vuestras pinturas.

Dios os ha dado una cara, y os hacéis otra. Brincáis, os contoneáis y bisbiseáis, ponéis apodos a las criaturas de Dios y hacéis de vuestro capricho vuestra ignorancia. Vete, ya no me interesa, eso me ha vuelto loco. Digo que no tendremos más matrimonios. Los que ya están casados, todos menos uno vivirán, los demás tendrán que seguir como están. A un convento, anda.

150

Sale HAMLET.

OFELIA ¡Ay, qué espíritu este tan noble destruido!

El ojo, lengua, espada
del cortesano, del soldado, del sapiente;
la esperanza y la flor del justo Estado;
espejo de la moda y molde de la forma,
observado por todos los observadores
por los suelos, del todo por los suelos.
Y yo, de entre las damas todas
la más hundida y desdichada,
que he sorbido la miel
de sus promesas melodiosas,
veo ahora a esa noble, soberana razón,
como dulces campanas
tañendo destempladamente y roncás;
esa forma y figura incomparables
de una florida juventud, marchitas
gracias a la demencia.
Pobre de mí;
ay, haber visto lo que vi
y ver ahora lo que veo.

160

Entran el REY y POLONIO.

REY ¿Amor? Sus sentimientos a tal cosa no tienden,
ni lo que habló, aunque carecía

de forma un tanto, se parecía
a la locura. Hay algo en su alma
que su melancolía incuba, y me sospecho
que su eclosión y su desnudamiento
será de algún peligro, en vista de lo cual,
con brusca decisión, dispongo
lo siguiente: saldrá sin dilación
hacia Inglaterra, a demandar
nuestro tributo demorado.

170

Con suerte, los distintos mares y países,
sus variados objetos,
expulsarán ese algo que se asienta
sobre su corazón, con lo cual,
apaleando sin cesar sus sesos,
lo pone hasta tal punto fuera
de su ser usual. ¿Qué pensáis vos?

POLONIO Es buena idea. Pero creo

que el origen e inicio de su mal
vino de amor no respondido. Bueno, Ofelia,
no tienes que contarnos lo que Su Alteza Hamlet dijo,
lo hemos oído todo. Mi señor,
haced lo que gustéis, mas si os parece bien,
después de la función,
que la reina su madre, a solas,
le conmine a mostrarle su aflicción;
que hable con él sin tapujos,
y yo me situaré, con vuestra venia,
donde pueda escuchar su conferencia entera.
Si ella no logra desenmascararlo,
enviadlo a Inglaterra,

180

o confinadlo donde vuestro juicio
decida que es mejor.

REY Así se hará;

190

la locura en los grandes es una circunstancia
que no debe pasar sin vigilancia.

ESCENA II

Entran HAMLET y dos o tres de los comediantes.

HAMLET Recita el parlamento, te lo ruego, como te lo pronuncié yo

con agilidad de la lengua; pero si lo vociferas, me parecería como
si hubiese pronunciado las líneas el pregonero. Tampoco cortes
demasiado el aire con las manos así, sino hazlo todo con suavidad;
pues en el mismísimo torrente, tempestad y (podría yo decir)
torbellino de la pasión, debes conseguir y tener una templanza
que les dé suavidad. Ay, me duele hasta el alma oír a un
robusto individuo con peluca hacer pedazos una pasión, dejarla
en verdaderos jirones para romperle los oídos al vulgo del corral
que (en su mayor parte) no atiende a nada salvo a las pantomimas
inexplicables y al ruido. Podría mandar azotar a ese individuo
por superar a Tergamante: es más Herodes que Herodes.

10

Te ruego que evites eso.

COMEDIANTE Se lo garantizo a vuestra señoría.

HAMLET No seas tampoco demasiado manso; sino que tu propia discreción

sea tu tutor. Adapta la acción a la palabra, la palabra a la
acción, con esta observación especial: que no atropelle la moderación
de la Naturaleza: pues todo lo que así se exagera se aleja del
propósito de la actuación, cuyo fin, lo mismo al principio que
ahora, fue y es presentarle como quien dice un espejo a la Naturaleza;
mostrar a la Virtud sus propios rasgos, al Desdén su propia
imagen, y a la edad y al cuerpo mismo del tiempo su forma
y su sello. Ahora bien, si esto se exagera, o se hace con torpeza,
aunque haga reír al ignorante, no puede sino disgustar al juicioso;

20

cuya censura debe en tu apreciación pesar más que todo un teatro de los otros. Oh, hay actores que he visto actuar, y otros a quienes he oído alabar y de manera altisonante, que (para no decirlo a lo profano), no teniendo ni acento de cristianos, ni porte de cristianos, paganos o humanos, se pavoneaban y berreaban de tal manera que me hacían pensar que los había hecho algún jornalero de la Naturaleza, y no los había hecho bien, de tan abominablemente que imitaban la humanidad.

30

PRIMER COMEDIANTE Espero que en nuestro caso hemos corregido eso un poco.

HAMLET Oh, corregidlo del todo. Y que los que hacen el papel de vuestros payasos no hablen más que lo que les está asignado. Porque los hay que se reirán ellos mismos para hacer que cierto número de zafios se rían también, aunque durante ese tiempo tenga que considerarse algún asunto necesario de la obra; eso es infame y manifiesta una muy lamentable ambición en el payaso que lo acostumbra. Id a prepararos.

40

Salen los comediantes.

Entran POLONIO, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

¿Qué hay de nuevo, señor? ¿Asistirá el rey a esta obra de teatro?

POLONIO Y la reina también, y de inmediato.

HAMLET Pedid a los actores que se den prisa.

Sale POLONIO.

¿Queréis ayudar a apresurarlos?

50

AMBOS Sí, mi señor.

Salen.

Entra HORACIO.

HAMLET ¿Qué tal, Horacio?

HORACIO Aquí, dulce señor,
a vuestras órdenes.

HAMLET Horacio,

eres un hombre tan cabal
como pudo jamás hallar mi trato.

HORACIO Oh, querido señor.

HAMLET No, no imagines

que te adulo; pues ¿qué ventajas podría yo esperar de ti,
que no tienes más rentas que tu buen talante
para hallar tu alimento y tu vestido?

¿A qué adular al pobre?

No; que la lengua almibarada
lama la pompa absurda, y que los goznes
de las rodillas serviciales
se doblen donde un don
pueda seguir a las genuflexiones.

60

Escucha bien: desde que mi alma amada
pudo ser dueña de mis preferencias
y distinguir entre los hombres,
su elección te marcó para sí misma.

Pues tú has sido, sufriendo todo
como quien nada sufre, un hombre
que toma los reveses de fortuna
y sus favores con la misma gratitud.

Y benditos aquellos cuya sangre
y cuyo juicio tan bien se entrelazan,
que no son flauta para que los dedos
de la fortuna toquen el registro
que se le antoje. Dadme un hombre tal

que no sea esclavo de pasión alguna,
y yo lo llevaré
en lo profundo de mi corazón,

70

sí, en el corazón del corazón,
como te llevo a ti. Pero ya basta de eso.
Hay una obra de teatro esta noche ante el rey.
Una de sus escenas se acerca a aquella circunstancia
de que te he hablado de la muerte de mi padre.
Te suplico que, al ver acercarse el momento,
con el criterio todo de tu alma
observes a mi tío: si su culpa escondida
no asoma las orejas frente a ese discurso,
fue un fantasma maldito lo que vimos,
y tan turbias están mis imaginaciones
como la fragua de Vulcano.
Ponle mucha atención,
que yo tendré los ojos bien clavados
en su rostro; y después
reüniremos nuestros juicios
para dictaminar sobre su disimulo.

80

HORACIO Está bien, señor mío.

Y si logra hurtar algo,
mientras se está representando el drama,
que escape a la atención, yo pago el robo.

Entran trompetas y timbales.

HAMLET Vienen ya a ver la obra.

Yo tengo que mostrarme disponible,
tú búscate un lugar.

*Entran el REY, la REINA, POLONIO, OFELIA, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN y otros
caballeros del séquito, con su guardia llevando antorchas. Marcha danesa. Suena una fanfarria.*

REY ¿Cómo va nuestro primo Hamlet?

90

HAMLET Magníficamente, a fe mía, con la dieta del camaleón: como
aire, embutido de promesas; no puede cebarse mejor un capón.

REY Yo no tengo qué hacer con esa respuesta, Hamlet. Esas palabras

no son cosa mía.

HAMLET No, ni mía. Bien, señor, alguna vez actuasteis en la universidad, según decís.

POLONIO Así es, milord, y se me consideraba buen actor.

HAMLET ¿Qué papel hacíais?

POLONIO Hice el papel de Julio César, y fui asesinado en el Capitolio.

Bruto me mató.

100

HAMLET Fue una brutalidad de su parte, matar allí un ternero tan principal. ¿Están listos los actores?

ROSENCRANTZ Sí, milord, esperan vuestra orden.

REINA Ven aquí, mi buen Hamlet, siéntate a mi lado.

HAMLET No, mi buena madre, aquí hay un metal más atractivo.

POLONIO Ah-ha, ¿notasteis eso?

HAMLET Señora, ¿puedo echarme en vuestro regazo?

OFELIA No, señor.

HAMLET Quiero decir: mi cabeza en vuestro regazo.

OFELIA Sí, mi señor.

110

HAMLET ¿Pensáis que me refería a cosas bajas?

OFELIA No pienso nada, señor.

HAMLET Vaya lindo pensamiento, echarse entre las piernas de una doncella.

OFELIA ¿Qué queréis decir, señor?

HAMLET Nada.

OFELIA ¿Estáis alegre, señor?

HAMLET ¿Quién? ¿Yo?

OFELIA Sí, mi señor.

HAMLET Ay, Dios, soy vuestro único hacedor de chascarrillos. ¿Qué puede hacer uno sino estar alegre? Pues fijaos qué contenta parece mi madre, y mi padre murió hace dos horas.

120

OFELIA No, hace dos veces dos meses, señor.

HAMLET ¿Tanto tiempo? Ah, entonces que se vista de negro el diablo, que yo llevaré un traje de martas. ¡Oh, cielos! ¿Muerto hace dos meses, y no olvidado aún? Entonces hay esperanza, la memoria de un gran hombre puede sobrevivir a su muerte medio año; pero, por la virgen, entonces tiene que construir iglesias: si no, no hará que piensen en él, como el caballito de madera cuyo epitafio dice: «Porque, oh, Dios, porque, oh, Dios, el caballito se olvidó».

Música de oboes. Entra la pantomima.

Entran el REY y la REINA, muy amorosos; la REINA abrazándolo a él, y él a ella. Ella se arrodilla y hace gestos de solemne promesa hacia él. Él la hace levantar y reclina su cabeza contra el cuello de ella, que le hace recostarse sobre un lecho de flores. Viéndolo dormido, se aleja de él. Enseguida llega un individuo, le quita la corona, la besa, y vierte veneno en el oído del REY, y se va. Regresa la REINA, encuentra muerto al REY y actúa apasionadamente. El envenenador, con dos o tres mudos, vuelve a entrar y parece lamentarse con ella. Se llevan el cadáver. El envenenador corteja a la REINA con regalos, ella parece despectiva y desinteresada durante un rato, pero al final acepta el amor de él.

Salen.

OFELIA ¿Qué significa eso, señor?

130

HAMLET Hombre, es una fechoría solapada, lo cual significa maldad.

OFELIA Tal vez esta escena contiene el argumento de la obra.

HAMLET Lo sabremos por estos amigos. Los cómicos no saben guardar secretos: todo lo cuentan.

OFELIA ¿Nos dirá este lo que significa este espectáculo?

HAMLET Sí, o cualquier espectáculo que le mostréis. No os avergoncéis de mostrar, y él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA Sois malo, sois malo; voy a mirar la obra.

140

Entra el PRÓLOGO.

PRÓLOGO Con gran respeto a esta noble asistencia nuestro drama y nosotros le pedimos clemencia para que nos escuchen con paciencia.

HAMLET ¿Es esto un prólogo, o la inscripción de una sortija?

OFELIA Es breve, milord.

HAMLET Como el amor de la mujer.

Entran dos actores: el REY y la REINA.

ACTOR REY Son treinta veces ya las que de nuevo

el carruaje de Febo
ha circundado la salobre onda
de Neptuno, y la circunferencia
de Telus ha seguido a la redonda,
y ya treinta docenas
de veces, con prestado
fulgor, doce treintenas
de lunas sobre el mundo han transitado,
desde que mutuamente Amor uniera
nuestros dos corazones,
y nuestras manos Himeneo hiciera,
prodigando sus dones,
con santo lazo unirse ambas a una.

150

ACTOR REINA Pues el sol y la luna

permitan que contemos todavía
otras tantas jornadas
antes que llegue el día
que se acabe el amor. Mas malhadadas
mis horas, pues os veo últimamente
enfermo, y alejado
de los placeres, y tan diferente
del que solíais ser, que vuestro estado
me tiene preocupada; mas si yo
me preocupo, señor, no estéis vos, no,
en ninguna medida incomodado,
porque miedo y amor en la mujer
siempre tienen que ser

160

o nimios, o de un monto exagerado.
Mas de cuánto es mi amor, habéis tenido
prueba de sobra, y por ese amor mido
cuán grande es mi temor, pues acontece
que si el amor es grande, da temor
la más pequeña duda, y el amor
cuando el temor es grande, también crece.

ACTOR REY Es cierto, amor, que tengo que dejarte,
y bien pronto además,
mientras que por tu parte
tú sobrevivirás
en esta tierra hermosa,
y habrás de ser en ella celebrada
y querida y dichosa,
y un buen marido habrás...

ACTOR REINA Ay, el demonio
se lleve lo que sigue de esa frase.
Sería menester que traicionase
para hacer tal, y si otro matrimonio
pudiera yo tener, maldita sea:
la que un segundo esposo haya tomado,
será que antes al otro habrá matado.

HAMLET Acíbar, acíbar.

ACTOR REINA Todos los galardones que desea
una segunda boda en su impudor
son solo de codicia, no de amor.
A mi marido muerto nuevamente,
cada vez que el segundo, complaciente,
me da en la cama un beso,
vuelvo a matar con eso.

ACTOR REY Que crees lo que dices, no lo dudo,

mas sé que quebrantamos a menudo

las más firmes de nuestras decisiones.

Un propósito nuestro, al fin y al cabo,

es de nuestra memoria un simple esclavo,

fuerte al nacer, mas cuyas pretensiones

pronto decaen, y su virtud se pierde

igual que un fruto verde

que por un tiempo, duro,

a la rama se aferra, mas maduro,

sin que haga falta sacudirlo, cae.

Necesario es que demos al olvido

lo que a nosotros mismos

de nuestra parte nos quedó debido;

esos fines que en nuestros paroxismos

nos propusimos, terminados estos,

dejaremos pospuestos.

Lo mismo la violencia del pesar

que la de la alegría,

los destruye a uno y otra, y a la par,

lo que el uno o la otra pretendía,

que donde la alegría más se alegra,

más lamenta el pesar su suerte negra,

y la pena festeja

y la dicha se queja

so pretexto del más leve accidente.

No es eterno este mundo, y no es sorpresa

que nuestro mismo amor se nos presente

de la fortuna presa,

pues nadie ha averiguado todavía

180

190

si es la fortuna la que al amor guía,
o es el amor quien guía a la fortuna,
porque hasta al noble de más alta cuna,
si está en desgracia, el cortesano le huye,
y cuando el pobre avanza,
su enemigo anterior se constituye
en su mejor amigo sin tardanza;
el amor a tal grado
persigue a la fortuna,
que al hombre que no está necesitado
no le falta un amigo,
mas cuando le va mal, sin duda alguna,
si a un amigo fingido pone a prueba,
hace de él sin remedio un enemigo.
Mas comoquiera que el buen orden deba
llevar siempre al final nuestro discurso
al mismo punto que inició su curso,
nuestro albedrío y nuestro sino, tan
a contrapelo uno del otro van,
que si vamos a usar un expediente,
se nos derrumbará infaliblemente,
pues si son nuestros nuestros pensamientos,
sus fines no lo son.
Así que, en conclusión,
piensa hoy que jamás
un segundo marido tomarás:
tendrá tu pensamiento otro color
una vez que haya muerto tu señor.

200

ACTOR REINA Que ni la tierra me dé ya alimento,
ni luz el firmamento;

que día y noche todo esparcimiento,
todo reposo me sean vedados;
que hundida en un estrecho calabozo,
no aspire yo a más gozo
que el que pueda tener un ermitaño;
que los inconvenientes malhadados
que oscurecen el rostro de la dicha
impidan y destruyan por mi daño
todo lo que yo quiera,
y que sea el destino que me espera,
lo mismo aquí que allá, mi vida entera,
la adversidad celosa,
si siendo viuda, vuelvo a ser esposa.

210

HAMLET Si lo rompiera ahora.

ACTOR REY Es sin duda un profundo juramento.

Ahora, mi amor, déjame aquí un momento;
estoy amodorrado, y bien querría
disimular el tedio de este día
durmiendo un poco.

Duerme.

ACTOR REINA Duérmete en calma,

y el sueño meza tu alma,
y que jamás la desgracia destruya
el lazo que ata mi alma con la tuya.

Sale.

HAMLET Señora, ¿qué os parece esta obra?

REINA La señora protesta demasiado, me parece.

HAMLET Ah, pero mantendrá su palabra.

220

REY ¿Habéis oído el argumento? ¿No hay ninguna ofensa en él?

HAMLET No, no, no hacen más que bromear, envenenan en broma,

ninguna ofensa en absoluto.

REY ¿Cómo llamáis a la obra?

HAMLET *La ratonera*, ¿que cómo? En sentido figurado: esta obra es imagen de un asesinato cometido en Viena. Gonzago es el nombre del duque, su esposa Baptista. Enseguida veréis, es una acción repugnante, pero ¿qué importa? A vuestra majestad, y a los que tenemos el alma en paz, no nos toca; que se encoja el jamelgo escocido, nuestros pescuezos están limpios.

230

Entra LUCIANO.

Este es un tal Luciano, sobrino del rey.

OFELIA Sois un buen coro, milord.

HAMLET Podría hacer de intérprete entre vos y vuestro amor si pudiera ver a las marionetas retozando.

OFELIA Sois agudo, milord, sois agudo.

HAMLET Os costaría un gemido quitarme el filo.

OFELIA Vais de mal en peor.

HAMLET Así debéis juzgar a los maridos. Empieza, asesino. Maldita sea, deja tus condenadas muecas y empieza. Vamos, el cuervo graznador está clamando venganza.

240

LUCIANO Negros los pensamientos, la mano emprendedora,
adecuadas las drogas, conveniente la hora,
favorable además la circunstancia,
a salvo de cualquiera vigilancia;
oh, virulenta mezcla de hierbas homicidas,
a medianoche recogidas,
que por Hécate han sido maldecidas,
tres veces machacadas,
tres veces infectadas,
tu magia natural y espantosa virtud
la vida ahora usurpen en su mayor salud.

HAMLET Lo envenena en su jardín para arrebatarse sus estados. Su nombre es Gonzago: la historia pervive aún y está escrita en un italiano elegante. Enseguida verás cómo el asesino gana el amor de la esposa de Gonzago.

250

OFELIA El rey se levanta.

HAMLET ¿Qué? ¿Asustado de un falso fuego?

REINA ¿Cómo está mi señor?

POLONIO Que se suspenda la función.

REY Dadme luz. Vámonos.

TODOS Luz, luz, luz.

Salen todos menos HORACIO y HAMLET.

HAMLET Pues bien, que el ciervo herido se dedique a gemir

y a retozar la corza ilesa,

260

que unos deben velar y otros deben dormir,

y es así como el mundo progresa.

¿No bastaría esto, señor mío, y un bosque de plumas, si el resto de mis fortunas me hiciera una judiada, con dos rosas de Provenza en mis zapatos calados, para asegurarme una participación en una jauría de cómicos?

HORACIO Media ración.

HAMLET Para mí una entera,

pues sabes bien, Damón querido,

que hemos llegado a que este reino pierda

270

al mismísimo Jove, y le ha seguido

en este trono una auténtica... urraca.

HORACIO Podríais haber rimado.

HAMLET Ah, mi buen Horacio, considero que la palabra del espectro

vale mil libras. ¿Te diste cuenta?

HORACIO Perfectamente, milord.

HAMLET ¿Cuando se habló del envenenamiento?

HORACIO Lo noté muy bien en él.

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

HAMLET ¿Ah? ¿Eh? Venga una música. Vengan las flautas,

que si al rey no le gusta nuestra obra,

280

es que tal es su gusto, y basta y sobra.

Venga un poco de música.

GUILDENSTERN Mi buen señor, permitidme una palabra.

HAMLET Señor, toda una historia.

GUILDENSTERN El rey, señor...

HAMLET Sí, señor, ¿qué hay con él?

GUILDENSTERN Está en sus aposentos, enormemente alterado.

HAMLET ¿Por el vino, señor?

GUILDENSTERN No, milord, más bien por la cólera.

290

HAMLET Vuestra prudencia debería mostrarse lo bastante segura

para que le contéis eso a su doctor, porque si le doy yo la purga

tal vez le hundiría más en la cólera.

GUILDENSTERN Mi buen señor, poned algún orden en vuestro discurso,

y no os salgáis de mi asunto de esa manera tan desbocada.

HAMLET Estoy domesticado, señor. Hablad.

GUILDENSTERN La reina vuestra madre, en la mayor aflicción de

espíritu, me ha enviado ante vos.

HAMLET Sois bienvenido.

300

GUILDENSTERN No, milord, esa cortesía no es de buena cepa. Si os

ha de complacer darme una respuesta cuerda, cumpliré el encargo

de vuestra madre; si no, pido vuestro perdón y mi regreso

será el final de mi negocio.

HAMLET Señor, no puedo.

GUILDENSTERN ¿Qué, milord?

HAMLET Daros una respuesta cuerda, mi juicio está desquiciado.

Pero, señor, la respuesta que pueda yo dar, está a vuestras órdenes.

O más bien, como decís, a las de mi madre. Por consiguiente,
atengámonos únicamente a la cuestión: Mi madre, decís...

310

ROSENCRANTZ Entonces, ella dice así: vuestro comportamiento la
ha dejado asombrada y admirada.

HAMLET Oh, hijo maravilloso, que puede asombrar así a una madre.

Pero ¿no hay alguna secuela pisándole los talones a la admiración
de esa madre?

ROSENCRANTZ Desea hablar con vos en su alcoba, antes de que os
acostéis.

HAMLET Obedeceremos, aunque fuera diez veces nuestra madre.

320

¿Tenéis algo más que tratar con nos?

ROSENCRANTZ Milord, en otro tiempo me teníais afecto.

HAMLET Y todavía os lo tengo, lo juro por estas manos pecadoras.

ROSENCRANTZ Mi buen señor, ¿qué motivo tenéis para vuestra destemplanza?

Es claro que cerráis la puerta a vuestra propia libertad
si negáis vuestras penas a vuestros amigos.

HAMLET Señor, me falta adelanto.

ROSENCRANTZ ¿Cómo puede ser eso, cuando tenéis la palabra del
rey mismo para su sucesión en el trono de Dinamarca?

HAMLET Sí, pero del plato a la boca... el refrán enmohece.

330

Entra uno con una flauta.

Ah, la flauta. Veamos, aquí entre nos, ¿por qué andáis olisqueándome,
como si quisierais llevarme a una trampa?

GUILDENSTERN Oh, milord, si mi deber resulta demasiado atrevido,
es que mi afecto no guarda mucho las formas.

HAMLET No entiendo bien eso. ¿Queréis tocar esta flauta?

GUILDENSTERN Milord, no puedo.

340

HAMLET Os lo ruego.

GUILDENSTERN Creedme, no puedo.

HAMLET Os lo imploro.

GUILDENSTERN No sé ni cómo tomarla, milord.

HAMLET Es tan fácil como mentir. Gobernad estos orificios con el dedo y el pulgar, dad un soplido con la boca, y producirá la música más elocuente. Mirad, estos son los registros.

GUILDENSTERN Pero no los puedo dominar para producir ninguna armonía, no tengo la destreza.

350

HAMLET Pues mirad entonces la indignidad que hacéis conmigo: queréis sacarme música como si conocieseis mis registros; queréis arrancar el corazón de mi misterio; queréis sondearme desde mi nota más baja hasta el tope de mi escala. Hay mucha música, una voz excelente, en este pequeño órgano, pero no podéis hacerle hablar. ¿Por qué pensáis que es más fácil hacerme sonar a mí que a una flauta? Llamadme con el nombre del instrumento que queráis: aunque podéis estirarme las cuerdas, no podéis tocar conmigo.

360

Dios os bendiga, señor.

Entra POLONIO.

POLONIO Milord, la reina quiere hablar con vos, y de inmediato.

HAMLET ¿Veis esa nube? Tiene casi la forma de un camello.

POLONIO Por los clavos de Cristo, de veras que es como un camello.

HAMLET Creo que es como una comadreja.

POLONIO Tiene la espalda como una comadreja.

HAMLET ¿O como una ballena?

POLONIO Muy parecida a una ballena.

370

HAMLET Entonces iré a ver a mi madre más tarde. Se burlan de mí a más no poder. Iré más tarde.

POLONIO Se lo diré.

Sale.

HAMLET Más tarde se dice pronto. Dejadme, amigos.

Salen todos menos HAMLET.

Este momento de la noche
es más que ningún otro el de las brujas,
cuando los camposantos dan bostezos
y el propio infierno echa su vaho contagioso hacia el mundo.
En este instante yo podría
beber sangre caliente, y hacer cosas
tan amargas, que el día temblaría de verlas.
Pero ahora ya basta, voy a ver a mi madre:
corazón mío, no flaquees;
no dejes que entre nunca el alma de Nerón
en este pecho firme; pueda yo ser crüel,
mas no antinatural. Que mis palabras
sean cual dagas para ella,
pero yo no usaré ninguna.
Que mi lengua y mi alma sean en esto hipócritas.
Por más que mis palabras lluevan oprobio en ella,
mi alma no aceptará el acto que las sella.

Sale.

ESCENA III

Entran el REY, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

REY No me gusta ese hombre,
ni es conveniente para nos
dejar a su demencia campar por sus respetos.
Así que preparaos, que voy a despachar
vuestra misión rápidamente,
y él partirá a Inglaterra con vosotros.
Las condiciones de mi estado no permiten
correr peligros tan imprevisibles
como los que provocan sin cesar sus locuras.

GUILDENSTERN Estaremos dispuestos.

Es un temor por demás santo y religioso

el que se inquieta de poner a salvo
tantos y tantos seres que viven y que se alimentan
gracias a vuestra majestad.

10

ROSENCRANTZ Una vida privada y personal

está obligada, con la fuerza toda
y con todas las armas del espíritu,
a defenderse de lo que la daña;
y mucho más aquel espíritu
de cuyo bienestar dependen,
y en él se apoyan, tantas vidas;
porque la muerte de la majestad
no muere sola: como el remolino,
chupa consigo lo que hay cerca de ella.

Es una vasta rueda
puesta en la cúspide del monte más subido,
en cuyos grandes rayos diez mil cosas menores
van clavadas y adjuntas, y cuando ella cae,
cada pequeño anexo y nimia consecuencia
contribuye al estruendo de su ruina.

20

No va solo el suspiro que exhala un soberano,
un general quejido trae siempre de la mano.

REY Pertrechaos, os ruego, para el viaje inminente,
pues hemos de aherrojar estos temores
que ahora corren con pie por demás suelto.

AMBOS Nos apresuraremos.

Salen.

Entra POLONIO.

POLONIO Milord, va hacia los aposentos de su madre.

Me esconderé tras los tapices
para oír lo que digan.

Estoy seguro de que va a reñirle a fondo,

y como vos dijisteis, y estuvo muy bien dicho,
 es conveniente que junto a una madre,
 pues por naturaleza tienden a ser parciales,
 alguien oiga también esa conversación.

Id con Dios, majestad,
 os buscaré antes que os acostéis
 y os contaré lo que haya averiguado.

REY Gracias, querido señor mío.

Sale POLONIO.

Ay, mi delito es maloliente.
 hiede hasta el cielo, y sobre él cae
 la maldición primera y más antigua,
 la muerte de un hermano.

Rezar me es imposible, aunque la inclinación
 fuera tan fuerte como el albedrío,
 es más fuerte mi culpa, y vence a mi intención,
 y como un hombre atado a un propósito doble,
 estoy paralizado, no sabiendo
 por dónde debo comenzar,
 y así a la una y a la otra desatiendo.

40

¿Qué importa que esta mano maldecida
 esté engrosada con la sangre de un hermano?
 ¿No hay lluvia suficiente en los amables cielos
 para dejarla blanca como nieve?
 ¿Para qué sirve la misericordia,
 sino para enfrentarse con el rostro del crimen?
 ¿Y qué contiene la oración si no es la doble fuerza
 para advertirnos antes de que sucumbamos
 o perdonarnos cuando hemos caído?

50

Alzaré pues los ojos: mi culpa es ya pasada;
 mas, ¡ay!, ¿qué clase de oración

podrá servir para mi caso? ¿Perdonadme
mi repulsivo crimen? No puede ser,
puesto que sigo en posesión de esos efectos
por los que cometí el asesinato:
mi corona, mis propias ambiciones, mi reina.
¿Puede ser perdonado uno, y a la vez
retener el delito? En los cursos
corruptos de este mundo,
puede, cubierta de oro, la mano del delito
hacer a un lado a la justicia,
y vemos a menudo que el precio infecto mismo
compra a la ley; mas no es así en lo alto,
allí no se hace trampa; allí la acción se muestra
en su naturaleza verdadera,
y allí nosotros mismos nos vemos obligados
a rendir nuestras pruebas de nuestros delitos
a rostro descubierto. ¿Entonces qué? ¿Qué queda?
Intentar todo el arrepentimiento
que me sea posible. ¿Qué no logrará eso?
Pero ¿qué logrará si uno no puede
arrepentirse? ¡Oh, estado miserable!
¡Oh, pecho mío, negro cual la muerte!
Oh, alma atrapada que al querer luchar
por su liberación, queda más presa.
Oh, ángeles auxiliadores, intentadlo;
doblaos pues, tercas rodillas,
y tú, corazón mío con tus cuerdas de acero,
hazte tan blando como los tendones
de algún recién nacido; todo puede arreglarse.

60

Entra HAMLET.

70

HAMLET Ahora lo podría hacer perfectamente,

ahora que está rezando; lo haré ahora,
y así me habré vengado. Habría que pensarlo:
un villano mató a mi padre, y por ese motivo
yo, su único hijo, mando a dicho villano
al paraíso.

Esto es premio y salario, no venganza.
él despachó a mi padre en un momento turbio,
ahíto de su pan, y con todos sus crímenes
en plena floración, lozanos como mayo;
cuál será el saldo de su cuenta,
nadie puede saberlo, salvo el cielo,
pero en medio de nuestra circunstancia
y del curso de nuestro pensamiento,
pesada debe ser su carga.

¿Y quedaré vengado entonces
dando cuenta de él en el momento
que está purificando su alma,
que está listo y maduro para dar ese paso?
No.

Detente, espada, y piensa un golpe más horrendo,
cuando duerma borracho, o en medio de su ira,
o en el placer incestuoso de su lecho,
cuando juegue, o blasfeme, o se entregue a algún acto
donde no haya el menor regusto a salvación;
échale entonces una zancadilla,
y que dé taconazos contra el cielo,
y que su alma esté tan condenada y negra
como el infierno adonde va derecho.

Mi madre está esperando.

Con esta medicina lo único que has logrado

es prolongar un poco tu vivir ya infectado.

Sale.

REY Si mis palabras vuelan,

mi pensamiento en cambio permanece en el suelo;
palabras sin ideas nunca alcanzan el cielo.

ESCENA IV

Entran la REINA y POLONIO.

POLONIO Enseguida vendrá. Cuidad de regañarle en serio.

Decidle que ha llegado con sus chifladuras
a un punto que no puede tolerarse,
que vuestra Gracia ha sido mediadora
entre él y un violento ardor.
yo me estaré callado aquí:
os pido que seáis clara con él.

HAMLET Madre, madre, madre.

REINA Os lo aseguro, confiad en mí.
retiraos, le oigo acercarse.

Entra HAMLET.

HAMLET Bueno, madre, ¿de qué se trata?

REINA Hamlet, has ofendido grandemente a tu padre.

HAMLET Madre, habéis ofendido grandemente a mi padre.

REINA Vamos, vamos, contestáis con una lengua absurda.

HAMLET Bien, bien, interrogáis con una lengua absurda.

REINA ¿Qué pretendes ahora, Hamlet?

HAMLET ¿De qué se trata ahora?

REINA ¿Olvidáis quién soy?

HAMLET No, ni un momento, por la Santa Cruz:

sois la reina, la esposa
del hermano de vuestro esposo,
pero ojalá no fuera así. Y sois mi madre.

REINA No, os pondré enfrente quienes sepan hablaros.

HAMLET Vamos, vamos, sentaos, y no os mováis.

No partiréis antes de que os enfrente
a un espejo en el cual podáis mirar
vuestra parte más íntima.

20

REINA ¿Qué vas a hacer? ¿No irás a asesinarme?

Socorro, ah, socorro.

POLONIO ¿Qué? Socorro, socorro, ah, socorro.

HAMLET ¿Qué pasa? ¿Es una rata?

Un ducado a que muere.

Mata a POLONIO.

POLONIO Ay, me han matado.

REINA Válgame, ¿qué has hecho?

HAMLET No lo sé. ¿Es el rey?

REINA ¡Ah, qué estropicio, y qué acto sangriento!

HAMLET Acto sangriento, casi igual de malo,
madre querida, que matar a un rey
y que casarse con su hermano.

REINA ¿Matar a un rey?

HAMLET Pues sí señora,

eso fue lo que dije. Tú, bobo entrometido,
mísero, atolondrado, adiós.

30

Te confundí con otro superior a ti:
acepta tu fortuna;
ya ves que ajetrearse demasiado
puede ser peligroso.

No sigáis retorciéndoos las manos,
estad quieta, sentaos,
dejad que yo os retuerza el corazón,
que es lo que haré si es que está hecho

de una sustancia penetrable,
si la costumbre condenada no lo ha hecho tan duro
que se haya convertido en un bastión a prueba
de todo sentimiento.

REINA ¿Qué he hecho yo
para que así te atrevas a agitar la lengua
con tan cruel sonido contra mí?

HAMLET Un acto tal, que mancha
toda gracia y rubor en la decencia, 40
moteja a la virtud de hipócrita,
despoja de su rosa
la linda frente de un amor ingenuo
y en su lugar deja una pústula,
hace tan falsos a los votos conyugales
como los juramentos de un jugador de dados.
Ay, una hazaña tal
como para arrancar al cuerpo del contrato
su mismísima alma, y para hacer
de la acariciadora religión
una rapsodia de palabras.
El rostro de los cielos se sonroja.
Sí, esta sólida y variada masa
está, con gesto triste, como si estuviera
ante el Día del Juicio,
enferma de pensar en ese acto.

REINA Ay de mí, pues ¿qué acto, 50
que clame tanto y que atruene en el índice?

HAMLET Mirad este retrato, y este otro,
fingida contrahechura
y representación de dos hermanos.

Mirad qué gracia habita en esta frente,
los rizos de Hiperión,
el semblante de Jove propiamente,
el ojo parecido a los de Marte
lo mismo en la amenaza que en el mando;
un porte como aquel del heraldo Mercurio
recién posado encima de una cumbre
que besa el firmamento.

Una combinación y una forma sin duda
en las que cada dios parece
haber puesto su sello
para mostrar al mundo el espejo de un hombre.
Tal fue vuestro marido. Mirad qué sigue ahora.
Vuestro marido es este, como espiga con moho
infectando su aliento saludable.

¿No tenéis ojos? ¿Es posible
que hayáis dejado de pacer
en este hermoso monte
y que trisquéis ahora en esta ciénaga?
¿Eh? ¿Tenéis ojos? No podéis llamarlo amor;
a vuestros años el tumulto de la sangre
está domesticado, se ha hecho humilde
y se somete al juicio; ¿y qué juicio
saltaría de aquí hasta aquí?

No cabe duda que tenéis sentido,
no podríais, si no, moveros,
pero se ve que ese sentido está paralizado,
pues no erraría la locura, ni el sentido
fue nunca tan esclavo del delirio
que no se reservase algún discernimiento

que se aplique a tan grande diferencia.

¿Cuál fue el demonio

que os engañó como a gallina ciega?

Los ojos sin el tacto,

el tacto sin la vista,

los oídos sin manos, o sin ojos,

sin olfato, sin nada,

o con solo la parte enferma

de un único sentido verdadero,

nunca se hubieran ofuscado tanto.

Vergüenza, di, ¿dónde está tu sonrojo?

Rebelde infierno, si es posible

que entres y te amotines en los huesos

de una matrona, sea la virtud,

para los jóvenes ardientes, como cera,

y que en su propio fuego se derrita.

No proclames vergüenza alguna

cuando el ardor irresistible

se abalance a la carga,

pues con la misma actividad

la propia escarcha arde, y la razón

prostituye a la voluntad.

REINA Ay, Hamlet, no hables más.

Me haces volver los ojos al fondo mismo de mi alma,

y veo allí unas manchas

tan negras en sus fibras íntimas,

que nunca perderán su tinte.

HAMLET No, sino por vivir

en el rancio sudor de una cama enlodada,

cociéndose en la corrupción

entre mil arrumacos y haciendo el amor
en la sucia pocilga.

REINA Ay, no me digas más,
esas palabras entran en mis oídos como dagas.
Basta ya, dulce Hamlet.

HAMLET Un asesino, un hombre vil,
un rufián que no es
la vigésima parte de la décima parte
del que antes fue vuestro señor.
Un remedo de rey,
un ratero ladrón del imperio y la ley,
que ha hurtado de un estante la preciosa diadema
y se la lleva en el bolsillo.

100

Entra el ESPECTRO.

REINA No más.

HAMLET Un rey de parches y remiendos.
Salvadme; oh, cerneos sobre mí
con vuestras alas, guardias celestiales.
¿Qué deseas, figura venerable?

REINA Dios me valga, está loco.

HAMLET ¿Verdad que venís a dar un regaño
a vuestro hijo moroso que se atarda,
tanto en el tiempo como en la pasión,
y que deja en suspenso
el importante acto de vuestra horrible orden?
Ah, dímelo.

110

ESPECTRO No olvides.

Esta visita es solo para afilar de nuevo
tu propósito ya casi embotado.
Pero mira: el asombro domina a tu madre;

oh, sirve tú de intermediario
entre ella y el combate de su alma.
En los cuerpos más débiles
dejan más huella las cavilaciones.
Háblale, Hamlet.

HAMLET ¿Cómo estáis, señora?

REINA Oh, por Dios, ¿cómo estáis vos?

Vos que volvéis los ojos al vacío
y al incorpóreo aire dirigís un discurso.
Por vuestros ojos locamente
se asoma vuestro espíritu
y como ante la alarma los soldados dormidos,
vuestro cabello liso
a modo de excrecencias de la vida
se levanta y se queda tieso.
Oh, amable hijo, esparce
sobre el calor y el fuego de tu desvarío
una fresca paciencia. ¿Qué es lo que estáis mirando?

120

HAMLET A él, a él: mirad qué pálida mirada
es la que me echa encima.
Su forma aunada con su causa
predicando a las piedras las ablandaría.
No me mires así, no vaya a ser
que con esa piadosa acción conviertas
mi ánimo decidido, porque entonces
lo que tengo que hacer quedaría falto
de los colores de lo verdadero:
acaso en vez de sangre lágrimas.

130

REINA ¿A quién le decís eso?

HAMLET ¿Es que allí no veis nada?

REINA No, nada en absoluto, y sin embargo

todo lo que hay lo veo.

HAMLET ¿Ni habéis oído nada?

REINA Solamente a nosotros.

HAMLET Ah, mirad hacia allá: ved cómo se escabulle.

Mi padre con sus ropas, tal como fue en su vida,
mirad cómo ahora mismo sale por el cancel.

Sale el ESPECTRO.

REINA Todo eso hechura solo de vuestros sesos.

Esta incorpórea creación del éxtasis
es muy astuta.

HAMLET ¿Éxtasis?

140

Mi pulso como el vuestro
sigue el compás con toda su templanza,
y su música igual cordura muestra.
Lo que he expresado no es locura:
ponedme a prueba y volveré a decir
con las mismas palabras eso mismo,
cosa que a la locura le haría dar respingos.

Madre, por el amor de Dios,
no untéis en vuestra alma ningún aceite halagador
que en vez de hablar de vuestra muerte
hable de mi locura.

Eso pondrá una piel o una película
sobre el sitio ulcerado,
mientras la vigorosa corrupción,
minándolo por dentro todo,
infecta sin ser vista. Confesaos al cielo,
arrepentíos de lo sucedido,
evitad lo que viene

150

y no abonéis la mala hierba para hacerla más fuerte.
Perdonadme por esta virtud mía,
pues en la grosería de estos zafios tiempos
la propia virtud tiene que implorar el perdón
y que inclinarse, sí, y hacer la corte
para que le permitan hacer bien.

REINA Oh, Hamlet, me has partido en dos el corazón.

HAMLET Oh, deshaceos de su peor parte

y vivid con la otra mitad tanto más pura.

Buenas noches, mas no vayáis
al lecho de mi tío. Fingid una virtud
si es que no la tenéis.

160

La costumbre, ese monstruo que se come
todos nuestros sentidos, demonio de los hábitos,
en esto es sin embargo un ángel,
que al uso de los actos justos y bondadosos
le da también un traje, si es que no una librea,
que puede revestir como es debido.

Aguantad esta noche, y eso hará más holgada
de algún modo la próxima abstinencia,
más fácil todavía la siguiente;
pues la costumbre puede cambiar casi el semblante
de la naturaleza, y o bien doma al demonio,
o lo echa afuera vigorosamente.

170

De nuevo buenas noches,
y cuando deseéis ser bendecida,
yo os pediré la bendición.

En cuanto a este señor que está ahí, me arrepiento,
pero los cielos lo han querido así,
a fin de castigarme a mí con esto,

y a este conmigo,
para que sea yo su azote y su ministro.
Lo arrumbaré y responderé debidamente
por esta muerte que le di.
Así que buenas noches otra vez.
Tengo que ser crüel, solo para ser bueno.
Ahora empieza lo malo, y falta lo peor.
Una palabra más, señora.

180

REINA ¿Qué debo hacer?

HAMLET Nada de aquello, por ningún motivo,
que os he pedido hacer.
Que el borracho del rey
os tiende una vez más a ir a su cama,
os pellizque jugando la mejilla,
os llame ratoncita, y con un par
de malolientes besos, o con unas palmadas
en vuestra espalda con sus dedos maldecidos,
os lleve a devanar todo este asunto;
que yo no estoy de veras loco,
sino hábilmente loco. Bueno fuera
que le contarais esto, pues ¿quién más que una reina,
bella, sobria, prudente,
le podría ocultar a un sapo,
a un murciélago, a un viejo gato
lo que tanto le importa? ¿Quién podría? No;
a pesar del sentido común y del secreto,
soltad el cesto que cuelga del techo,
y que vuelen los pájaros;
y como aquel famoso mono,
para probar las consecuencias del canasto,

190

arrastraos adentro y rompeos el cuello.

REINA Puedes estar seguro de que, si las palabras
están hechas de aliento, y el aliento de vida,
no tengo vida para dar aliento
a lo que tú me has dicho.

200

HAMLET Debo irme a Inglaterra, ¿lo sabíais?

REINA Ay, Dios, lo había olvidado.

Se ha decidido así.

HAMLET Hay cartas ya selladas,
y mis dos compañeros de colegio,
de los cuales me fío como de serpientes
de afilados colmillos, llevan orden
de allanarme el camino y llevarme al desastre.

Así se haga, que lo divertido

es ver al ingeniero

con el propio petardo reventado,

y muy mal ha de ser si yo no excavo

diez codos por debajo de sus minas,

y los hago volar hasta la luna.

Ah, nada es más dulce

que dos astucias que de frente chocan directamente.

Este hombre me hará empacar.

Arrastraré sus restos hasta el cuarto de al lado.

Madre, muy buenas noches.

Por cierto que este canciller

se ha vuelto bien discreto, tranquilo, grave al fin,

él que en vida fue un pobre fantoche parlanchín.

Vamos, señor, acabemos con vos.

Y buenas noches, madre.

210

Sale HAMLET arrastrando a POLONIO.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entra el REY.

REY Algo debe de haber detrás de esos suspiros.

Esos hondos ahogos tenéis que traducirlos;
es conveniente que los entendamos.

¿Dónde está vuestro hijo?

REINA Ay, mi dueño y señor, ¡lo que he visto esta noche!

REY ¿Qué, Gertrudis? ¿Qué pasa pues con Hamlet?

REINA Loco como la mar y el viento

cuando luchan a ver cuál es más poderoso.

En su desaforado paroxismo,
detrás de los tapices oyendo algo moverse,
saca su espada, grita «Un ratón, un ratón»,
y en esa loca imaginación, mata
al buen anciano oculto.

REY ¡Acción funesta!

Lo mismo nos habría sucedido a nos
de haber estado allí.

Su libertad nos amenaza a todos,
a vos misma, y a nos, y a cada uno.

Ah, ¿cómo habrá que responder
de este hecho sangriento?

Lo achacarán a nos, que nuestra providencia
debió tener a raya, restringido

y alejado del público a ese joven demente.
Pero era tanto nuestro amor, que no supimos
qué hubiera convenido más,
sino que fuimos como el que, aquejado
de alguna fea enfermedad, con tal
de evitar que se sepa, la deja que se cebe
en la médula misma de la vida.
¿Adónde ha ido ahora?

20

REINA A retirar el cuerpo que ha matado,
sobre el cual su locura misma,
como un fino metal mezclado a minerales
de baja escoria, se muestra pura.
Llora por lo que ha hecho.

REY Venid aquí, Gertrudis.
No bien el sol haya rozado el monte,
lo mandaremos lejos, y este acto vil,
con toda nuestra majestad y nuestro tacto, deberemos
a la vez sostenerlo y excusarlo.
Ey, Guildenstern.

30

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

Amigos ambos,
id a juntar alguna ayuda más:
Hamlet en su locura ha matado a Polonio,
y de la alcoba de su madre lo ha sacado arrastrando.
Id a buscarle, habladle con franqueza,
y traed a la capilla el cuerpo.
Os ruego que os deis prisa.

Salen ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

Venid, Gertrudis, reuniremos
a todos los amigos más prudentes
para comunicarles a la vez

lo que nos proponemos
y lo que en mala hora ha sido hecho,
cuyo rumor, por todo el diámetro terrestre,
con tanta rectitud como el cañón
transporta hacia su blanco su tiro envenenado,
ojalá yerre nuestra nombradía
y hiera al aire indemne.
Vámonos ya, que siento
llena mi alma de azoro y desaliento.

40

Salen.

ESCENA II

Entra HAMLET.

HAMLET Puesto a buen recaudo.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN (*Dentro.*)

Hamlet, señor Hamlet.

HAMLET ¿Qué ruido es ese? ¿Quién llama a Hamlet?

Ah, ahí vienen.

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

ROSENCRANTZ ¿Qué habéis hecho, milord, del cuerpo muerto?

HAMLET Mezclarlo con el polvo, con el que estaba emparentado.

ROSENCRANTZ Decidnos dónde está para que lo llevemos
desde allá a la capilla.

HAMLET No lo creáis.

ROSENCRANTZ ¿Crear qué?

HAMLET Que pueda seguir vuestro consejo y no el mío. Además, si
le hace preguntas una esponja, ¿qué respuesta puede dar el hijo
de un rey?

10

ROSENCRANTZ ¿Me tomáis por una esponja, milord?

HAMLET Sí, señor, que chupa la autoridad del rey, sus recompensas,
sus atribuciones. Pero esos subalternos dan al rey el mejor
servicio al final. Los guarda, como un mono, en el rincón de su

quijada: lo primero que mastica y lo último que traga; cuando necesita lo que habéis recogido, solo tiene que exprimiros, y vosotros, esponjas, quedáis otra vez secos.

20

ROSENCRANTZ No os entiendo, milord.

HAMLET Me alegro de ello: los discursos canallas duermen en los oídos necios.

ROSENCRANTZ Milord, tenéis que decirnos dónde está el cuerpo, y acompañarnos ante el rey.

HAMLET El cuerpo está con el rey, pero el rey no está con el cuerpo. El rey es una cosa...

GUILDENSTERN ¿Una cosa, milord?

HAMLET De nada. Llevadme con él. Escóndete, zorro, y todos tras él.

Salen.

ESCENA III

Entra el REY.

REY Le he mandado buscar, y que encuentren el cuerpo.

Qué peligroso es que este hombre ande suelto.

Con todo, no debemos aplicarle el rigor de la ley.

Lo ama la multitud chiflada, que se guía no por el juicio sino por los ojos.

Y cuando esto sucede, se sopesa el castigo del delincuente, y jamás el delito.

Para llevarlo todo a cabo con equilibrio y suavidad, esta súbita orden de enviarlo a otro sitio tiene que parecer que es una reflexión deliberada.

Cuando los males llegan a ser desesperados, el remedio que puede aliviar de ellos

10

o es a su vez desesperado, o bien no existe.

Entra ROSENCRANTZ.

¿Qué nuevas hay? ¿Qué ha sucedido ahora?

ROSENCRANTZ Dónde haya puesto el cuerpo,
no podemos, milord, lograr que nos lo diga.

REY ¿Pero dónde está él?

ROSENCRANTZ Aquí fuera, milord, guardado,
en espera de vuestras órdenes.

REY Presentadlo ante nos.

ROSENCRANTZ Eh, Guildenstern, trae a Su Alteza.

Entran HAMLET y GUILDENSTERN.

REY Veamos, Hamlet, ¿dónde está Polonio?

HAMLET En una cena.

REY ¿En una cena? ¿Dónde?

HAMLET No una donde come, sino donde lo comen a él; cierta reunión
de gusanos políticos está ahora mismo con él. El gusano es
vuestro único emperador de la dieta. Nosotros engordamos a
todas las demás criaturas para que nos engorden, y nos engordamos
a nosotros mismos para los gusanos. Vuestro gordo rey
y vuestro flaco pordiosero no son más que diversos manjares,
dos platos para una misma mesa; ese es el fin.

20

REY Ay Dios, ay Dios.

HAMLET Un hombre puede pescar con un gusano que se ha comido
a un rey, y comerse al pez que se ha zampado ese gusano.

REY ¿Qué queréis decir con eso?

HAMLET Nada, sino mostraros cómo un rey puede ir en desfile por
las tripas de un mendigo.

30

REY ¿Dónde está Polonio?

HAMLET En el cielo, mandad mirar allá. Si vuestro mensajero no lo
encuentra allí, buscadlo en el otro lugar vos mismo. Pero en

verdad, si no lo encontráis en el curso de este mes, podréis olerlo al subir la escalera hacia la galería.

REY Id a buscarlo allí.

HAMLET No se moverá hasta que lleguéis.

REY Hamlet, este suceso,

por tu seguridad particular,
de la que siempre estamos preocupados,
pues lamentamos cariñosamente
lo que tú has hecho, tiene que alejarte
con la mayor premura. Por lo tanto, prepárate,
el bajel está listo, el viento es favorable,
los que han de acompañarte esperan ya,
y todo está dispuesto para ir a Inglaterra.

40

HAMLET ¿A Inglaterra?

REY Sí, Hamlet.

HAMLET Está bien.

REY Lo está, en efecto, si miras mis propósitos.

HAMLET Veo un querubín que los mira. Pero adelante: a Inglaterra.

50

Adiós, querida madre.

REY Tu afectuoso padre, Hamlet.

HAMLET Mi madre; padre y madre son marido y mujer; marido y
mujer con una sola carne, y así, es mi madre. Adelante: a Inglaterra.

Sale.

REY Pisadle los talones, inducidlo a embarcarse
sin dilación, no os demoréis. Quiero que zarpe
esta noche sin falta.

En marcha, que está ya sellado y concluído
todo lo que a este asunto se refiere.

Os ruego que os deis prisa.

Y tú, Inglaterra, si en alguna estima

60

tienes mi amor, como puede indicártelo
mi gran poder, pues todavía
se muestra en carne viva y roja
la cicatriz que debes a la espada danesa,
y tu libre respeto nos rinde aún homenaje,
no acojas fríamente nuestro real mandato,
el cual implica finalmente,
mediante cartas que a ese efecto imploran,
la muerte sin tardar de Hamlet.
Hazlo, Inglaterra, que está devastándome
como fiebre en mi sangre, y tú debes curarme;
hasta que sepa yo que todo se ha cumplido,
y pase lo que pase, dichoso no habré sido.

70

Sale.

ESCENA IV

Entra FORTINBRÁS con su ejército al escenario.

FORTINBRÁS Id, capitán, y de mi parte
saludaréis al rey danés,
y le diréis que con licencia suya,
Fortinbrás pide el prometido paso franco
para su marcha por esta región.
Ya conocéis el sitio de la cita,
y si su majestad quiere algo de nos,
en su presencia manifestaremos
nuestro deber, y así debéis decírselo.

CAPITÁN Así lo haré, milord.

FORTINBRÁS Id adelante.

Salen FORTINBRÁS y los soldados.

Entran HAMLET, ROSENCRANTZ y otros.

HAMLET Mi buen señor, ¿qué fuerzas son estas?

CAPITÁN Son de Noruega, señor.

10

HAMLET ¿Qué se proponen, señor, por favor?

CAPITÁN Van contra alguna parte de Polonia.

HAMLET ¿Quién las manda, señor?

CAPITÁN El sobrino del anciano rey de Noruega, Fortinbrás.

HAMLET ¿Van contra el centro de Polonia,
o contra una frontera?

CAPITÁN Hablando con verdad, y no añadiendo nada,
vamos a conquistar un pedazo de tierra
sin más provecho que su nombre:
yo por cinco ducados,
por cinco, no lo arrendaría,
ni rendirá al noruego ni al polaco
una renta mayor si se vende en arriendo.

20

HAMLET Bueno, entonces, jamás
habrán de defenderlo los polacos.

CAPITÁN Sí, tiene ya su guarnición.

HAMLET Dos mil almas y veinte mil ducados
no deciden el pleito de esta bagatela.
Esta es la pústula de todo exceso
de riqueza y de paz, que revienta por dentro
pero no muestra fuera por qué el hombre se muere.
Os doy las gracias muy humildemente.

CAPITÁN Quedad con Dios, señor.

30

Sale.

ROSENCRANTZ ¿Tenéis a bien partir, milord?

HAMLET Estaré con vosotros enseguida,
id un poco adelante.

Salen todos menos HAMLET.

Cómo las ocasiones hablan todas
en contra mía y son un acicate

a la morosidad de mi venganza.

¿Qué es pues un hombre si su bien más importante
y el negocio más grande de su tiempo
es dormir y comer? No más que un animal.

Sin duda quien nos hizo con tanta discreción,
mirando al antes y al después,
no nos dotó de esa capacidad
ni nos dio esa razón de apariencia divina
para que la dejemos sin uso enmohecerse.

Ahora bien, ya sea por olvido bestial,

o por algún cobarde escrúpulo
de meditar con demasiada precisión
sobre el asunto, pensamiento

que, de partirlo en cuatro, mostraría

solo una parte de prudencia

por tres de cobardía, yo no sé

por qué sigo viviendo

para decir: la cosa está aún por hacerse,

puesto que tengo causa, y voluntad, y fuerza,

y medios para hacerlo.

Hallo para exhortarme ejemplos

del tamaño del mundo.

Testigo de ello es este ejército

tan masivo y costoso

mandado por un príncipe tan tierno y delicado,

cuyo espíritu, de ambición divina henchido,

saca la lengua al invisible azar,

y expone aquello que es mortal e incierto

a todo lo que la fortuna,

la muerte y el peligro osan,

solo por una cáscara de huevo.
Ciertamente ser grande
no es agitarse sin un buen motivo,
sino buscar querrela con grandeza
por un quítame allá esas pajas si está en juego el honor.
¿Qué suelo piso entonces yo
que tengo un padre asesinado,
una madre manchada,
y que me acicatean la razón y la sangre,
y todo eso lo dejo dormir,
mientras para vergüenza mía
presencio la inminente muerte de estos veinte mil hombres
que en aras de una fantasía y de un engaño de la gloria
van a la tumba como ir a la cama,
luchan por un pedazo de terreno
donde no pueden tantos hombres
dirimir su contienda,
que no es bastante sepultura y continente
para ocultar los muertos?
Oh, desde ahora, si no son sangrientos
no valgan nada ya mis pensamientos.

Sale.

ESCENA V

Entran la REINA y HORACIO.

REINA No quiero hablar con ella.

HORACIO Insiste. Está sin duda trastornada,
su estado es lastimoso.

REINA ¿Qué desea?

HORACIO Habla constantemente de su padre;
dice que se ha enterado de que en el mundo hay trampas,
y gime, y se golpea el corazón,

patalea ofendida por cualquier nimiedad,
dice cosas dudosas que solo muy a medias
tienen algún sentido; su discurso no es nada,
pero el informe uso que de él hace
induce a sus oyentes a mil suposiciones;
tratan de adivinar y parchan las palabras
para hacerlas conformes a sus propias ideas,
que tal como sus guiños, cabeceos
y muecas las presentan,
nos hacen ciertamente creer que hay pensamiento,
sin duda incierto, pero muy aciago.

10

REINA Sería bueno hablar con ella,

pues podría sembrar
alguna peligrosa conjetura
en mentes mal nacidas.

Dejadla entrar. A mi alma enferma
(tal es la verdadera naturaleza del pecado)
cualquier nimio suceso le parece
preludiar algún hecho desastroso.

Así la culpa suspicaz se ofusca,
temiendo que la arruinen, su propia ruina busca.

20

Entra OFELIA, extraviada.

OFELIA ¿En dónde está la hermosa majestad danesa?

REINA ¿Qué hay, Ofelia?

OFELIA (*Canta.*)

¿Quién me dirá sino tú
tu amor sincero?

Su sandalia y bastón y la concha
de su sombrero.

REINA Ay Dios, dulce doncella,

¿qué significa esa canción?

OFELIA ¿Qué decís? Nada, por favor notadlo.

Ya se ha ido, ya está muerto,
muerto ya, señora mía.

30

Verde hierba a su cabeza,
a su pie una piedra fría.

Entra el REY.

REINA Pero no, Ofelia...

OFELIA Por favor oíd.

Blanco era su sudario
como la nieve...

REINA Ay, ved esto, señor.

OFELIA Lleno de dulces flores

como se debe.

Mas pobre él:

no le lloró en su tumba

un amor fiel.

REY ¿Cómo estáis, bella niña?

40

OFELIA Bien, muchas gracias. Dicen que la lechuza era la hija de un
panadero. Señor, sabemos lo que somos pero no sabemos lo que
podríamos ser. Dios se sienta a vuestra mesa.

REY Lucubraciones sobre su padre.

OFELIA Os ruego, no hablemos de ello, pero si os preguntan qué significa,

decid esto:

Mañana es el día de San Valentín,
mañana es el día,

y yo virgencita frente a tu ventana

tu novia sería.

50

Despierta la rosa, reviste sus galas,
ha abierto su puerta;

entre la doncella, que nunca saldrá
por la puerta abierta.

REY Bella Ofelia.

OFELIA Seguro que sí, sin ningún juramento terminaré:

Por Cristo y la santa caridad,
ay, qué vergüenza le ha dado;
lo harán los mozos si pueden,
y por Dios que es gran pecado.
Antes de tumbarme me juraste
que tu esposa me habrías hecho;
por el sol que me alumbra lo hiciera,
y no entrarías en mi lecho.

60

REY ¿Cuánto tiempo ha estado así?

OFELIA Espero que me pondré bien. Tenemos que ser pacientes, pero
no tengo más remedio que llorar, de pensar que lo van a acostar
en la fría tierra; mi hermano debe saberlo, y por eso os agradezco
vuestros buenos consejos. Venga mi coche. Buenas noches,
señoras; buenas noches, dulces señoras; buenas noches, buenas
noches.

70

Sale.

REY Seguidla estrechamente, vigiladla de cerca,
os lo encarezco.

Sale HORACIO.

Ah, este es el veneno
de una pena profunda, todo esto lo origina
la muerte de su padre. Oh, Gertrudis, Gertrudis,
cuando llegan las penas, nunca vienen
como algún solitario explorador:
vienen en batallones.
Para empezar, la muerte de su padre,
tras eso, vuestro hijo que se va,

autor él mismo violentísimo
de su propia fundada ausencia;
la gente turbia, torpe y retorcida
en sus ideas, y rumores
en torno de la muerte de nuestro buen Polonio;
y nos hemos portado puerilmente
al enterrarlo así a la chita callando.

80

La pobre Ofelia desgarrada de sí misma
y de su sano juicio, sin el cual
no somos más que estampas o meramente bestias.
Y finalmente, y de tanta importancia
como todo esto junto, su hermano que ha llegado
en secreto de Francia, y se ceba en su asombro,
se mantiene en la niebla, y no le ha de faltar
algún chismoso que le infecte los oídos
con fétidos discursos
en torno de la muerte de su padre,
y a todo esto, la necesidad,
falta de asunto, no vacilará
de oído a oído
en colocarnos sobre la picota.
Ay, querida Gertrudis, esto,
a modo de metralla, en mil lugares
me da más de una muerte.

90

Ruido dentro.

Entra un MENSAJERO.

REINA Ay, Dios mío, ¿qué ruido es este?

REY ¿En dónde están mis suizos? Que custodien la puerta.

¿Qué sucede?

MENSAJERO Salvaos, milord.

El océano (rebasando sus orillas)
no devora las playas con más impetuosa prisa
que ese joven Laertes, con un ejército rebelde,
arrasa a vuestros capitanes;
la multitud lo llama su señor,
y como si ahora mismo
hubiera comenzado el mundo,
la Antigüedad estuviera olvidada
y no se conocieran las costumbres,
confirmaciones y soportes
de todas las palabras, gritan:
¡Escojamos nosotros! ¡Laertes será rey!
Gorros, manos y lenguas
lo aplauden levantándolo a las nubes:
Laertes será rey, Laertes será rey.

100

REINA Con qué entusiasmo gritan
tras una pista falsa.
Corréis a contrapelo, falsos perros daneses.

Ruido dentro.

REY Han roto ya las puertas.

Entra LAERTES con otros.

LAERTES ¿En dónde está ese rey, señores?

110

Vosotros quedad fuera.

TODOS No; entremos.

LAERTES Os ruego permitirme...

TODOS Está bien, está bien.

Salen.

LAERTES Os doy las gracias. Vigila la puerta.

Oh, rey villano, entrégame a mi padre.

REINA Cálmate, buen Laertes.

LAERTES Cada gota de sangre que esté en calma

proclama que yo soy un vil bastardo,
a mi padre le grita que es cornudo,
pone la marca de ramera aquí,
sobre la casta frente inmaculada
de mi bendita madre.

REY ¿Por qué razón, Laertes,

tu rebelión se ve tan gigantesca?

120

Dejadle en paz, Gertrudis,
no tengáis miedo de nuestra persona,
que la divinidad que guarda a un rey es tal,
que la traición solo podrá asomarse
a lo que busca, y muy poco podrá
hacer su voluntad. Dime, Laertes,
¿por qué estás tan furioso? Dejadle en paz, Gertrudis.
Habla pues, hombre.

LAERTES ¿Dónde está mi padre?

REY Muerto.

REINA Pero no ha sido él.

REY Dejadle que pregunte a su manera.

LAERTES ¿Cómo es que está muerto?

No vayan a engañarme.

Que se vaya al infierno la lealtad;
mando al más negro demonio mis votos,
la conciencia y la gracia al pozo más profundo.

130

Me atrevo a la condenación.

He llegado a tal punto, que ambos mundos desdeño,
y venga lo que venga: solo quiero vengarme
a fondo por mi padre.

REY ¿Quién habrá de impedírtelo?

LAERTES Mi voluntad, no el mundo entero.

En lo que hace a mis medios,
los administraré tan bien, que con muy poco
he de llegar muy lejos.

REY Mi buen Laertes, si deseas conocer

140

la verdad de la muerte de tu querido padre,
¿está grabado en tu venganza
que arramblarás con todo, amigo o enemigo,
lo mismo el ganador que el perdedor?

LAERTES Solo sus enemigos.

REY ¿Quieres saber entonces quiénes son?

LAERTES A sus buenos amigos les abro así los brazos,
y como el buen pelícano que da su vida,
yo les daré a comer mi propia sangre.

REY Vaya, al fin hablas como un buen muchacho
y como un verdadero caballero.

Que yo soy inocente de la muerte
de tu padre, y estoy
sentidamente adolorido de ella,
lo haré tan claramente mostrarse ante tu juicio
como se muestra el sol ante tus ojos.

150

Se oye ruido dentro: «Dejadla entrar».

Entra OFELIA.

LAERTES ¿Qué pasa ahora? ¿Quién hace ese ruido?

Oh, calor, sécame los sesos,
oh, lágrimas salobres siete veces,
abrasad el sentido y virtud de mis ojos.
Por mi fe, tu locura será pagada al peso
hasta que la balanza haya invertido el fiel.
Oh, mi rosa de mayo, mi doncella querida,

mi buena hermana, dulce Ofelia.

Oh, cielos, ¿es posible que el buen juicio
de una joven doncella resulte tan mortal
como la vida de un anciano?

Sutil en el amor
se muestra siempre la naturaleza,
y allí donde es sutil, envía
una u otra preciosa figura de sí misma
tras aquello que ama.

OFELIA (*Canta.*)

Con la cara desnuda
dejan que se lo lleven,
que sí, que no, que no, que sí,
infinitas las lágrimas
que en su sepulcro llueven.

Adiós, palomo mío.

LAERTES Si en tu juicio estuvieras y clamaras venganza,
menos que así conmooverías.

OFELIA Debéis cantar «Abajo iré, abajo iré», y llamar al que abajo
irá. ¡Ah, qué bien le va ese estribillo! Fue el falso mayordomo el
que robó a la hija de su amo.

LAERTES Esa nadería es más que un argumento.

OFELIA Aquí hay romero, es para los recuerdos. Por favor, amor,
recuerda. Y aquí hay pensamientos, son para pensar.

LAERTES Una instrucción en plena locura, los pensamientos y los
recuerdos adecuados.

OFELIA Aquí hay hinojo para vos, y pajarillas; aquí hay ruda para
vos, y un poco para mí. Podemos llamarla hierba de la gracia de
los domingos. Ah, debéis llevar la ruda de modo diferente. Aquí
hay una margarita, quería daros unas violetas, pero se marchitaron

todas cuando mi padre murió: dicen que tuvo un buen fin.

Porque el lindo petirrojo

ha de ser mi único amor.

LAERTES El pensamiento, y la aflicción,
y la pasión, y el mismo infierno,
todo lo vuelve dulzura y minucia.

OFELIA ¿Y ya nunca volverá,

y ya nunca volverá?

Nunca, nunca, que está muerto,

190

quédate en tu cama yerto,

que ya nunca volverá;

como nieve era su barba,

como lino era su pelo,

ya se ha ido, ya se ha ido,

no haya llanto ni gemido,

y Dios lo tenga en su cielo.

Y a todas las almas de todos los cristianos

es lo que pido a Dios. Buenas noches a todos.

Sale OFELIA.

LAERTES ¿Ves esto, oh, Dios?

REY Laertes,

tengo que tomar parte en tu aflicción,

200

o me habrás denegado mis derechos.

Apártate y escoge,

como tú quieras, entre tus amigos

a los más sabios, y que nos escuchen

y nos juzguen a ti y a mí;

si de modo directo o colateralmente,

nos hallan implicados, cederemos

nuestro reino y corona, y nuestra vida,

junto a cuanto podemos llamar nuestro
en tu favor, en prenda de ello.
Pero si no, conténtate
con concedernos tu paciencia,
y nos esforzaremos a tu lado
en contentarte tal como es debido.

LAERTES Así sea. La forma de su muerte,

210

su oscuro enterramiento: ni un trofeo,
ni una espada o escudo de armas sobre sus huesos,
ni un noble rito, ni ninguna
ostentación formal, están gritando,
para que lo oigan todos,
como a la tierra desde el cielo, que debo pedir cuentas.

REY Está claro que debes.

Y donde esté la ofensa, que caiga la gran hacha.

Te ruego acompañarme.

Salen.

ESCENA VI

Entra HORACIO, con un CRIADO.

HORACIO ¿Quiénes son esos que quieren hablar conmigo?

CRIADO Marineros, señor,

dicen que tienen cartas para vos.

HORACIO Déjalos entrar.

No sé de qué lugar del mundo

podría recibir noticias,

si no son de Su Alteza Hamlet.

Entra un MARINERO.

MARINERO Dios os bendiga, señor.

HORACIO Que te bendiga a ti también.

MARINERO Me bendecirá, si le place. Hay una carta para vos, señor,

viene de los embajadores que fueron enviados a Inglaterra, si vuestro

nombre es Horacio, como me han dado a entender que es.

10

HORACIO (*Lee la carta.*)

«Horacio: cuando hayas recorrido esto, dales a estos amigos los medios para llegar hasta el rey; tienen cartas para él. Antes que lleváramos dos días en el mar, un pirata de aparejo muy guerrero nos persiguió. Viendo que éramos demasiado poco veleros, nos revestimos de una obligada valentía.

En la pelea, los abordé; enseguida se soltaron de nuestra nave, y así yo solo quedé prisionero de ellos. Me han tratado como ladrones misericordiosos, pero sabían lo que hacían. Tengo que corresponderles ampliamente. Que el rey reciba las cartas que he enviado,

y reúnete conmigo con tanta prisa como si huyeras de la muerte. Tengo cosas que decirte al oído que te dejarán estupefacto, y sin embargo son demasiado ligeras para el calibre de la cosa.

20

Estos buenos muchachos te traerán adonde estoy. Rosencrantz y Guildenstern siguen rumbo a Inglaterra. De ellos tengo mucho que contarte, adiós. Tuyo como bien sabes, Hamlet.»

Ven, yo hallaré el camino para estas cartas tuyas, y date prisa, para acompañarme luego a ver a aquel de quien las has traído.

Salen.

ESCENA VII

Entran el REY y LAERTES.

REY Ahora tu conciencia debe

sellar mi absolución, y tienes que ponerme dentro del pecho como amigo tuyo, puesto que has escuchado, y con oído inteligente, que quien mató a tu noble padre apuntaba a mi vida.

LAERTES Así parece.

Mas decidme, ¿por qué no procedisteis

contra tan criminales actos,
y de índole tan grave,
tal como os empujaba a hacerlo sobre todo
vuestra seguridad, y la prudencia,
y todo lo demás?

REY Bueno, por dos razones especiales

que tú (tal vez) encontrarás endebles,
y sin embargo para mí son fuertes.

10

Primeramente,
que la reina su madre solo ve por sus ojos,
y en cuanto a mí (por mi bien o mi mal,
no sabría decirlo), es tan consustancial
a mi vida y mi alma, que así como la estrella
se mueve solo dentro de su esfera,
yo no puedo moverme sino en la esfera de ella.

La otra razón de que no pueda yo
ir ante un pleito público
es el profundo amor que la gente común le tiene,
y que bañando en ese afecto
todas sus faltas, como aquella fuente
que convertía la madera en piedra,
convertiría en gracia todas sus cadenas.

20

De tal manera que mis flechas,
de demasiado leve hechura
para tan fuerte viento, se revolverían
contra mi propio arco, en vez de contra aquello
adonde yo las disparaba.

LAERTES Y entonces, yo he perdido un noble padre,
tengo una hermana que se encuentra
en una situación desesperada,

cuyo valor (si la alabanza puede volver el rostro atrás)
desafiaba ventajosamente
a la época entera por sus perfecciones.
Mas mi venganza llegará.

REY Eso no deberá quitarte el sueño,

pues no debes pensar que estemos hechos
de una sustancia tal, tan llana y torpe,
que podamos dejar que agite nuestra barba
cualquier peligro, sin tomarlo en serio.
Pronto sabrás más cosas.

Yo le tuve a tu padre amor,
y nos tenemos a nos mismo amor,
y espero que eso te haga imaginar...

Entra un MENSAJERO.

¿Qué pasa ahora? ¿Qué noticias?

MENSAJERO Cartas, milord, de Hamlet.

Hay esta para vuestra majestad
y esta para la reina.

REY ¿De Hamlet? ¿Quién las trajo?

MENSAJERO Marineros, milord, por lo que dicen;

yo no los vi, a mí me las dio Claudio,
y a él se las dio el mismo que las trajo.

REY Laertes, tú también has de escucharlas.

Déjanos.

Sale el MENSAJERO.

«Alto y poderoso señor: Habéis de saber que me he plantado desnudo
en vuestro reino. Mañana pediré la venia para ver vuestros
reales ojos. Entonces (pidiéndoos primero perdón por ello) relataré
la ocasión de mi súbito y muy extraño regreso. Hamlet.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Han vuelto los demás?

¿O es un engaño?, ¿o no hay tal cosa?

LAERTES ¿Reconocéis la letra?

REY Es del puño de Hamlet.

«Desnudo». Y más abajo
dice en una posdata: «Solo».

50

¿Puedes darme consejo?

LAERTES Estoy perdido en todo ello, mi señor.

Pero dejad que venga.
Me reconforta el corazón enfermo
que pueda yo vivir
y decirle en su cara: «Así lo hiciste».

REY Si así es, Laertes, como debe ser,

y no de otra manera, ¿quieres que yo te guíe?

LAERTES Siempre que no queráis forzarme a hacer la paz.

REY Solo tu propia paz. Si ha vuelto ahora,

60

desbandándose así de su viaje
sin intención de reanudarlo,
le induciré a meterse en una hazaña
que tengo ya madura en mi cabeza,
en la cual no podrá sino enredarse.
Y por su muerte no habrá ni un soplo de condena,
sino que hasta su madre aprobará la práctica
y dirá que es un accidente.

LAERTES Me dejaré guiar, señor,

en especial si lo podéis hacer
de modo que yo sea el instrumento.

REY Eso viene de perlas.

Se ha hablado mucho, desde tu viaje,
y en presencia de Hamlet, de cierta cualidad
en la que dicen que tú brillas;
todas tus prendas juntas no le dan tanta envidia

70

como le dio esa sola, y eso que en mi opinión
es de muy bajo rango.

LAERTES ¿Qué cualidad es esa, señor mío?

REY Nada más que una cinta en la gorra de un joven,
mas también necesaria, porque la juventud
casa tan bien con aquella librea
ligera y descuidada que reviste,
como la edad madura con sus pieles
y sus grandes ropajes,
signos de bienestar y gravedad.

No hace ni un par de meses
que estuvo aquí un caballero de Normandía;
yo mismo he visto a los franceses,
y he servido en su contra,
y son grandes jinetes; pero aquel galán
parecía embrujado; se crecía en la silla,
y hacía hacer a su caballo
tales prodigios
cual si formara parte de su cuerpo
y poseyera una mitad
de la naturaleza de aquel noble animal;
superó de tal modo mi imaginación,
que no puedo forjar tantas formas y mañas
como él ejecutó.

80

LAERTES ¿Era un normando?

90

REY Eso es: normando.

LAERTES Por vida mía: Lamord.

REY Exactamente.

LAERTES Lo conozco bien,
es ciertamente el broche

y la gema de toda su nación.

REY Hizo una extensa apreciación de tu persona,
y dio de ti un informe tan excelso
en cuanto al arte y ejercicio de la espada,
especialmente del florete,
que exclamó que sería digno de observarse
que alguien pudiera equiparársete;
los esgrimistas de su nación
juró que no tenían ni agilidad, ni guardia,
ni vista, si contigo se enfrentaban;
pues señor, este informe suyo
envenenó de envidia hasta tal punto a Hamlet,
que solo pudo desear y suplicar
tu rápido retorno para enfrentarte a él;
ahora bien, siendo así...

100

LAERTES Siendo así, ¿qué, señor?

REY Laertes, ¿tú tenías a tu padre afecto,
o eres como la estampa del dolor,
una cara sin alma?

LAERTES ¿Por qué preguntáis eso?

REY No es que yo crea que no amabas a tu padre,
pero sé que el amor en el tiempo comienza
y veo en casos comprobados
que el tiempo califica sus llamas y su chispa.
Vive en la llama misma del amor
una especie de mecha o de pabilo
que ha de abatirlo, y nada queda quieto
en su misma bondad, pues la bondad,
creciendo hasta la plétora,
muere en su propio exceso.

110

Lo que quisiéramos hacer
debiéramos hacerlo cuando estamos queriéndolo,
pues ese querer cambia, y tiene tantas menguas
y tantas dilaciones como lenguas existen,
y manos, y accidentes; y ese deber entonces
es como un pródigo suspiro
que duele al exhalarse.

120

Pero vayamos a lo vivo de la llaga.

Hamlet regresa: ¿qué piensas emprender
para mostrar que eres de veras
el hijo de tu padre, no solo en las palabras?

LAERTES Cortarle el cuello en plena iglesia.

REY Ningún lugar debería en efecto

ser el santuario del asesinato;
la venganza no debe tener límite.
Pero, mi buen Laertes, si quieres hacer eso,
permanece encerrado en tu aposento.
Una vez que haya vuelto Hamlet,
sabrás que tú también has regresado;
pondremos a actuar
a los que alabarán tus excelencias,
redoblando el barniz que te daba el francés;
os pondré juntos finalmente
para apostar sobre vuestras cabezas,
y siendo él descuidado, generoso
y desprovisto de maquinaciones,
no querrá examinar las armas,
de manera que fácilmente,
o haciendo un poco trampa,
puedes escoger tú un arma sin botón,

130

y con un lance diestro
cobrarle por tu padre.

LAERTES Así lo haré,

y para ese propósito untaré mi florete:
compré un unguento a un charlatán,
que es tan mortal, que con meter en él
la punta de un cuchillo, si hace sangre,
no hay cataplasma tan perfecta,
hecha juntando cuantos simples tienen virtud bajo la luna,
que salve de la muerte a quien reciba de él
tan solo un arañazo; pondré en mi punta un toque
de esa infección, que si le rozo apenas,
bien puede ser la muerte.

140

REY Pensemos más en ello,

examinemos bien las circunstancias
de tiempo y de lugar que más convienen
a nuestro plan. Si es que fallamos
y en nuestra mala actuación se trasluce
nuestra intención, más nos vale no intentarlo;
por consiguiente este proyecto
debe contar con un respaldo
o con una segunda solución
que se sostenga en caso de que la primera
se venga abajo una vez puesta a prueba;
calma, déjame ver,
solemnemente apostaremos
sobre vuestras destrezas.
Ah, ya lo tengo:
cuando en vuestro ajeteo
estéis acalorados y con sed,

150

(y tú para ese fin
harás tus lances más violentos),
y él pida de beber,
mandaré que preparen para él
un cáliz para el caso, en el cual si tan solo
llega a mojar los labios, si por casualidad
ha escapado a tu herida envenenada,
nuestro propósito puede quedar cumplido.
Hola, mi dulce reina.

160

Entra la REINA.

REINA Un dolor pisa al otro los talones,
tan de cerca se siguen uno a otro:
pobre Laertes, tu hermana se ha ahogado.

LAERTES ¿Ahogado? Oh, ¿dónde?

REINA Hay un sauce
que ha crecido torcido al borde de un arroyo
y sus pálidas hojas copia
en la corriente cristalina.
Allá con guirnaldas fantásticas fue ella,
tejidas de ranúnculos, ortigas, margaritas,
y esas largas orquídeas
a las que los pastores desenvueltos
dan un nombre más burdo,
pero que nuestras castas doncellas conocen
bajo el nombre de dedos de muerto;
allí por las pendientes ramas,
para colgar sus hierbas en corona
intentando trepar, una envidiosa rama
se rompió, y los trofeos que con hierbas tejiera,
y ella misma, cayeron en el lloroso arroyo;

170

sus vestidos se abrieron, y a modo de sirena,
la mantuvieron por un tiempo a flote,
durante el cual ella cantaba
trozos de antiguas melodías,
como quien no se percatase de su propia desdicha
o como una criatura
nativa y destinada a ese elemento.

Mas no podía transcurrir gran rato
antes de que sus ropas,
pesadas con el agua que las empapaba,
hundieran a la pobre desdichada
desde su canto melodioso
hasta su cenagosa muerte.

180

LAERTES ¡Ay! ¿Así que está ahogada?

REINA Ahogada, ahogada.

LAERTES Demasiada agua

tienes tú, pobre Ofelia,
y por eso reprimo yo mis lágrimas;
y sin embargo es ese nuestro hábito,
no mudan las costumbres de la naturaleza
por más que diga la vergüenza;
cuando estas hayan terminado,
habré sacado a la mujer de mí.

Adiós, milord, tengo un discurso en llamas
que bien querría abrasar todo
si este desfogue no lo apaga.

190

Sale.

REY Sigámosle, Gertrudis.

Cuánto tuve que hacer para calmar su rabia.
Temo ahora que esto la encienda nuevamente.

Vamos pues tras de él.

Salen.

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entran dos PATANES.

PRIMER PATÁN ¿Hay que enterrar con entierro cristiano a la que voluntariamente busca su propia salvación?

SEGUNDO PATÁN Te digo que lo es, y por lo tanto haz su tumba derecha, el alguacil ha indagado sobre ella, y encuentra que debe ser un entierro cristiano.

PRIMER PATÁN ¿Cómo es posible eso, a menos que se haya ahogado en defensa propia?

SEGUNDO PATÁN Bueno, así se ha visto.

PRIMER PATÁN Debe ser *se offendendo*, no puede ser de otra manera; porque ahí está el asunto: si me ahogo voluntariamente, eso supone un acto, y un acto tiene tres ramas, que son actuar, hacer y ejecutar; érgolis, se ahogó voluntariamente.

10

SEGUNDO PATÁN No, pero escúchame, señor zapador.

PRIMER PATÁN Permíteme: aquí está el agua; bien. Aquí está el hombre; bien. Si el hombre va hacia esa agua y se ahoga, es, quieras que no, que él va, ¿te das cuenta? Pero si el agua viene a él y lo ahoga, no se ahoga a sí mismo. Érgolis, el que no es culpable de su propia muerte no acorta su propia vida.

20

SEGUNDO PATÁN ¿Pero es eso legal?

PRIMER PATÁN Claro que lo es, es la ley de la encuesta del alguacil.

SEGUNDO PATÁN ¿Quieres saber la verdad del asunto? Si no hubiera sido una mujer principal, se la hubiera enterrado fuera de un entierro cristiano.

PRIMER PATÁN Tú lo has dicho. Y lo más triste es que los poderosos tengan autorización en este mundo para ahogarse o colgarse ellos mismos, más que sus hermanos cristianos. Vamos, mi pala; no hay nobles más antiguos que los jardineros, zapadores y cavadores de fosas; ejercen la profesión de Adán.

30

SEGUNDO PATÁN ¿Era un caballero?

PRIMER PATÁN Fue el primero que llevó armas.

SEGUNDO PATÁN Pero si no tenía ninguna.

PRIMER PATÁN ¿Qué? ¿Eres un pagano? ¿Cómo entiendes tú las Escrituras? Las Escrituras dicen que Adán cavaba: ¿podía cavar sin armas? Te voy a hacer otra pregunta, si no me contestas adecuadamente, confiesa que eres un...

SEGUNDO PATÁN Adelante.

40

PRIMER PATÁN ¿Quién es el que construye más fuertemente que el albañil o el calafate o el carpintero?

SEGUNDO PATÁN El que hace horcas, porque esa fábrica sobrevive a mil inquilinos.

PRIMER PATÁN Me gusta de lo lindo tu ingenio, la horca está bien; pero ¿en qué está bien? Hace el bien a los que hacen el mal. Ahora bien, haces mal en decir que la horca está construida más sólidamente que la iglesia; érgolis, la horca te vendría bien a ti. Vamos, trata otra vez.

SEGUNDO PATÁN ¿Quién construye más fuertemente que el albañil, el calafate o el carpintero?

50

PRIMER PATÁN Sí, dímelo, y levanta el yugo.

SEGUNDO PATÁN Vaya, ya lo sé.

PRIMER PATÁN Vamos.

SEGUNDO PATÁN Malhaya, no puedo decirlo.

Entran HAMLET y HORACIO a lo lejos.

PRIMER PATÁN No te aporrees los sesos con eso, que el torpe de tu burro no enmendará el paso pegándole; y la próxima vez que te pregunten eso, di que el sepulturero: las casas que él hace duran hasta el Día del Juicio. Anda, llégate adonde Yaughan y tráeme un jarro de licor.

60

Sale el SEGUNDO PATÁN.

Canta.

De joven cuando amaba, amaba,
bien pensé que era cosa buena;
el tiempo por mi bien me ha dicho
que eso no valía la pena.

HAMLET ¿No tiene este hombre ningún sentimiento de su tarea,
para cantar mientras cava tumbas?

HORACIO La costumbre lo ha transformado para él en una cuestión
de desenfado.

HAMLET Así es en efecto: la mano poco usada tiene la sensibilidad
más delicada.

70

PRIMER PATÁN (*Canta.*)

Pero la edad con pasos quedos
con su garra me acarició,
y me ha embarcado hacia la tierra
cual si no fuese tierra yo.

HAMLET Esta calavera tuvo dentro una lengua, y en otro tiempo podía
cantar. Cómo la tira al suelo el villano, como si fuera la quijada
de Caín, que hizo el primer asesinato. Podría ser la mollera
de un político eso que este asno manipula ahora; uno que hubiera
podido enredar a Dios, ¿no es cierto?

HORACIO Cierto, milord.

80

HAMLET O de un cortesano que podría decir «Buen día, dulce señor, ¿cómo estás, buen señor?». Este podría ser mi señor Fulano que alababa el caballo del señor Mengano cuando pensaba pedírselo prestado, ¿no es cierto?

HORACIO Sí, milord.

HAMLET En fin, así es. Y ahora es de doña Gusana, sin quijada y golpeado en la mollera con la pala de un sacristán. Hay aquí una buena revolución, si tuviéramos modo de verla. Estos huesos, ¿costó tan poco criarlos como para jugar a los bolos con ellos? Me duele pensarlo.

90

PRIMER PATÁN (*Canta.*)

Un pico y una pala, pala,
ay, y un buen sudario de lino,
ay, un hoyo cavado en la arcilla
para alojar a este inquilino.

HAMLET Aquí hay otra. ¿No podría bien ser esta la calavera de un abogado? ¿Dónde están ahora sus tiquismiquis?, ¿sus chicanas?, ¿sus casos?, ¿sus títulos y sus trampas? ¿Por qué tolera ahora que este burdo bribón le golpee la mollera con su azada sucia, y no le habla de su acto de asalto? Hmm. Este sujeto pudo ser en sus tiempos un gran comprador de tierras, con sus contratos, sus pagarés, sus arriendos, sus dobles avales, sus cobranzas: ¿es esto el arriendo de sus arriendos, y la cobranza de sus cobranzas, tener su estupenda mollera llena de estupenda tierra? ¿Sus avales, incluso los dobles, avalarán ahora sus compras menos que lo largo y ancho de un par de acuerdos de esos que se rasgan en dos? Los puros pergaminos de sus tierras cabrían apenas en esta caja; ¿y el heredero mismo no debe tener más?, ¿eh?

100

HORACIO Ni una pizca más, milord.

110

HAMLET ¿No se hace el pergamino con pieles de borrego?

HORACIO Sí, milord, y con pieles de becerro también.

HAMLET Son borregos y becerros los que buscan seguridad en eso.

Voy a hablar con ese hombre. ¿De quién es esa tumba, señor?

PRIMER PATÁN Mía, señor.

Ay, un hoyo cavado en la arcilla
para alojar a este inquilino.

HAMLET Pienso que es efectivamente tuya, porque estás dentro de
ella.

PRIMER PATÁN Vos estáis fuera de ella y por lo tanto no es vuestra.

120

Por mi parte, yo no me echo en ella; y sin embargo es mía.

HAMLET Sí te echas: echas mentiras diciendo que estás en ella y es
tuya; es para los muertos, no para los vivos, por consiguiente
echas mentiras.

PRIMER PATÁN Es una mentira viva, señor; volverá a echarse de mí
a vos.

HAMLET ¿Para qué hombre la cavas?

PRIMER PATÁN Para ningún hombre, señor.

HAMLET ¿Para qué mujer entonces?

PRIMER PATÁN Para ninguna tampoco.

HAMLET ¿Quién va a ser enterrado en ella?

130

PRIMER PATÁN Una que fue mujer, señor; pero descanse en paz, ha
muerto.

HAMLET ¡Qué exacto es este bribón! Tenemos que hablar según la
carta, o el equívoco nos extraviará. Por Dios, Horacio, estos últimos
tres años lo he notado: la época se está volviendo tan remilgada,
que el dedo gordo de un campesino se acerca tanto al
talón de nuestro cortesano como para arañarle los sabañones.
¿Cuánto tiempo llevas de sepulturero?

PRIMER PATÁN De todos los días del año, me puse a ello el día que
nuestro difunto rey Hamlet venció a Fortinbrás.

140

HAMLET ¿Cuánto hace de eso?

PRIMER PATÁN ¿No podéis decirlo vos? Cualquier bobo puede decirlo:
fue el día mismo que nació el joven Hamlet, el que está loco
y lo han mandado a Inglaterra.

HAMLET Ah, caray, ¿por qué lo han mandado a Inglaterra?

PRIMER PATÁN Hombre, porque estaba loco; recobrará el juicio allá;
y si no, allá no importará mucho.

HAMLET ¿Por qué?

PRIMER PATÁN No se le notará allá, allá los hombres están tan locos
como él.

150

HAMLET ¿Cómo es que se volvió loco?

PRIMER PATÁN De manera muy extraña, dicen.

HAMLET ¿De qué manera extraña?

PRIMER PATÁN A fe mía, perdiendo el juicio.

HAMLET ¿De dónde vino eso?

PRIMER PATÁN Hombre, de aquí de Dinamarca. Yo he sido sepulturero
aquí, de niño y de hombre, treinta años.

HAMLET ¿Cuánto tiempo puede estar un hombre en la tierra antes
de pudrirse?

PRIMER PATÁN Por vida mía, si no está ya podrido antes de morir
(como muchos cuerpos sifilíticos hoy en día, que apenas pueden
depositarse en la fosa), os durará unos ocho años, o nueve
años. Un curtidor os durará nueve años.

160

HAMLET ¿Por qué él más que otros?

PRIMER PATÁN Bueno, señor mío, su cuero está tan curtido a causa
de su oficio, que no deja entrar el agua durante mucho tiempo.
Y esa agua vuestra es un feo destructor de vuestro cuerpo muerto
hijo de puta. Aquí tenéis una calavera: esta calavera ha estado
en la tierra veintitrés años.

HAMLET ¿De quién es?

170

PRIMER PATÁN Fue la de un loco hijo de puta; ¿de quién creéis que es?

HAMLET No sé.

PRIMER PATÁN Mala peste le caiga encima al loco bribón: me echó

una botella de vino del Rin en la cabeza una vez. Esta calavera misma, esta precisa calavera fue la calavera de Yorick, el bufón del rey.

HAMLET ¿Esta?

PRIMER PATÁN Mismamente esta.

HAMLET Déjame ver. Ay, pobre Yorick; yo lo conocí, Horacio, un

180

sujeto de una gracia infinita, de excelente fantasía; me llevó en su espalda mil veces; y ahora qué aborrecible aparece en mi imaginación;

se me hace un nudo en la garganta de pensarlo. De aquí colgaban esos labios que besé no sé cuántas veces. ¿Dónde están tus bromas?, ¿tus piruetas? ¿tus canciones?, ¿tus chispas de diversión que solían provocar las carcajadas de toda la mesa? ¿No hay ahora ninguna para burlarte de tu propia gracia? ¿Tienes un poco caída la mandíbula? Vete ahora a la alcoba de mi señora y dile que bien puede ponerse pintura de una pulgada de grueso, a esta figura ha de llegar. Hazla reír con eso. Por favor, Horacio, dime una cosa.

190

HORACIO ¿Qué es ello, milord?

HAMLET ¿Crees tú que Alejandro tenía este aspecto en la tierra?

HORACIO Ni más ni menos.

HAMLET ¿Y que olía así? Puah.

HORACIO Exactamente, milord.

HAMLET A qué bajos usos podemos regresar, Horacio. Caray, ¿no

puede la imaginación seguir el rastro del noble polvo de Alejandro hasta encontrarlo tapando el agujero de un tonel?

200

HORACIO Sería examinar demasiado minuciosamente examinar así.

HAMLET No, a fe mía, ni un ápice. Sino seguirlo hasta allí con mucha discreción y verosimilitud para llevarlo a cabo. De esta manera: Alejandro murió; Alejandro fue enterrado; Alejandro volvió al polvo; el polvo es tierra; con la tierra hacemos barro, y ¿por qué con un poco de ese barro (en el que quedó convertido) no podrían tapar un barril de cerveza?

César imperial, muerto y vuelto tierra fría
pudo tapar un hoyo donde el aire corría.

Pensar que aquella tierra de inmenso poderío
ahora parcha un muro para ahuyentar el frío.

Mas silencio, silencio, y hazte a un lado,
que viene el rey...

Entran portadores con un ataúd, el REY y la REINA, LAERTES y otros nobles, seguidos por un sacerdote.

... la reina; cortesanos.

¿A quién es a quien siguen con ritos tan mermados?

Eso nos da a entender que el cadáver que siguen
fue por su propia mano como puso
desesperado fin a su existencia.

Era de cierta calidad.

Vamos a agazaparnos un rato y observar.

LAERTES ¿Qué otra ceremonia?

HAMLET Ese es Laertes,

un joven de alta alcurnia, fíjate.

LAERTES ¿Qué otra ceremonia?

SACERDOTE Sus exequias las hemos extendido

hasta donde nos es legítimo;
su muerte fue dudosa
y si no hubiera habido un mandato supremo
que privó sobre el orden,

nunca debió depositarse en tierra consagrada
hasta la última trompeta.

A modo de oración caritativa,
cascotes, pedernales y guijarros
se deben arrojar sobre ella.

No obstante le hemos concedido aquí
su guirnalda de virgen, sus prendas de doncella
y el paso hasta su última morada
con toque de campanas y servicio de entierro.

LAERTES ¿Y no se tiene que hacer más?

SACERDOTE No más tiene que hacerse, profanaríamos
el servicio a los muertos si cantáramos
el grave réquiem y el responso
que se reza a las almas que partieron en paz.

230

LAERTES Depositadla en tierra,
y de su hermosa e impoluta carne
pueden brotar violetas. Yo te digo,
sacerdote insolente,
que mi hermana ha de ser un ángel mediador
cuando tú yazgas dando aullidos.

HAMLET ¿Cómo, la hermosa Ofelia?

REINA Dulces flores para la dulce; adiós.

Esperaba que fueras la esposa de mi Hamlet;
pensé que adornaría tu lecho nupcial,
dulce doncella, y no que esparciría
sobre tu tumba flores.

240

LAERTES Oh, dolor triplicado,
diez veces triplicado caigas
sobre aquella cabeza maldecida
cuyo acto malvado

de tu más claro juicio te privó.
Deja un momento de echar tierra
mientras una vez más la estrecho entre mis brazos.

Salta dentro de la sepultura.

Echa ahora tu polvo sobre el vivo y la muerta
hasta que tengas hecho un monte de este llano
que sobrepase al antiguo Pelión
o a la cabeza al cielo alzada
del azuloso Olimpo.

HAMLET ¿Quién es ese

250

cuyo dolor puede mostrar tal énfasis;
cuya frase doliente conjura a los errantes astros
y los hace asistir como escuchando
heridos de estupor? Este soy yo,
soy Hamlet el danés.

HAMLET salta adentro tras LAERTES.

LAERTES El demonio te lleve.

HAMLET No rezas bien; te suplico que quites

tus dedos de mi cuello; aunque yo, señor mío,
no soy impetuoso ni violento,
hay sin embargo en mí algo que es peligroso,
que a tu prudencia más le valdría temer.

260

Quita la mano.

REY Separadlos.

REINA Hamlet, Hamlet.

HORACIO Señor, estaos quieto.

HAMLET Por Dios, pelearé con él sobre este asunto

hasta que dejen de parpadear mis párpados.

REINA Hijo mío, ¿qué asunto?

HAMLET Yo amé a Ofelia.

Cuarenta mil hermanos
(con su gran cantidad de amor)
no podrán igualar mi suma.
¿Qué harías tú por ella?

REY Está loco, Laertes.

REINA Por el amor de Dios, suéltalo, Hamlet.

270

HAMLET Ven, muéstrame qué es lo que harías.

¿Pedirías llorar? ¿Pedirías luchar?

¿Pedirías beber vinagre?

¿O comer cocodrilo?

Yo lo haré. ¿Has venido aquí a gemir?

¿A provocarme saltando a su tumba?

Hazte enterrar con ella, y lo mismo haré yo.

Y si de montes hablas, que nos echen encima
millones de fanegas, hasta que nuestro suelo,
chamuscando su crisma contra la zona ardiente,
haga que el monte Ossa parezca una verruga.

280

Sí, que si tú te pones a dar voces,
bramaré igual que tú.

REINA Esto es pura locura,

y así durante un rato lo agitará el ataque;
después, con la paciencia de la paloma hembra
viendo a su parejita de oro
romper el cascarón, se asentará
su silencio agachando la cabeza.

HAMLET Señor, oídme: ¿qué razón tenéis

para tratarme así? Pero no importa,
haga lo que haga Hércules mismo,
maullará el gato e irá a lo suyo el perro.

Sale.

REY Os ruego, buen Horacio, ocupaos de él.

Sale HORACIO.

Refuerza tu paciencia con la charla
que tuvimos anoche. Puliremos el plan
con este último empujón.

Mi querida Gertrudis,
poned alguna vigilancia a vuestro hijo.
Esta tumba tendrá un monumento vivo:
una hora de calma nos será dada en breve;
mientras, que la paciencia nos haga el tiempo leve.

Salen.

ESCENA II

Entran HAMLET y HORACIO.

HAMLET Basta ya de eso; ahora escucha el resto.

¿Recuerdas bien todas las circunstancias?

HORACIO Las recuerdo, milord.

HAMLET Pues, señor, en mi alma

se libraba una especie de combate
que no me permitía dormir.

Creo yo que las noches las pasaba peor
que los amotinados puestos en los grilletes.

Apresuradamente (y alabado sea
por casos como este el apresuramiento,
pues conviene saber
que nuestra indiscreción a veces nos es útil,
cuando nuestros profundos proyectos palidecen,
y eso debe enseñarnos
que una divinidad da forma a nuestros fines,
por mucho que nosotros
los desbastemos malamente...)

HORACIO Bien cierto es eso.

HAMLET ... de mi camarote,

después de echarme encima a oscuras
mi capa de marino, salí a tientas
y me puse a buscarlos; se cumplió mi deseo:
palpé su bulto, y finalmente
me retiré de nuevo en mi aposento,
y llegó a tanto mi osadía
(pues mi miedo olvidaba los modales)
como para romper los sellos de su grave mandato,
donde encontré, Horacio,
(oh, regia granujada) un mandamiento exacto,
relleno de abundantes y diversas razones
en cuanto a la salud de Dinamarca,
y también de Inglaterra,
con (¡uf!) ¡tamañas pesadillas y trasgos en mi vida!
que apenas revisadas, y sin mediar tardanza,
sin esperar siquiera a que se afile el hacha,
había que cortarme la cabeza.

20

HORACIO ¿Es posible?

HAMLET Aquí está el mandato,
ya lo leerás con calma.

Pero ¿quieres oír lo que hice después?

HORACIO Os lo suplico.

HAMLET Encontrándome así

rodeado de trampas de villanos,
antes de que pudiera exponerles un prólogo,
mis sesos se habían puesto ya a la obra.
Me senté y pergeñé un nuevo mandato;
lo escribí con cuidado (en otros tiempos
pensaba, igual que nuestros estadistas,

30

que era vil escribir con cuidado,
y mucho me esforcé
para olvidar aquel aprendizaje);
pero señor, ahora me hizo muy buen servicio.
¿Quieres saber qué fue lo que escribí?

HORACIO Sí, buen señor.

HAMLET Una conminación

llena de gravedad de nuestro rey,
ya que Inglaterra era su leal tributaria,
ya que el amor reinaba entre los dos,
ya que debía florecer la palma,
ya que la paz debía llevar siempre
su guirnalda de espigas, sin siquiera una coma
entrometida en su amistad,
y muchos otros «yaques» de importancia,
que visto y conocido lo que allí estaba escrito,
sin ulterior debate y sin más y sin menos,
debían recibir súbita muerte
los portadores, sin otorgarles tiempo
para la confesión.

40

HORACIO ¿Y cómo lo sellasteis?

HAMLET Bueno, también en esto fue providente el cielo:

yo tenía el anillo de mi padre en mi bolsa,
que sirvió de modelo a aquel sello danés.
doblé el escrito de la misma forma
que estaba el otro, lo firmé, imprimí en él el sello,
lo puse a buen recaudo.
Nunca se supo el cambalache.
Pues bien, al otro día
tuvimos la batalla en alta mar

50

y lo que acarreó, como lo sabes ya.

HORACIO Así que Guildenstern y Rosencrantz
van allá de cabeza.

HAMLET Hombre, sí,

no hay duda que ellos mismos cortejaron
una situación tal.

No son un peso para mi conciencia;
su derrota es producto de sus instigaciones:
es peligroso cuando una naturaleza
de poca altura se entromete entre las cuchilladas
y las puntas de espadas furibundas
de contendientes poderosos.

60

HORACIO Por Dios, ¿qué rey es este?

HAMLET ¿No piensas (ponte en mi lugar)

que ahora es cosa mía?

El que mató a mi rey, prostituyó a mi madre,
metió su baza entre mis esperanzas
y la elección, echó su anzuelo
en busca de mi propia vida,
y con tales embustes, ¿no es conforme a conciencia
ponerle fin con este brazo? ¿Y no equivale a condenarse
permitir que este cáncer que corroe
nuestra naturaleza perpetre más maldades?

70

HORACIO Pronto le avisarán desde Inglaterra
de cuál fue el desenlace de su gestión allí.

HAMLET Pronto, sí; pero es mío el íterin,

y la vida de un hombre
no es mucho más que contar hasta uno.
Pero lamento mucho, mi querido Horacio,
haber perdido ante Laertes los estribos,

pues por la imagen de mi causa, veo
retratada la suya;
haré la corte a sus favores,
pero está claro que la petulancia
de su dolor provocó en mí
una pasión indomeñable.

80

HORACIO Callad, ¿quién viene aquí?

Entra el joven OSRIC.

OSRIC Que sea vuestra alteza bienvenida
de vuelta en Dinamarca.

HAMLET Señor, os lo agradezco humildemente.

(¿Conoces a este mosquito?).

HORACIO No, milord.

HAMLET Eso llevas ganado, porque es una lacra conocerlo: tiene
mucho tierra, y fértil; pon como señor de las bestias a una bestia,
y el pesebre de este sujeto estará en la mesa del rey. Es una cacatúa.
Pero, como digo, bien provisto en la posesión de estercoleros.

90

OSRIC Amable señor, si vuestra amistad está bien dispuesta, os transmitiría
yo algo de parte de Su Majestad.

HAMLET Lo recibiré con la mayor diligencia de espíritu. Haced de
vuestro gorro el uso que es debido: es para la cabeza.

OSRIC Doy las gracias a vuestra alteza, hace mucho calor.

HAMLET No, creedme, hace mucho frío, el viento sopla del norte.

OSRIC Hace algo de frío, milord, efectivamente.

HAMLET Pienso que está muy bochornoso, y cálido para mi constitución.

100

OSRIC Enormemente, milord, hace mucho bochorno, como si fuera
no sé qué. Pero milord, Su Majestad me pidió que os hiciera saber
que ha hecho una gran apuesta en vuestro favor, señor, de eso se
trata.

HAMLET Recordad, os lo ruego.

OSRIC No, de buena fe, es por mi gusto, de buena fe. Señor, está aquí, recién regresado, Laertes; creedme, absolutamente un caballero, lleno de excelentes distinciones, de muy agradable trato y magnífica apariencia; en verdad, para hablar de él cabalmente, es la brújula o el calendario de la hidalguía, pues en él hallaréis el epítome de cuantas partes quisiera tener un caballero. 110

HAMLET Señor, su definición no sufre en vuestras manos ninguna pérdida, aunque yo sé que dividirlo a modo de inventario daría mareos a la aritmética de la memoria, y solo iría a bandazos respecto a su raudo rumbo, pero en la pura verdad de la alabanza, lo tengo por un alma de gran rango, y sus prendas de tanta escasez y rareza que, para hablar de él con justeza, su semejante es su espejo, y el único que podría seguir sus pasos su propia sombra y nada más.

OSRIC Vuestra alteza habla de él de manera infalibilísima. 120

HAMLET Al grano, señor: ¿por qué envolvemos al caballero en nuestro aliento más tosco?

OSRIC Señor.

HORACIO ¿No es posible entenderse en otro lenguaje? Intentadlo, señor, de veras.

HAMLET ¿Qué pasa con el nombramiento de este caballero?

OSRIC ¿De Laertes?

HORACIO Su bolsa se ha quedado ya vacía, ha gastado todas sus palabras de oro. 130

HAMLET De ese, señor.

OSRIC Sé que no sois ignorante.

HAMLET Eso quisiera que supierais, pero a fe mía, si así fuera, eso no hablaría muy bien de mí. ¿Pues bien, señor?

OSRIC No sois ignorante de cuánta es la excelencia de Laertes.

HAMLET No me atrevo a confesar eso, no vaya a compararme yo

con él en excelencia, a menos que conocer bien a un hombre sea conocerse uno mismo.

OSRIC Me refiero, señor, a su arma, pero por la reputación que hay de él, no tiene igual en ese mérito.

140

HAMLET ¿Cuál es su arma?

OSRIC Florete y daga.

HAMLET Eso son dos armas tuyas; pero bueno.

OSRIC El rey, señor, ha apostado contra él seis caballos de Berbería, contra los cuales él impone, por lo que yo sé, seis floretes y puñales franceses, con sus aditamentos, como cintos, tahalíes y cosas así; tres de esos correaes, a fe mía, son muy dignos de admirarse, muy correlativos a las empuñaduras, delicadísimos correaes, y de muy libre fantasía.

150

HAMLET ¿A qué llamáis «correaes»?

HORACIO Ya sabía yo que os edificaría con sus notas al margen antes de que os escaparais.

OSRIC Los correaes, señor, son los tahalíes.

HAMLET Eso de «correaes» sería más afín al asunto si pudiéramos llevar cañones a un lado; mientras tanto, quisiera que fueran tahalíes. Pero sigamos: seis caballos de Berbería contra seis espadas francesas, sus aditamentos y tres «correaes» libreconcebidos, eso es la puesta francesa contra la danesa. ¿Sobre qué se «impone» esto, como decís vos?

160

OSRIC El rey, señor, ha apostado que en una docena de asaltos entre vos y él, no os superará en más de tres golpes; ha apostado doce contra nueve, y eso se ha de poner a prueba inmediatamente, si vuestra alteza tiene a bien dar su respuesta.

HAMLET ¿Y si contesto que no?

OSRIC Me refiero, señor, la puesta a prueba de vuestra persona.

HAMLET Señor, me pasearé por aquí en el salón; si le place a Su Majestad,

es mi hora de hacer ejercicio; que traigan las espadas, si
el caballero lo desea y el rey sostiene su propósito, ganaré para él
si puedo; si no, no ganaré sino mi vergüenza y las estocadas de más.

170

OSRIC ¿Debo retransmitirlo así?

HAMLET En efecto, señor, con cuantos adornos desee vuestra naturaleza.

OSRIC Encomiendo mi reverencia a vuestra alteza.

Sale.

HAMLET Todo vuestro, todo vuestro; hace bien

180

en encomendarse a sí mismo, no hay
otras lenguas para esa tarea.

HORACIO Esta ave fría huye con el cascarón sobre la cabeza.

HAMLET Le hacía cumplidos a la teta antes de chuparla: así este y muchos
más de la misma manada que conozco, que hacen chochar
a esta frívola época, no hicieron más que seguir la tonada de los
tiempos, y el hábito exterior del buen trato, una especie de inflada
inferencia que los lleva más y más lejos en las opiniones
más triviales y pasadas por el cedazo; pero sopla tan solo sobre
ellas para probarlas, y se van en burbujas.

190

Entra un CABALLERO.

CABALLERO Milord, Su Majestad os envió sus saludos por medio de
Osric, que le informó de vuelta de que le esperáis en el salón. Manda
preguntar si seguís queriendo esgrimir con Laertes, o si queréis
tomaros más tiempo.

HAMLET Sigo constante en mis propósitos, que se acoplan al deseo
del rey: si habla su disposición, la mía está lista; ahora o en cualquier
momento, siempre que yo esté tan en condiciones como
ahora.

CABALLERO El rey, la reina, y toda la compañía bajan ya.

HAMLET En buena hora.

CABALLERO La Reina desea que hagáis algún amable cumplido a Laertes

200

antes de que empiece el encuentro.

HAMLET Es una buena instrucción.

Sale el CABALLERO.

HORACIO Vais a perder esta apuesta, milord.

HAMLET No lo creo; desde que él se fue a Francia, yo he estado practicando continuamente; ganaré con la ventaja que me dan. Pero no te imaginas lo mal que está todo aquí en mi corazón; pero no importa.

HORACIO No, mi buen señor.

HAMLET Son tonterías, pero es una premonición de esas que perturbarían quizá a una mujer.

210

HORACIO Si a vuestro ánimo le disgusta algo, obedecedle. Impediré que lleguen aquí y diré que no estáis bien.

HAMLET Nada de eso, desafiamos a los augurios. Hay una providencia especial en la caída de un gorrión. Si ha de ser ahora, no estará por venir; si está por venir, será ahora; si no es ahora, llegará sin embargo. Estar preparado es todo, puesto que ningún hombre tiene nada de lo que deja, ¿qué importa dejarlo pronto?

Entran trompetas, tambores y un funcionario con un cojín; el REY, la REINA y toda la corte; asistentes con espadas y dagas; LAERTES; una mesa preparada y frascos de vino sobre ella.

REY Venid, Hamlet, venid, y tomadnos la mano.

HAMLET Pido perdón, señor, os he hecho agravio,

220

mas perdonadlo, puesto que sois un caballero.

Ya los aquí presentes saben,

y vos debéis haber oído, cómo fui castigado

con un amargo desvarío.

Lo que hice, y que pudo

airadamente sublevar vuestra naturaleza,

y vuestro honor y desaprobación,

proclamo aquí que fue locura.

¿Ha sido acaso Hamlet quien agravio a Laertes?

Nunca Hamlet; si Hamlet de sí mismo está ausente,
y cuando no es él mismo hace agravio a Laertes,
no es él entonces quien lo ha hecho,
Hamlet lo niega. Entonces, ¿quién lo hizo?
Lo hizo su locura, y si es así,
Hamlet está del lado de los agraviados,
y su locura es la enemiga
de ese pobre de Hamlet. Señor, ante esta audiencia,
séame dado proclamar que no quise hacer daño,
absuélveme en tus generosos pensamientos
haciendo cuenta que lancé mi flecha
por sobre mi tejado y que a mi hermano herí.

230

LAERTES Me doy por satisfecho en mi naturaleza,
cuyo motivo en este caso
debiera ser lo que me incita más
a la venganza. Pero en lo que hace al honor,
mantengo mi reserva, y no me reconcilio
mientras algún viejo maestro de honor reconocido
no me dé su opinión
y un precedente de esas paces
que no manche mi nombre. Pero hasta ese momento,
tendré en efecto por amor
el amor que me proponéis,
y no he de defraudarlo.

240

HAMLET Lo acepto libremente,
y cumpliré sin reticencia esta apuesta entre hermanos.
dadnos las armas. Vamos.

LAERTES A ver; para mí una.

HAMLET Laertes, voy a ser tu engaste,
pues ante mi ignorancia

tu habilidad como una estrella
 en lo más negro de la noche
 destellará brillantemente.

LAERTES Os burláis, señor mío.

HAMLET Por esta mano, no.

REY Dadles ya las espadas, joven Osric.

ya conocéis, primo Hamlet, la apuesta.

HAMLET Perfectamente, señor mío:

vuestra gracia ha inclinado la ventaja
 del lado del más débil.

REY No tengo ningún miedo:

os he visto a los dos, mas si él es favorito,
 jugaremos nosotros con ventaja.

LAERTES No; esta pesa demasiado;

mostradme otra.

HAMLET A mí me cuadra esta,

¿tienen las dos el mismo largo?

Se preparan para esgrimir.

OSRIC Sí, mi señor.

REY Colocadme los jarros de vino en esta mesa;

si Hamlet da la primera estocada,
 o la segunda, o la desquita
 en el tercer asalto, que todas las almenas
 disparen sus cañones mientras bebe el rey
 a la salud de Hamlet, y en la copa
 se arrojará una perla más preciosa
 que la que cuatro reyes sucesivos
 de Dinamarca han ostentado.

Dadme las copas, y los atabales
 digan a la trompeta, y la trompeta

diga allá fuera al artillero,
 y los cañones a los cielos,
 y a la tierra los cielos que el rey bebe
 a la salud de Hamlet. Vamos, comenzad ya,
 y vosotros los jueces abrid un ojo alerta.

Trompetas todo este tiempo.

HAMLET Adelante, señor.

LAERTES Venid, milord.

Esgrimen.

HAMLET Uno.

LAERTES No.

HAMLET ¡Jueces!

OSRIC Estocada,

estocada muy clara.

LAERTES Bien: vamos otra vez.

REY Un momento, esperad; dadme una copa.

Para ti es esta perla, Hamlet: a tu salud.

Dadle la copa.

Tambores, trompetas y salvas.

Fanfarrias. Se dispara un cañón.

HAMLET Terminaré este asalto antes,

dejadla ahí por el momento.

Vamos. Otra estocada. ¿Qué decís?

LAERTES Sí, tocado, tocado, lo confieso.

280

REY Ganará nuestro hijo.

REINA Está gordo y le falta el aire.

Ven, Hamlet, toma mi pañuelo,

enjúgate la frente,

la reina brinda por tu suerte, Hamlet.

HAMLET Bien, señora.

REY Gertrudis, no bebáis.

REINA Sí beberé, señor, ruego me perdonéis.

REY Era la copa envenenada,
ya es demasiado tarde.

HAMLET No me atrevo a beber todavía,
más tarde.

REINA Ven, deja enjugar tu cara.

LAERTES Milord, ahora sí voy a herirle.

REY No lo creo.

LAERTES Y no obstante,
es casi contra mi conciencia.

290

HAMLET Venid por el tercero.
Laertes, solo estás jugando,
os ruego combatir con entera violencia,
temo que hagas de mí un fante.

LAERTES ¿Eso decís? Pues vamos.

Esgrimen.

OSRIC Nada por ningún lado.

LAERTES Cuídate ahora.

En la refriega cada uno agarra el estoque del otro y los dos quedan heridos.

REY Apartadlos, están enfurecidos.

HAMLET No, ven de nuevo.

Cae LAERTES; cae la REINA, moribunda.

OSRIC Atended a la reina; allí, oh, ah.

HORACIO Los dos están sangrando. ¿Cómo os sentís, señor?

OSRIC ¿Cómo os sentís, Laertes?

LAERTES Bueno, pues como un pájaro atrapado

300

en mi propia lazada, Osric:
me mata, como es justo, mi propia falsedad.

HAMLET ¿Qué le pasa a la reina?

REY Se ha desmayado de veros sangrar.

REINA No, no, no, la bebida, la bebida.

Oh, mi querido Hamlet, la bebida,
la bebida,
estoy envenenada.

Muere.

HAMLET ¡Oh, villanía! ¿Cómo?

Que se cierren las puertas.

Traición. Busquemos dónde.

LAERTES Aquí está, Hamlet: Hamlet, te han matado,

no hay en el mundo medicina
que te pueda hacer bien. Ya no hay en ti
media hora de vida; el instrumento
de la traición está en tu mano,
sin botón en la punta y untada de veneno:
el repugnante plan se ha vuelto contra mí.
Ay, aquí yazgo, y nunca más volveré a levantarme.
Tu madre ha sido envenenada.
No puedo más. El rey, el rey es el culpable.

310

HAMLET ¿También la punta envenenada?

Pues entonces, veneno, haz tu obra.

Acuchilla al REY.

TODOS Traición, traición.

REY Oh, defendedme aún, amigos,

tan solo estoy herido.

HAMLET Ven aquí, incestuoso,

asesino danés maldito,

bébeteste este veneno. ¿Está tu perla ahí?

Sigue a mi madre.

320

Muere el REY.

LAERTES Bien merecido lo tiene.

Es un veneno que ha mezclado él mismo.
Intercambia conmigo el perdón, noble Hamlet;
mi muerte, así como la muerte de mi padre,
no caigan sobre ti, ni sobre mí la tuya.

Muere.

HAMLET Que los cielos te absuelvan de ella;
yo te sigo. Estoy muerto, Horacio.
Infeliz reina, adiós. Vosotros,
que parecéis tan pálidos, que tembláis ante el hecho
y sois solo comparsas o audiencia de este acto;
si yo tuviera tiempo (pues el feroz esbirro
que es la muerte es estricto con sus presos),
oh, qué cosas podría relataros.
Pero dejémoslo. Me muero, Horacio,
vive tú; lleva rectamente
noticia mía y de mi causa
a los que estén dudosos.

330

HORACIO No penséis eso ni un momento.
tengo más de romano antiguo
que de danés, queda un poco de vino.

HAMLET Como que eres un hombre,
dame esa copa; déjala, por Dios.
Oh, buen Horacio, qué mermado nombre
(pues tantas cosas quedan no sabidas)
vivirá tras de mí. Si alguna vez
me has alojado dentro de tu corazón,
desentiéndete un tiempo de la felicidad
y en este duro mundo
reserva con dolor tu aliento para contar mi historia.

340

Marcha a lo lejos, y salvas dentro.

¿Qué ruido belicoso es ese?

Entra OSRIC.

OSRIC El joven Fortinbrás,
de regreso triunfante de Polonia,
a los embajadores de Inglaterra
les ofrece esta salva militar.

HAMLET Ay, Horacio, me muero; el potente veneno
subyuga ya mi espíritu. No alcanzaré a vivir
para oír las noticias de Inglaterra,
mas vaticino que la votación
recaerá en Fortinbrás;
tiene mi voto moribundo.
Díselo pues, así como las circunstancias
mayores y menores que me solicitaron.
Lo demás es silencio.

350

Muere.

HORACIO Aquí se quiebra un noble corazón.
Buenas noches tengáis, oh dulce príncipe,
y que vuelos de ángeles te acompañen cantando
a tu final descanso.
¿Por qué viene hasta aquí el tambor?

Entran FORTINBRÁS y los embajadores de Inglaterra, con tambores, estandartes y asistentes.

FORTINBRÁS ¿Dónde está ese espectáculo?

HORACIO ¿Qué es lo que queréis ver? Si es cosa de dolor,
de espanto, no sigáis buscando.

FORTINBRÁS Este amontonamiento de cadáveres
denuncia una matanza. Ay, orgullosa muerte,
¿qué fiesta se prepara en tu eterna mazmorra,
para que tantos príncipes
de un solo golpe tan sangrientamente
hayas hecho caer?

360

EMBAJADOR El espectáculo es desolador,
y nuestra comisión desde Inglaterra
tarde ha llegado; sin sentido
quedaron los oídos que habían de escucharnos
para decirle que sus órdenes han quedado cumplidas:
que Rosencrantz y Guildenstern han muerto.
¿Quién nos dará las gracias?

HORACIO No sería su boca,
aunque tuviese aún capacidad de vida.
Él nunca dio la orden de su muerte.
Pero si tan a punto,
en medio de esta situación sangrienta
vos de la guerra de Polonia
y vos desde Inglaterra habéis llegado,
ordenad que estos cuerpos
en un alto tablado sean expuestos,
y dejad que relate al mundo aún ignorante
cómo es que sucedieron estas cosas.
Sabréis así de acciones carnales y sangrientas
y que van contra natura,
de irreflexivos juicios, de homicidios casuales,
de muertes conseguidas con astucia
y causadas por fuerza, y en esta conclusión,
propósitos errados que cayeron
en las cabezas de sus inventores.
Todo esto puedo yo contaros verazmente.

FORTINBRÁS Apresurémonos a oírlo,
y llamad a la audiencia a los más nobles.
En cuanto a mí, con pena abrazo mi fortuna:
tengo algunos derechos

sobre este reino, de los que hay memoria,
que mi provecho ahora me invita a reclamar.

HORACIO También de eso yo tengo

motivo para hablar, y de su boca,
a cuya voz seguirán muchas otras.
Pero hágase lo que antes dije,
mientras las mentes están aún desconcertadas,
no vaya a ser que alguna otra desgracia
con intrigas y errores sobrevenga.

FORTINBRÁS Que cuatro capitanes lleven,

como a un soldado, a Hamlet al tablado,
porque sin duda, puesto a ello,
se hubiera comportado con toda majestad.
Y que a su paso suene música de soldados,
y los ritos de guerra hablen por él bien alto.
Subid el cuerpo, un rito como este
conviene al campo de batalla,
pero resulta aquí muy desplazado.
Andad, decid a los soldados que disparen.

390

Salen marchando, después de lo cual se produce un estruendo de cañones.